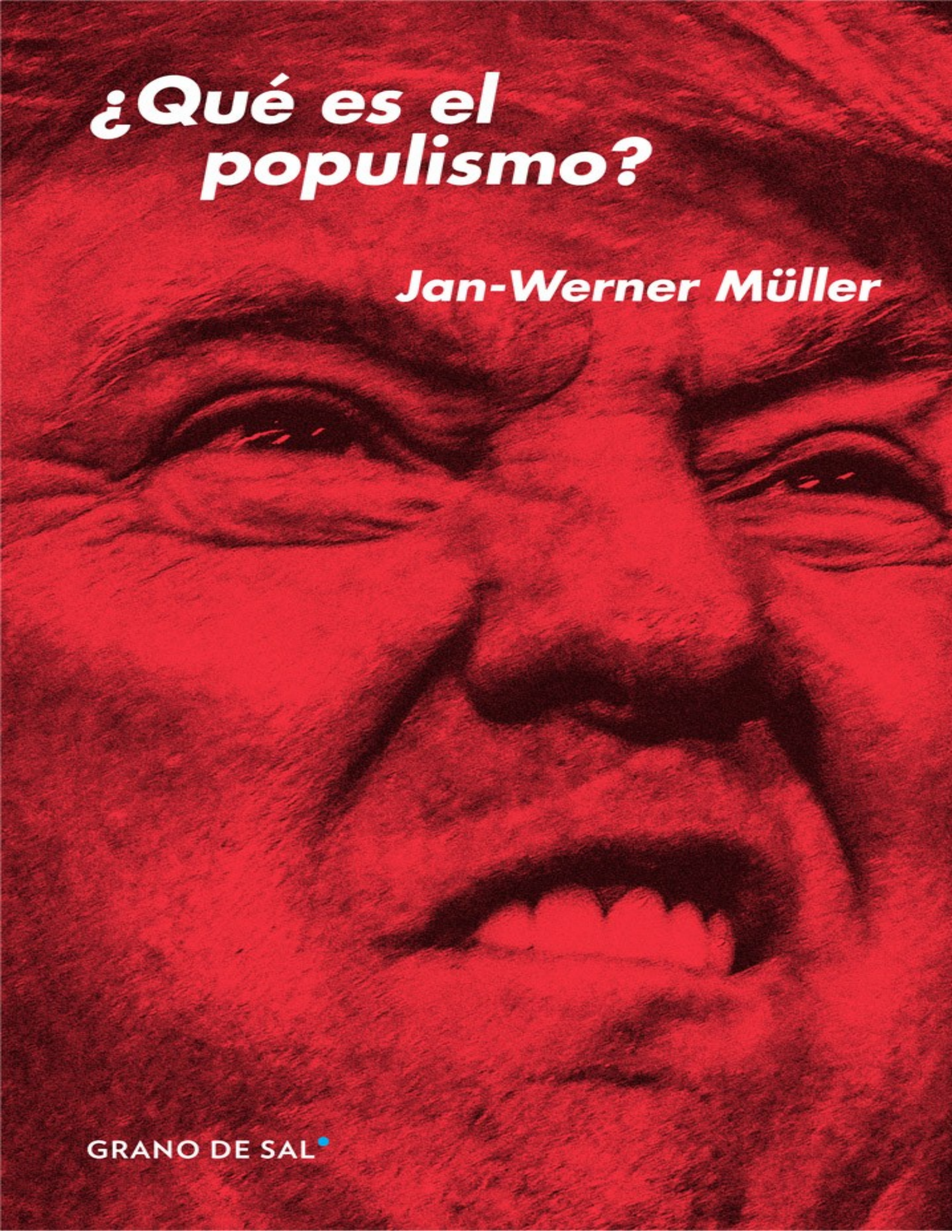
¿Qué es el populismo?

Jan-Werner Müller



GRANO DE SAL

¿Qué es el populismo?

¿Qué es el populismo?

JAN-WERNER MÜLLER

Traducción de Clara Stern Rodríguez

Primera edición, 2017
Primera edición en inglés, 2016

Título original: *What is Populism?*
Copyright © 2016, Jan-Werner Müller. All rights reserved

Traducción: Clara Stern Rodríguez
Diseño de portada: León Muñoz Santini
Fotografía de portada: Agencia EFE

D. R. © 2017, Libros Grano de Sal, SA de CV
Av. Casa de Moneda, edif. 12-B, int. 4, Lomas de Sotelo, 11200, Miguel Hidalgo, Ciudad de México, México
contacto@granodesal.com
www.granodesal.com GranodeSal LibrosGranodeSal

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio, sin la autorización por escrito del titular de los derechos.

ISBN 978-607-97732-4-3

Índice

Introducción | *¿Son todos populistas?*

1. Lo que dicen los populistas
   Entender el populismo: callejones sin salida
   La lógica del populismo
   ¿Qué es exactamente lo que los populistas dicen representar?
   El liderazgo populista
   Una vez más: ¿entonces no todos son populistas?

2. Lo que hacen los populistas | *O el populismo en el poder*
   Tres técnicas populistas para gobernar y sus justificaciones morales
   ¿El populismo en el poder equivale a la "democracia antiliberal"?
   Las constituciones populistas: ¿una contradicción en sí misma?
   ¿Acaso el pueblo no debe decir nunca "Nosotros, el pueblo"?

3. Cómo lidiar con los populistas
   El populismo y las promesas incumplidas de la democracia
   La crítica democrática liberal del populismo: tres problemas
   ¿Una crisis de representación? La escena estadounidense
   Europa, entre el populismo y la tecnocracia

Conclusión | *Siete tesis sobre el populismo*

Posfacio | *Maneras inadecuadas de pensar sobre el populismo*

Agradecimientos

Notas

No veo en este término [pueblo]
más que un significado: mezcla. […]
Remplazar la palabra pueblo *por*
número, mezcla… genera expresiones
curiosas: "la mezcla soberana",
"la voluntad de la mezcla"

PAUL VALÉRY

Todo poder viene del pueblo,
pero, ¿a dónde se va?

BERTOLT BRECHT

Introducción

¿Son todos populistas?

En Estados Unidos, ninguna campaña electoral que se recuerde vio tantas invocaciones al “populismo” como la que transcurrió en 2015 y 2016. Tanto a Donald Trump como a Bernie Sanders se les ha denominado “populistas”. El término se utiliza regularmente como sinónimo de “antisistema”, al parecer sin tener en cuenta ideas políticas específicas; a diferencia de la actitud, el contenido simplemente pareciera no tener importancia. Así, el término también se asocia sobre todo con determinados estados de ánimo y emociones: los populistas están “furiosos”; sus votantes están “frustrados” o sufren de “resentimiento”. Existen aseveraciones similares acerca de algunos líderes políticos europeos y sus seguidores: Marine Le Pen y Geert Wilders, por ejemplo, a menudo son calificados de populistas. Es claro que ambos políticos son de derecha, pero, así como en el fenómeno Sanders, también a los insurgentes de izquierda se les denomina populistas: Grecia tiene a Syriza, una alianza de izquierda que asumió el poder en enero de 2015, y España cuenta con Podemos, que comparte con Syriza una fundamental oposición a las políticas de austeridad de Angela Merkel ante la crisis del euro. Ambos —especialmente Podemos— hacen hincapié en la inspiración que les produce lo que se denomina comúnmente como la “ola rosa” en América Latina: el éxito de líderes populistas como Rafael Correa, Evo Morales y, sobre todo, Hugo Chávez. Pero, ¿qué tienen en común todos estos actores políticos? Si, con Hannah Arendt, consideramos que el juicio político es la capacidad de establecer las debidas distinciones, la extendida amalgama de derecha e izquierda al hablar sobre el populismo debería hacernos

reflexionar. ¿Acaso constituirá un fracaso del juicio político la popularidad con que se diagnostica con “populismo” a toda clase de fenómenos distintos?

Este libro comienza con la observación de que, a pesar de todo lo que se habla sobre el populismo (el politólogo búlgaro Ivan Krastev, uno de los más agudos analistas de la vida democrática actual, incluso ha llamado a nuestra época una “era del populismo”), difícilmente sabemos de qué estamos hablando.[1] Simplemente no tenemos nada parecido a una *teoría* del populismo y pareciera haber una carencia de criterios coherentes para decidir cuándo es que los políticos se vuelven populistas en algún sentido significativo. A fin de cuentas, todo político —especialmente en las democracias que le prestan mucha atención a las encuestas— desea apelar a “el pueblo”, todos quieren contar un cuento que pueda entender el mayor número de ciudadanos posible, todos quieren sensibilizarse ante la manera de pensar del “pueblo llano” y, en particular, ante su sentir. ¿Será que es populista cualquier político exitoso que no es de nuestro agrado? ¿Acaso la acusación de profesar el “populismo” puede en sí misma ser populista? ¿O al final podrá el populismo ser “la voz auténtica de la democracia”, como sostuvo Christopher Lasch?

Este libro formula tres propuestas para ayudarnos a identificar el populismo y a lidiar con él. Primero, quiero explicar qué tipo de político califica como populista. Sostengo que ser *crítico de las élites* es una condición necesaria, mas no suficiente, para poder figurar como populista; de no ser así, cualquiera que criticara el *statu quo,* por ejemplo en Grecia, Italia o Estados Unidos, sería un populista por definición (y, sea lo que pensemos de Syriza, del insurgente Movimento 5 Stelle [Movimiento 5 Estrellas] de Beppe Grillo o, en tal caso, de Sanders, es difícil negar que sus ataques a las élites a menudo pueden justificarse). Asimismo, si el populismo fuera una mera crítica a las élites existentes, prácticamente todos los candidatos presidenciales en Estados Unidos serían populistas: a fin de cuentas, todos van “contra Washington”.

Además de ser antielitistas, los populistas son siempre *antipluralistas:* aseguran que ellos, y sólo ellos, representan al pueblo. Pensemos, por ejemplo, en la declaración que hiciera en un congreso de su partido el presidente turco Recep Tayyip Erdoğan para provocar a sus numerosos críticos internos: “Somos el pueblo. ¿Quiénes son ustedes?” Desde luego sabía que sus opositores también eran turcos. El postulado de

representación exclusiva no es empírico; siempre es de marcada naturaleza *moral*. Cuando están en campaña, los populistas retratan a sus rivales políticos como parte de la élite corrupta e inmoral; cuando gobiernan, se niegan a reconocer la legitimidad de cualquier oposición. Esta lógica también implica que quien no apoye a los partidos populistas no puede ser propiamente parte del pueblo —siempre definido como recto y moralmente puro—. En términos llanos, los populistas no afirman "Somos el 99 por ciento"; lo que insinúan en cambio es "Somos el 100 por ciento."

Para los populistas esta identificación siempre funciona: cualquier remanente de la población puede descartarse como inmoral y en absoluto considerarse propiamente una parte del pueblo. Es otra forma de decir que el populismo siempre es *una forma de política identitaria* (aunque no todas las versiones de política identitaria sean populistas). Lo que se deriva de esta interpretación como una forma excluyente de política identitaria es que el populismo tiende a constituir un peligro para la democracia, pues ésta requiere del pluralismo y de que aceptemos que necesitamos encontrar términos justos para vivir juntos como ciudadanos libres e iguales, pero también irreductiblemente diversos. La idea de un único pueblo homogéneo y auténtico es una fantasía (como alguna vez afirmó el filósofo Jürgen Habermas, "el pueblo" sólo puede aparecer en plural),[†] y una fantasía peligrosa, pues los populistas no sólo fomentan el conflicto y alientan la polarización, sino que también tratan a sus opositores políticos como "enemigos del pueblo" y buscan excluirlos del todo.

Esto no quiere decir que todos los populistas enviarán a sus enemigos a un gulag o construirán muros a lo largo de las fronteras de su país, pero el populismo tampoco se limita a una inofensiva campaña retórica o a una mera protesta que se extingue tan pronto como el populista llega al poder. Los populistas pueden gobernar como populistas. Esto va en contra de la sabiduría popular, que sostiene que los partidos populistas contestatarios se anulan a sí mismos una vez que ganan una elección, pues por definición uno no puede ser contestatario de sí mismo en el gobierno. El gobierno populista manifiesta tres aspectos: procura apropiarse del aparato del Estado, recurre a la corrupción y al "clientelismo de masas" —intercambio de beneficios materiales o favores burocráticos a cambio del apoyo político de ciudadanos que se convierten en "clientes" de los populistas— y se esfuerza sistemáticamente por suprimir a la sociedad civil. Desde luego que muchos gobiernos autoritarios harán cosas similares; la diferencia es que los populistas justifican su conducta

afirmando que solamente ellos representan al pueblo. Esto les permite admitir sus prácticas de forma relativamente abierta y también explica por qué las revelaciones de corrupción casi nunca parecen herir a los líderes populistas (pensemos en Erdoğan en Turquía o en el populista de extrema derecha, Jörg Haider, en Austria). A ojos de sus seguidores, “lo hacen por nosotros”, el único pueblo verdadero. El segundo capítulo de este libro muestra cómo los populistas incluso escriben constituciones —Venezuela y Hungría son los más claros ejemplos—. Contrario a la imagen de los líderes populistas que prefieren no tener límites y depender de masas desorganizadas a las que interpelan directamente desde el balcón de un palacio presidencial, los populistas a menudo quieren crear restricciones, siempre y cuando funcionen de forma totalmente partidista. En lugar de servir como instrumentos para preservar el pluralismo, aquí las constituciones sirven para eliminarlo.

El tercer capítulo aborda algunas de las causas más profundas del populismo en recientes circunstancias socioeconómicas específicas de Occidente. También plantea la cuestión de cómo es posible dar una respuesta exitosa tanto a los políticos populistas como a sus votantes. Yo rechazo la actitud liberal paternalista que prescribe terapia para los ciudadanos “cuyos miedos y furia deben tomarse en serio”, así como la noción de que los principales actores políticos simplemente deberían copiar las propuestas populistas. El otro extremo —excluir del todo a los populistas del debate— tampoco es una opción viable, pues tan sólo responde a la voluntad populista de excluir a otros excluyéndolos a ellos. Como alternativa, sugiero algunos términos políticos específicos para confrontar a los populistas.

Hace más de un cuarto de siglo, en Estados Unidos, un funcionario casi desconocido del Departamento de Estado publicó un artículo notable que ha sido ampliamente malinterpretado; el autor era Francis Fukuyama y el título era, por supuesto, “El fin de la historia”. Afirmar con desdén que obviamente la historia no concluyó al terminarse la Guerra Fría ha sido desde hace tiempo un método fácil para aparentar sofisticación intelectual. Pero ciertamente Fukuyama no predijo el fin de todo conflicto; simplemente se había arriesgado a decir que al nivel de las ideas no había

más rivales para la democracia liberal. Reconoció que otras ideologías podían gozar de apoyo aquí y allá, y sin embargo mantuvo que ninguna de ellas sería capaz de competir contra el atractivo global de la democracia liberal (y del capitalismo de mercado).

¿Acaso era tan obvia su equivocación? El islamismo radical no es una amenaza ideológica seria al liberalismo. (Aquellos que invocan el espectro del "islamofascismo" nos dicen más sobre su añoranza de unas líneas de batalla claras, comparables a las que prevalecieron durante la Guerra Fría, que sobre las realidades políticas del presente.) Lo que ahora a veces se denomina "modelo chino" de capitalismo controlado por el Estado para algunos naturalmente sirve de inspiración como un nuevo modelo de meritocracia, quizá sobre todo a quienes consideran que tienen los mayores méritos (pensemos en los empresarios de Silicon Valley).[2] También sirve de inspiración por su récord de sacar a millones de la pobreza —especialmente, mas no sólo, en los países en vías de desarrollo —. Y sin embargo "la democracia" sigue siendo el mayor premio político, al punto de que los gobiernos autoritarios pagan grandes cantidades de dinero a expertos en cabildeo y en relaciones públicas para asegurarse de que las organizaciones internacionales y las élites occidentales también los reconozcan como genuinas democracias.

Pero no todo va bien para la democracia: el peligro para las democracias actuales no es una vasta ideología que sistemáticamente niegue los ideales democráticos. El peligro es el populismo: una forma degradada de democracia que promete hacer el bien bajo los más altos ideales democráticos ("¡Que el pueblo mande!"). En otras palabras, el peligro viene desde el interior del mundo democrático; los actores políticos que constituyen el peligro hablan el lenguaje de los valores democráticos. Que el resultado final sea una forma de política absolutamente antidemocrática debería perturbarnos a todos y demostrar la necesidad de un juicio político moderado que nos ayude a determinar exactamente dónde termina la democracia y dónde comienza el peligro populista.

NOTA

† *The people* es en sí mismo un término plural en el texto original en inglés. [N. de la t.]

1. Lo que dicen los populistas

"Un fantasma se cierne sobre el mundo: el populismo."[1] Así escribieron Ghiță Ionescu y Ernest Gellner en la introducción a una compilación de textos sobre el populismo publicada en inglés en 1969. El libro estaba basado en artículos presentados en una conferencia muy grande que se llevó a cabo en la London School of Economics en 1967 con el fin de "definir el populismo". Resultó que los numerosos participantes no lograron consensuar tal definición, pero, de cualquier forma, leer las actas del encuentro resulta esclarecedor. Es inevitable pensar que entonces, tal como hoy, al hablar de "populismo" se articulaban todo tipo de ansiedades políticas; el término *populismo* se utiliza para muchos fenómenos políticos que a primera vista parecerían incompatibles. Dado que hoy en día tampoco parecemos capaces de alcanzar una definición de consenso, existe la tentación de preguntarnos: ¿habrá un allí allí?

En los años sesenta, el "populismo" surgió en los debates sobre la descolonización, en las especulaciones sobre el futuro del "campesinismo" y, quizá lo más sorprendente desde nuestro ventajoso punto de vista al inicio del siglo XXI, en las discusiones sobre los orígenes y posibles desarrollos del comunismo en general, y del maoísmo en particular. Hoy en día, especialmente en Europa, también se cristalizan toda clase de ansiedades —y, con menor frecuencia, de esperanzas— alrededor de la palabra *populismo*. Por ponerlo de forma esquemática, por un lado los liberales parecen preocupados por lo que conciben como masas cada vez más antiliberales que se vuelven víctimas del populismo, el nacionalismo e incluso la xenofobia pura y dura; por otro lado, a los teóricos de la democracia les preocupa el surgimiento de lo que conciben como una "tecnocracia liberal" (es decir, una "gobernanza responsable" puesta en práctica por una élite de expertos que conscientemente evita responder a los deseos de los ciudadanos comunes).[2] El populismo, entonces, puede ser lo que el científico social holandés Cas Mudde ha denominado una "respuesta democrática antiliberal al liberalismo antidemocrático". El populismo es visto como amenaza, pero también como un potencial correctivo para una vida política que de alguna forma se ha distanciado

demasiado de “el pueblo”.[3] La sorprendente imagen que propone Benjamin Arditi para capturar la relación entre el populismo y la democracia podría ofrecer algo más al respecto. De acuerdo con Arditi, el populismo es como el borracho de la fiesta: no respeta los modales en la mesa, es grosero, incluso podría ponerse a “coquetear con las esposas de otros invitados”. Pero el bebedor también podría estar revelando la verdad sobre la democracia liberal que ha olvidado su ideal fundacional: la soberanía popular.[4]

En Estados Unidos, la palabra *populismo* sigue asociada principalmente a la idea de una genuina política *igualitaria* de izquierda, en potencial conflicto con las posturas de un Partido Demócrata que, a ojos de los críticos populistas, se ha tornado demasiado centrista o, haciéndose eco de la discusión en Europa, ha sido capturado por y para los tecnócratas (o, peor aún, los “plutócratas”). Finalmente, es sobre todo a los defensores del “Main Street contra Wall Street” a quienes se les elogia (o detesta) llamándolos populistas. Es así incluso cuando se trata de políticos bien establecidos, tales como el alcalde de Nueva York, Bill de Blasio, y la senadora de Massachusetts, Elizabeth Warren. En Estados Unidos es común escuchar a la gente hablar de “populismo liberal”, mientras que en Europa esa expresión sería una flagrante contradicción, dadas las distintas interpretaciones *tanto* del liberalismo *como* del populismo en ambos lados del Atlántico.[5] Como es bien sabido, en Estados Unidos *liberal* significa algo parecido a “socialdemócrata” y *populismo* sugiere una versión intransigente del término; por el contrario, en Europa el populismo nunca puede combinarse con el liberalismo, si lo segundo denota algo parecido al respeto a la pluralidad y a una interpretación de la democracia que necesariamente implica pesos y contrapesos —y, en general, restricciones a la voluntad popular.

Como si estos distintos usos políticos de la misma palabra no fueran ya suficientemente confusos, el surgimiento de nuevos movimientos a raíz de la crisis financiera, en especial el Tea Party y Occupy Wall Street, ha complicado las cosas aún más. De una forma u otra, a ambos se les ha descrito como populistas, al grado de que incluso se ha sugerido una coalición de fuerzas de derecha e izquierda que sea crítica ante la política convencional y tenga al “populismo” como posible denominador común. Este curioso sentido de la simetría no se ha visto sino reforzado por la forma en que los medios describieron a grandes rasgos la contienda presidencial de 2016: supuestamente Donald Trump y Bernie Sanders son populistas, uno en la derecha y el otro en la izquierda. Como a menudo se afirma, ambos tienen en común, al menos, el ser “insurgentes

antisistema” impulsados por la “furia”, la “frustración” o el “resentimiento” de los ciudadanos.

Es evidente que el populismo es un concepto polémico políticamente.[6] Los propios políticos profesionales conocen los desafíos de la batalla sobre su significado. En Europa, por ejemplo, notables “figuras del sistema” ansían etiquetar a sus opositores como populistas. Pero algunos de los denominados populistas han contraatacado al asumir orgullosamente la denominación con el argumento de que, si populismo significa trabajar para el pueblo, entonces sí que son populistas. ¿Quiénes somos nosotros para juzgar tales aseveraciones, y cómo debemos distinguir entre los populistas verdaderos y los que tan sólo han sido denominados así (y quizás aquellos a los que nunca se les llama populistas, nunca se autodenominan populistas, y sin embargo podrían serlo)? ¿Acaso no estamos ante un caos conceptual total, dado que casi cualquier cosa —izquierda, derecha, democrático, antidemocrático, liberal, antiliberal— puede denominarse populista y el populismo puede verse como amigo y como enemigo de la democracia?

¿Cómo proceder entonces? En este capítulo doy tres pasos. Primero intento mostrar por qué diversas aproximaciones comunes para entender el populismo en realidad llevan a callejones sin salida: una perspectiva sociopsicológica enfocada en los sentimientos de los votantes, un análisis sociológico centrado en ciertas clases y una valoración de la calidad de las propuestas políticas. Todas pueden ser de alguna ayuda para entenderlo, pero no delinean propiamente qué es el populismo y en qué difiere de otros fenómenos. (Tampoco es útil escuchar las descripciones que hacen de sí mismos los políticos, como si uno se convirtiera en populista de forma automática tan sólo por utilizar el término.) Seguiré una ruta distinta a estas aproximaciones para entender el populismo.[7]

Establezco que el populismo no se parece en nada a una doctrina codificada, sino que lo constituyen una serie de aseveraciones distintivas y tiene lo que podría denominarse una lógica interna. Cuando se examina esa lógica, uno descubre que el populismo no es un correctivo útil para la democracia que de alguna manera está demasiado “conducida por las élites”, como sostienen muchos observadores. Es engañoso de raíz imaginar que la democracia liberal implica un equilibrio donde podamos elegir tener un poco más de liberalismo o un poco más de democracia. Por supuesto que las democracias pueden tener diferencias legítimas en cuestiones tales como la posibilidad y la frecuencia con que se realicen los referendos o el poder que tienen los jueces para invalidar leyes aprobadas por una gran mayoría en el congreso. Pero la noción de que nos

acercamos a la democracia al compadecernos de una “mayoría silenciosa” —supuestamente ignorada por las élites— en contra de un político elegido, no sólo es una ilusión sino un pensamiento político pernicioso. En ese sentido, me parece que una interpretación adecuada del populismo también ayuda a profundizar nuestra comprensión de la democracia. El populismo es como una sombra permanente de la democracia representativa actual, y un constante riesgo. Estar conscientes de su carácter puede ayudarnos a distinguir los distintos aspectos —y, hasta cierto punto, también las limitaciones— de las democracias en las que en efecto vivimos.[8]

ENTENDER EL POPULISMO: CALLEJONES SIN SALIDA

La noción de un populismo en cierto modo “progresista” o “de raíz” es mayormente un fenómeno americano — del norte, del centro y del sur—. En Europa hay una preconcepción distinta del populismo que ha sido condicionada históricamente. Ahí el populismo está relacionado, sobre todo a través de comentaristas liberales, con políticas irresponsables o diversas formas de beneficios políticos (“demagogia” y “populismo” a menudo se utilizan de manera indistinta). Como lo expresó alguna vez Ralf Dahrendorf, el populismo es simple; la democracia es compleja.[9] Más puntualmente, existe una antigua asociación del “populismo” con el crecimiento de la deuda pública, asociación que también ha dominado las discusiones recientes en partidos como Syriza en Grecia y Podemos en España, clasificados por muchos comentaristas europeos como instancias del “populismo de izquierda”.

A menudo al populismo se le identifica también con una clase en particular, especialmente la pequeña burguesía y, hasta que los campesinos y agricultores desaparecieron de la imaginación política europea y americana (*ca.* 1979, diría yo), con aquellos involucrados en el cultivo de la tierra. Esto podría parecer una sólida teoría sociológica (las clases son constructos, desde luego, pero pueden precisarse empíricamente de formas relativamente precisas). Esta aproximación suele incluir una serie de criterios adicionales derivados de la psicología social: se dice que a quienes defienden públicamente las aseveraciones populistas y, sobre todo, a quienes emiten votos para los partidos populistas, los motivan “miedos” —a la modernización, la globalización, etcétera— o sentimientos de “furia”, “frustración” y “resentimiento”.

Por último, tanto en Europa como en Estados Unidos los historiadores y científicos sociales tienden a decir que el populismo se define mejor al examinar lo que tienen en común los partidos y movimientos que en algún punto del pasado se han autodenominado "populistas". Esto posibilita la lectura de los aspectos relevantes del "- ismo" en cuestión a partir de las descripciones autorreferenciales de las figuras históricas relevantes.

En mi opinión, ninguna de estas perspectivas o criterios empíricos aparentemente claros sirven para conceptualizar el populismo. Dado lo extendido de estas perspectivas —y la frecuencia con que, sin mucho criterio, se utilizan diagnósticos en apariencia empíricos y neutrales, tales como "clase media-baja" y "resentimiento"—, quisiera expresar mis objeciones con cierto detalle.

Primero que nada, al examinar la calidad de las políticas públicas, es difícil negar que algunas que se justificaron con referencia a "el pueblo" realmente hayan sido irresponsables: quienes asumieron dichas políticas no lo pensaron bien, fallaron en la recopilación de toda la evidencia relevante o, más probablemente, su conocimiento de las posibles consecuencias a largo plazo debió hacerlos abstenerse de unas políticas públicas con beneficios electorales solamente a corto plazo y para ellos mismos. No es necesario ser un tecnócrata liberal para juzgar que algunas políticas sean simplemente irracionales. Pensemos en el desventurado sucesor de Hugo Chávez como presidente de Venezuela, Nicolás Maduro, quien buscó luchar contra la inflación enviando soldados a las tiendas de electrónica para que colocaran en los productos etiquetas de precios más bajos. (La teoría preferida de Maduro sobre la inflación se redujo a señalar a los "parásitos de la burguesía" como su causa principal.) O pensemos en el Frente Nacional francés, que en los años setenta y ochenta del siglo pasado ponía carteles que decían: "Dos millones de desempleados [franceses] son dos millones de inmigrantes de más". La ecuación era tan simple que cualquiera podía resolverla y al parecer determinar con sensatez cuál debía ser la política que ofreciera una correcta solución.

Aun así, no podemos generalizar de esta manera un criterio para establecer qué constituye al populismo, pues en la mayoría de las áreas de la vida pública simplemente no hay una frontera clara e indiscutible entre la responsabilidad y la irresponsabilidad. A menudo las acusaciones de irresponsabilidad son en sí mismas muy partidistas (y las políticas públicas irresponsables que suelen denunciarse casi siempre benefician a los menos favorecidos).[10] En cualquier caso, hacer del debate político una cuestión de "responsable *vs.* irresponsable" plantea la cuestión de ser responsable de acuerdo con qué valores o con qué compromisos

superiores.[11] Los acuerdos de libre comercio —para tomar un ejemplo obvio— pueden ser responsables a la luz de un compromiso de maximizar el PIB total, y sin embargo tienen consecuencias de distribución que podrían considerarse inaceptables a la luz de otros valores. El debate entonces debe ser sobre el compromiso con ciertos valores de toda una sociedad, o quizá sobre las diferentes distribuciones del ingreso que se derivan de distintas teorías económicas. Establecer una distinción entre populismo y políticas responsables sólo oscurece los verdaderos asuntos en juego. También puede ser una forma por demás conveniente para desacreditar las críticas hacia ciertas políticas.

Enfocarse en determinados grupos socioeconómicos como los principales simpatizantes del populismo no es menos confuso; como lo han demostrado varios estudios, también es cuestionable empíricamente.[12] De forma menos evidente, dicho argumento a menudo es consecuencia de una serie de suposiciones ampliamente desacreditadas acerca de la teoría de la modernización. Ciertamente, en muchos casos los votantes que apoyan lo que en un inicio podrían llamarse partidos populistas comparten cierto perfil educativo y de ingresos; especialmente en Europa, quienes votan por lo que comúnmente se denomina partidos populistas de derecha ganan menos y tienen un nivel educativo más bajo. (También son hombres, en su mayoría, descubrimiento aplicable también a Estados Unidos, mas no a América Latina.)[13] Sin embargo, este panorama no siempre es cierto. Como ha demostrado la científica social alemana Karin Priester, los ciudadanos económicamente exitosos a menudo adoptan una actitud que acepta el darwinismo social y justifican su apoyo a los partidos de derecha al preguntarse “Si yo lo logré, ¿por qué no podrían lograrlo ellos?” (pensemos en la pancarta del Tea Party que exige “¡Redistribuye mi ética laboral!”).[14] Además, en algunos países como Francia y Austria, los partidos populistas han crecido tanto que en efecto se parecen a lo que solía denominarse “partidos atrapatodo”: atraen a un gran número de trabajadores, pero sus votantes también proceden de otros ámbitos sociales.

Varias encuestas han demostrado que la situación socioeconómica personal y el apoyo a los partidos populistas de derecha a menudo no se correlacionan en absoluto, pues este último recae en una valoración mucho más general de la situación del país de procedencia.[15] Sería confuso reducir las percepciones de declive o peligro nacional (“¡Las élites nos están robando nuestro propio país!”) a miedos personales o “ansiedad de estatus”. Muchos simpatizantes de los partidos populistas de hecho se enorgullecen de tener sus propias ideas —incluso su propia investigación— sobre la situación política y niegan que sus posturas sean

sólo sobre sí mismos o que estén fundadas meramente en emociones.[16]

En efecto, hay que tener extremo cuidado al utilizar términos tan cargados como “frustración”, “furia” y, especialmente, “resentimiento”, para explicar el populismo. Existen al menos dos razones para ello. Primero, mientras que los comentaristas que invocan términos como *resentimiento* podrían no estar repitiendo mentalmente la *Genealogía de la moral* de Nietzsche, es difícil saber cómo podrían eludirse del todo ciertas connotaciones de *ressentiment*. Quienes experimentan resentimiento son por definición débiles, incluso si en el análisis de Nietzsche los consumidos por este sentimiento pueden ser creativos; los más audaces entre los débiles podrían derrotar a los fuertes si reordenaran el rango de valores humanos. Los resentidos, no obstante, se definen por su inferioridad y su carácter *reactivo*.[17] Los fuertes les producen malestar y ellos reprimen ese sentimiento; su autoconocimiento, así, depende en lo fundamental de los fuertes, pues en el fondo añoran el justo reconocimiento del superior. En ese tenor, los resentidos son siempre incapaces de cualquier cosa parecida a una conducta autónoma. Tienen que seguir mintiéndose sobre su condición verdadera, incluso si nunca pueden creer del todo en sus propias mentiras. En palabras de Max Scheler, el resentimiento lleva a que los humanos envenenen lentamente su propia alma.[18]

Ahora bien, tal vez creamos que en verdad esto es cierto en el caso de todos los que usan gorras de béisbol estampadas con el eslogan “*Make America Great Again*”, † o que quienes votan por los partidos populistas siempre tienen personalidades autoritarias, o quizá lo que los psicólogos denominan “personalidades de baja afabilidad”.[19] Pero al menos habría que afrontar las consecuencias políticas de tales diagnósticos psicologizantes, sobre todo porque terminan por confirmar que las perspectivas personales de las “élites liberales” no son sólo profundamente condescendientes, sino también fundamentalmente incapaces de ser fieles a sus propios ideales democráticos, pues fallan a la hora de confiar en la gente común, y prefieren en su lugar prescribir alguna terapia política como cura para los ciudadanos temerosos y resentidos. El hecho llano es que la “furia” y la “frustración” pueden no estar siempre muy articuladas, pero tampoco son “meras emociones”, en el sentido de que estén totalmente disociadas del pensamiento. Hay *razones* para la furia y la frustración que la mayor parte de la gente expresa de una forma u otra.[20] Esto desde luego no quiere decir que todas estas razones sean admisibles y deban aceptarse al pie de la letra; la sensación de haber sido agraviado o los sentimientos de que “nos han quitado el país” ciertamente no se validan por sí mismos, pero sólo

virar la discusión hacia la psicología social (y tratar a los furiosos y los frustrados como pacientes potenciales de un sanatorio político) es negar el deber democrático básico de comprometerse con el razonamiento. Aquí algunos liberales, al parecer igual de iluminados, podrían estar repitiendo los mismos gestos excluyentes de algunos de sus ilustres predecesores decimonónicos, que temían ampliar el sufragio porque las masas eran "demasiado emocionales" como para ejercer el voto de forma responsable.

Ahora bien, incluso ante la conclusión de que nada debería impedir a las élites criticar el compromiso de los ciudadanos comunes con ciertos valores, fusionar el contenido de una serie de creencias políticas con la posición socioeconómica y el estado psicológico de sus simpatizantes sigue siendo algo bastante peculiar. Es como decir que la mejor manera de entender la socialdemocracia es describir a sus votantes como trabajadores que sienten envidia de los ricos. El perfil de los simpatizantes del populismo obviamente influye en cómo concebimos el fenómeno, pero no sólo es paternalista explicar el fenómeno completo como una desarticulada expresión política de parte de los supuestos "perdedores en el proceso de la modernización", sino que tampoco constituye una verdadera explicación.

¿Entonces por qué tantos de nosotros seguimos recurriendo a ella? Porque consciente o inconscientemente seguimos haciendo una serie de suposiciones derivadas de la teoría de la modernización que tuvo su cumbre en los años cincuenta y sesenta del siglo XX. Tal es el caso incluso de muchos teóricos políticos y científicos sociales que, si se les preguntara, dirían que la teoría de la modernización está totalmente desacreditada. Intelectuales liberales como Daniel Bell, Edward Shils y Seymour Martin Lipset —todos herederos de Max Weber— fueron quienes durante los años cincuenta comenzaron a describir el "populismo" como lo que consideraron que era una inútil articulación de ansiedades y furia de quienes añoraban una vida "premoderna" más simple.[21] Lipset, por ejemplo, afirmó que el populismo era atractivo para "los descontentos y quienes carecen de un hogar psicológico, […] los fracasados, los que están socialmente aislados, los que son económicamente inestables, los analfabetas, los poco sofisticados y las personalidades autoritarias".[22] Los blancos inmediatos de estos teóricos sociales fueron el macartismo y la John Birch Society, † pero sus diagnósticos a menudo se extendían a la originaria revuelta populista en los Estados Unidos de fines del siglo XIX. Victor C. Ferkiss, por ejemplo, concebía a los miembros de la Farmer's Alliance [Alianza de Granjeros] y el People's Party [Partido del Pueblo]

nada menos que como precursores de una variedad específicamente estadounidense del fascismo.[23] Esta tesis terminaría siendo refutada, pero las suposiciones contextuales siguen estando vigentes en muchos comentaristas sociales y políticos de hoy en día.[24]

Por último, existe la idea de que el populismo tendría algo que ver con quienes en un principio se autodenominaron populistas. Pensemos en los *naródniki* rusos de fines del siglo XIX y su ideología de *Naródnichestvo*, que suele traducirse como "populismo". Los *naródniki* eran intelectuales que idealizaron a los campesinos rusos y vieron la aldea comunitaria como un modelo político para el país entero. También fueron defensores de "ir hacia el pueblo" para pedir consejo y orientación políticos. (Como muchos intelectuales urbanos, encontraron que "el pueblo" ni les daba la bienvenida como habían esperado ni reconocía las prescripciones políticas que los intelectuales deducían de sus estilos de vida supuestamente "puros".)

Para muchos observadores, simplemente debe haber una razón para que algo denominado "populismo" emergiera simultáneamente en Rusia y en Estados Unidos hacia fines del siglo XIX. El hecho de que ambos movimientos estén relacionados con agricultores y campesinos hizo surgir la noción —que prevaleció al menos hasta fines de los años setenta— de que el populismo estaba íntimamente relacionado con el movimiento agrario o de que, en sociedades con acelerados procesos de modernización, era necesaria una revuelta de los grupos reaccionarios con cierto atraso económico.

Mientras que hoy en día tal asociación se ha perdido casi por completo, sobre todo en Estados Unidos los orígenes del "populismo" aún parecen sugerir a muchos observadores que por lo menos hasta cierto nivel éste debe ser "popular" en el sentido de favorecer a los menos favorecidos o de incluir en la política a los excluidos, sensación reforzada a primera vista en América Latina, donde los seguidores del populismo siempre han enfatizado su carácter incluyente y emancipador en lo que sigue siendo la región con mayor desigualdad económica del planeta.

Ciertamente no es posible prohibir por decreto tales asociaciones: el habla histórica es lo que es y, como lo demostró Nietzsche, sólo es posible definir aquello que no tiene historia. Pero la teoría política y social tampoco puede cimentarse meramente en una experiencia histórica particular, asumiendo, por ejemplo, que toda forma de populismo deba ajustarse al modelo del People's Party estadounidense.[25] Debemos considerar la posibilidad de que una interpretación viable del populismo en los hechos termine excluyendo movimientos y figuras históricas que explícitamente

se autodenominaron populistas. Con contadas excepciones, los historiadores (o los teóricos políticos, en la medida en que se preocupan por tales fenómenos históricos) no argumentarían que una correcta interpretación del socialismo necesariamente deba dar cabida al nacionalsocialismo sólo porque los nazis se autodenominaron socialistas. Pero entonces, para decidir qué experiencia histórica realmente se ajusta a un "- ismo" en particular, desde luego debemos tener una teoría de ese "-ismo" específico. Entonces, ¿qué es el populismo?

LA LÓGICA DEL POPULISMO

Mi propuesta es que el populismo es una peculiar *imaginación moralista de la política*, una forma de percibir el mundo político que sitúa a un pueblo moralmente puro y totalmente unido —pero ficticio al fin y al cabo, como sostendré más adelante— en contra de las élites consideradas corruptas o moralmente inferiores de alguna otra forma.[26] Ser crítico de las élites es una condición necesaria, mas no suficiente, para calificar como populista; de otro modo, cualquiera que critique a los poderosos y el *statu quo* en cualquier país sería por definición populista. Además de ser antielitistas, los populistas son siempre antipluralistas: aseveran que ellos, *y sólo ellos*, representan al pueblo.[27] Otros contendientes políticos sólo son parte de la élite corrupta e inmoral, o eso dicen los populistas mientras no detentan ellos mismos el poder; cuando gobiernan, no reconocen a nadie como una oposición legítima. El principal postulado populista también implica que, para empezar, quien no apoye verdaderamente a los partidos populistas no podrá formar parte del pueblo auténtico. En palabras del filósofo francés Claude Lefort, el pueblo supuestamente verdadero primero debe "extraerse" de la suma total de ciudadanos reales.[28] A este pueblo ideal es al que después se le considera moralmente puro y de una voluntad infalible.

El populismo surge con la introducción de la democracia representativa; es su sombra. Los populistas anhelan lo que la teórica política Nancy Rosenblum ha denominado "holismo": la idea de que la nación ya no debe estar dividida y de que es posible que el pueblo sea uno y que (todos) tenga(n) un verdadero representante.[29] El postulado principal del populismo es entonces una forma moralizada de antipluralismo. Los actores políticos que no estén comprometidos con él simplemente no son populistas.[30] El populismo requiere de una argumentación *pars pro toto* y un postulado de representación exclusiva, ambos entendidos en un sentido

moral, no empírico.[31] En otras palabras, no puede haber populismo sin alguien hablando en nombre del pueblo como un todo. Pensemos en la famosa frase de George Wallace en su discurso al tomar posesión como gobernador de

Alabama: "En nombre del más grande pueblo que jamás haya pisado esta tierra, trazo una línea en el polvo y arrojo el guante ante los pies de la tiranía, y digo: segregación hoy, segregación mañana, segregación por siempre."[32] La segregación no duró para siempre, pero lo que dijo Wallace sobre ella sí empañó su reputación para siempre: era racismo declarado. Sin embargo, la retórica que muestra a Wallace como populista está en su afirmación de que habla exclusivamente "en nombre del más grande pueblo que jamás haya pisado esta tierra".

¿Qué exactamente le daba al gobernador de Alabama el derecho de hablar en nombre de todos los estadounidenses (excepto, obviamente, los que proponían "la tiranía", lo cual significaba, desde luego, la administración de Kennedy y cualquier otra persona que trabajara para erradicar la segregación)? Y aún más,

¿qué le permitía afirmar que el "verdadero Estados Unidos" era lo que llamó "la gran tierra anglosajona del sur"?[33] Claramente todo lo bueno y auténtico en Estados Unidos era sureño, o así lo parecía cuando Wallace exclamó: "Y ustedes, hijos e hijas nativas del viejo y firme patriotismo de la Nueva Inglaterra, y ustedes vigorosos nativos del gran medio oeste, y ustedes descendientes del ardiente espíritu de libertad del lejano oeste, los invitamos a venir y estar con nosotros, pues ustedes son la mente sureña y el espíritu sureño y la filosofía sureña, ustedes son sureños también, y son nuestros hermanos en la lucha." Hacia el final de su discurso Wallace proclamó que prácticamente todos los Padres Fundadores eran sureños.[34]

El postulado principal del populismo es éste: sólo algunos son realmente el pueblo. Pensemos en Nigel Farage cuando celebró el voto del Brexit alegando que había sido una "victoria para el verdadero pueblo", volviendo así menos verdadero al 48 por ciento del electorado británico que se había opuesto a sacar al Reino Unido de la Unión Europea, o, más directamente, cuestionando su estatus propiamente como miembros de la comunidad política. O consideremos una observación de Donald Trump que pasó casi inadvertida, dada la frecuencia con que el millonario neoyorquino ha hecho declaraciones indignantes y profundamente ofensivas; en un acto de campaña en mayo de 2016, Trump declaró que "lo único que importa es la unificación del pueblo — porque el resto no significa nada."[35]

Desde la época de los griegos y los romanos, “el pueblo” se ha utilizado en al menos tres sentidos diferentes: primero, el pueblo como un todo (es decir, todos los miembros de una comunidad, o lo que solía llamarse “el cuerpo político”); segundo, “la gente común” (la parte de la *res publica* constituida por el vulgo o, en términos modernos, los excluidos, los oprimidos y los olvidados), y tercero, la nación como un todo, entendida en un sentido marcadamente cultural.[36]

Es claramente inapropiado decir que toda alusión a “el pueblo” califica como populismo. Una idealización del pueblo (pensemos en Bakunin diciendo “el pueblo es la única fuente de verdad moral, y tengo en mente al canalla, la escoria no contaminada por la civilización burguesa”) no necesariamente constituiría populismo, aunque el *naródniki* ruso a fines del siglo XIX entendía el populismo justo de esta manera. De forma menos obvia, la defensa del “pueblo común” o los relegados —incluso si esto implica una crítica explícita de las élites
— también es una evidencia insuficiente del populismo. Para que una persona o movimiento político sea populista debe aseverar que una *parte* del pueblo *es* el pueblo y que sólo lo populista identifica y representa auténticamente a este pueblo real o verdadero. En términos derivados de la antigua Roma, luchar por los intereses de la *plebs*, “el pueblo común” en latín, *no* es populismo, pero decir que sólo la *plebs* (a diferencia de la clase patricia, y ni qué decir de los esclavos) es el *populus romanus* —y que sólo una clase específica de *populares* representa propiamente al pueblo— *sí* lo es. En el mismo tenor, en la Florencia de Maquiavelo luchar por el *popolo* contra los *grandi* no era automáticamente populismo, pero decir que los *grandi* no pertenecían a Florencia, no importa lo que dijeran o hicieran, *sí* era populismo.

Los populistas mismos a menudo conciben la moral política en términos de trabajo y corrupción. Esto ha llevado a que algunos observadores asocien el populismo a una ideología de “productorismo”.[37] Los populistas ponen a la gente pura e inocente, que siempre trabaja, en contra de una élite corrupta que no trabaja realmente (más allá de fomentar sus propios intereses) y, en el populismo de derecha, también contra la parte más baja de la sociedad (aquellos que tampoco trabajan realmente y que, como parásitos, viven del trabajo de los otros). En la historia de Estados Unidos, pensemos en la forma en que los seguidores de Andrew Jackson se opusieron tanto a los “aristócratas” de arriba como a los indígenas americanos y a los esclavos debajo de ellos.[38] Es típica también la aseveración populista de derecha que discierne una relación simbiótica entre una élite que realmente no pertenece al pueblo y grupos

marginales que a su vez son distintos del pueblo. En el siglo XX, en Estados Unidos estos grupos solían ser, por un lado, las élites liberales y, por el otro, las minorías raciales. La controversia sobre el acta de nacimiento de Barack Obama hizo que esta lógica fuera de una obviedad y una literalidad casi risibles: al mismo tiempo, el presidente logró encarnar, ante los ojos de la gente de derecha, tanto a la "élite de costa a costa" como "al Otro afroamericano", ambos ajenos a los Estados Unidos propiamente dichos. Esto ayuda a explicar la extraordinaria obsesión de los "*birthers*" con demostrar que Obama no sólo era simbólicamente un funcionario *ilegítimo*, sino directamente uno *ilegal:* una figura "no estadounidense" que había usurpado el cargo más alto de la nación con falsas pretensiones. (Esta obsesión fue mucho más allá de la tendencia derechista de los años noventa de llamar a Bill Clinton "tu presidente", aunque el impulso básico de juzgar al primer mandatario como fundamentalmente ilegítimo era similar.)[39] También podría pensarse en las élites poscomunistas y en los grupos étnicos como los gitanos en Europa central y del este, o los "comunistas" y los inmigrantes ilegales (según Silvio Berlusconi) en Italia. En el primer caso, las élites liberales poscomunistas no pertenecen realmente a nada, pues chocan con poderes externos como la Unión Europea y promueven creencias ajenas a la verdadera patria, mientras que los gitanos —la minoría más discriminada de Europa— de entrada, carecen de un lugar propio como nación. En Hungría, el partido populista de extrema derecha Jobbik, por ejemplo, siempre hace una analogía entre "crimen político" y "crimen gitano".[40]

La concepción moralista de la política impulsada por los populistas claramente depende de algún criterio para distinguir lo moral de lo inmoral, lo puro de lo corrupto, la gente que importa, en la jerga de Trump, de quienes "no significan nada". Pero la distinción no tiene que ser el trabajo y su opuesto. Si el "trabajo" resulta ser indeterminado, los marcadores étnicos pueden salir al rescate. (Claro que el pensamiento racista a menudo equipara la raza con la pereza sin tener que hacer explícita esa identidad: nadie nunca imagina que las *welfare queens*[†] sean blancas.) Aun así, es un error pensar que el populismo siempre terminará siendo una forma de nacionalismo o de chauvinismo étnico. Un populista distingue entre lo moral y lo inmoral de varias formas. Lo que siempre tendrá que estar presente es *alguna* distinción entre el pueblo moralmente puro y sus oponentes. Esta suposición del noble pueblo también distingue a los populistas de otros actores políticos antipluralistas. Por ejemplo, los leninistas y algunas figuras religiosas muy intolerantes no piensan en el

pueblo moralmente puro y de voluntad infalible. No todos los que rechazan el pluralismo son populistas.

¿QUÉ ES EXACTAMENTE LO QUE LOS POPULISTAS DICEN REPRESENTAR?

Contrario a lo que indica la sabiduría popular, los populistas no tienen que estar en contra de la idea misma de representación, sino que inclusive pueden respaldar una versión particular de ella. Para los populistas no hay ningún problema con la representación, siempre y cuando los representantes correctos representen al pueblo correcto para hacer un juicio correcto y, en consecuencia, hagan lo correcto.

Además de determinar quién realmente pertenece al pueblo, los populistas necesitan decir algo sobre el contenido de lo que el pueblo auténtico en verdad quiere. Lo que suelen sugerir es que hay un solo bien común, que el pueblo puede discernir cuál es y procurárselo, y que el político o un partido (o, menos factible, un movimiento) puede instrumentarlo como política inequívoca.[41] En este sentido, como lo indicaron Cas Mudde y Cristóbal Rovira Kaltwasser en su destacada obra sobre casos empíricos de populismo, populista siempre suena al menos un poco "rousseauniano", aunque también haya diferencias importantes entre el populismo y el pensamiento democrático de Rousseau, algo que abordaré más adelante.[42] Además, el énfasis en un solo bien común que sea claramente comprensible para el sentido común y que pueda dar lugar a una política correcta y deseable de forma colectiva, al menos explica parcialmente por qué al populismo suele asociársele la idea de una excesiva simplificación de los desafíos políticos.[43] El líder húngaro populista de derecha Viktor Orbán, por ejemplo, no participó en debates antes de las elecciones de 2010 y 2014 (en ambas triunfó) y explicó su reticencia a debatir de la siguiente manera:

> No es necesario ahora ningún debate sobre políticas concretas, las alternativas frente a nosotros son evidentes […] Estoy seguro de que han visto lo que ocurre cuando se desploma un árbol sobre el camino y mucha gente se reúne a su alrededor. Ahí siempre hay dos tipos de personas: los que tienen buenas ideas sobre cómo quitar el árbol y comparten con los demás sus maravillosas teorías y dan consejos; los otros simplemente se dan cuenta de que lo mejor es empezar a quitar el árbol del camino […] debemos tratar de entender que para reconstruir la economía no

> necesitamos teorías sino treinta tipos robustos que empiecen a poner en práctica lo que ya sabemos que hay que hacer.[44]

Aquí Orbán equipara la política correcta con lo que el sentido común puede discernir fácilmente. Es obvio lo que hay que hacer; no es necesario ningún debate sobre valores ni sopesar la evidencia empírica.

Sólo que sí es necesario. ¡Ya hemos visto cómo para los populistas no puede haber tal cosa como competencia legítima cuando se postulan para el cargo —de ahí las consignas como "Abbasso tutti!" [¡Abajo todos!], "¡Que se vayan todos!", "*Qu'ils s'en aillent tous!*" [¡Que se vayan todos!], o los "V-Days" de Beppe Grillo (donde la V es una abreviatura de *vaffanculo* [a tomar por culo])—. Cuando están en el poder tampoco hay nada como una oposición legítima. Pero, si son los únicos representantes legítimos del pueblo, ¿cómo puede ser que los populistas no estén ya en el poder? ¿Y cómo alguien podría estar en su contra una vez que tengan el poder? Aquí entra en juego un aspecto crucial de la interpretación populista de la representación política: aunque pueda sonar como si adoptaran una noción de representación democrática de la *voluntad* popular, en realidad dependen de una representación *simbólica* del "pueblo real" (como en la noción de los "estadounidenses verdaderos", término favorito de George Wallace). Para ellos "el pueblo" es una entidad ficticia fuera de los procedimientos democráticos existentes, un cuerpo homogéneo y moral-mente unificado cuya presunta voluntad puede jugar contra los propios resultados electorales en las democracias. No es casualidad que la famosa (o infame) noción de Richard Nixon de una "mayoría silenciosa" haya tenido tan ilustre carrera entre los populistas: si la mayoría no fuera silenciosa ya tendría un gobierno que verdaderamente la representara.[45] Si el político populista falla en las encuestas, no es porque él o ella no represente al pueblo, sino porque la mayoría todavía no se ha atrevido a hablar. Mientras estén en la oposición, los populistas siempre invocarán a un pueblo no institucionalizado "ahí afuera" (en oposición existencial a los funcionarios que han sido legitimados por una elección real, o incluso por meras encuestas de opinión que no reflejan lo que los populistas ven como la verdadera voluntad popular).

Esta noción de "el pueblo" más allá de toda forma o formación política fue teorizada de manera influyente por el jurista de derecha Carl Schmitt durante el periodo de entreguerras. Su obra, junto con la del filósofo fascista Giovanni Gentile, sirvió como un puente conceptual de la democracia a la no democracia, cuando ambos afirmaron que el fascismo podía concretar los ideales democráticos con más amplitud que la

democracia misma.[46] En cambio, un opositor de Schmitt, como el jurista austriaco —y teórico de la democracia— Hans Kelsen, insistió en que la voluntad del parlamento no era la voluntad popular, y que ciertamente era imposible discernir algo parecido a una voluntad popular inequívoca. Lo único que podemos verificar son los resultados electorales, y de acuerdo con Kelsen todo lo demás (sobre todo una unidad orgánica de "el pueblo" de la que pueda inferirse algún interés más allá de los partidos) equivale a una "ilusión metapolítica".[47]

El término *ilusión* se justifica aquí, pues no se puede aprehender y representar a un pueblo completo, sobre todo porque nunca permanece igual, ni siquiera por un minuto: los ciudadanos mueren, nacen nuevos ciudadanos. Y, sin embargo, siempre es tentador afirmar que uno puede llegar a conocer al pueblo en cuanto tal.[48] Robespierre se la puso fácil cuando dijo que él simplemente era el pueblo (en un sentido que sigue la lógica de los reyes que la Revolución francesa había destituido). Resulta revelador que los revolucionarios franceses nunca encontraran una manera satisfactoria de representar simbólicamente el principio de soberanía popular: el pueblo entero no podía aparecer como tal, y símbolos específicos, tales como el gorro frigio, un joven coronado o Hércules, claramente eran poco convincentes. Jacques-Louis David quería erigir un monumento gigante de "el pueblo" en el Pont Neuf; los cimientos se construirían con restos de monumentos reales y la estatua de bronce provendría de los cañones fundidos de "los enemigos del pueblo". (Los planes se aprobaron, pero sólo se construyó una maqueta.) Supuestamente la figura más importante de la revolución —el pueblo soberano— se convirtió en "el Yahvé de los franceses", es decir, algo totalmente imposible de representar. (Sólo la palabra podía mostrarse: en festivales revolucionarios se portaban banderas con citas de *El contrato social* de Rousseau.)[49]

Sucede que ahora también estamos en una posición para señalar la mayor diferencia entre la representación populista del pueblo y la voluntad general de Rousseau. La formación de esta última requiere de una participación real de los ciudadanos; la populista, por su parte, puede intuir la voluntad correcta del pueblo con base en lo que significa, por ejemplo, ser un "estadounidense verdadero". Más *Volksgeist*, si se quiere, que *volonté générale:* una concepción de la democracia en la que decide la "sustancia", el "espíritu" o, más directamente, la "verdadera identidad", mas no la mayoría. Lo que podría haberse visto inicialmente como una demanda de los populistas de representar la voluntad resulta representar algo parecido a una sustancia simbólica. Y sin

embargo, podría objetarse lo siguiente: ¿no es cierto que los populistas exigen a menudo más referendos? Sí, pero debe quedar claro lo que un referendo significa realmente para los populistas. No quieren que la gente participe continuamente en la política. Un referendo no busca detonar un proceso de deliberación abierto, entre verdaderos ciudadanos, para generar un rango de criterios populares bien pensados; más bien el referendo sirve para ratificar lo que, por tratarse de una cuestión de identidad, el líder populista ya ha discernido que es el genuino interés popular, y no para agregar intereses que puedan verificarse empíricamente. Populismo sin participación es algo totalmente coherente. De hecho, los populistas ni siquiera son en esencia antielitistas, si esto se interpreta como el hecho de que el poder siempre debe estar lo más disperso posible. Como se menciona arriba, mientras sean ellos los representantes, los populistas no tienen nada en contra de la representación; asimismo, no tienen nada en contra de las élites mientras sean ellos quienes constituyan las que lideran al pueblo. Por ello resulta ingenuo pensar que se ha marcado un punto decisivo ante figuras como Trump si se señala el hecho de que él es miembro de la misma élite —aunque no de la élite política en sentido estricto—;

Lo mismo pasa con los empresarios que se han vuelto políticos en Europa, como el populista suizo Christoph Blocher. Saben que pertenecen a la élite, y también lo saben sus simpatizantes; lo que importa es su promesa de que, como parte de una élite correcta, no traicionarán la confianza del pueblo y en efecto ejecutarán fielmente la bien articulada agenda política del pueblo.

Así, no es casualidad que los populistas en el poder (sobre quienes diré más en el siguiente capítulo) a menudo adopten una suerte de actitud "protectora" hacia un pueblo fundamentalmente pasivo. Pensemos en el mandato de Berlusconi en Italia: lo ideal era que sus simpatizantes estuvieran sentados cómodamente en casa viendo la televisión (de preferencia alguno de los canales de los que Berlusconi era dueño) y que le dejaran los asuntos del Estado al *Cavaliere*, quien gobernaría exitosamente como si el país fuera una enorme corporación empresarial (en ocasiones denominada *Azienda Italia*). No había necesidad de ir a la plaza y participar. O pensemos en el segundo gobierno de Orbán en Hungría, a partir del 2010, cuando elaboró una constitución nacional supuestamente auténtica (tras un falso proceso de "consulta nacional" a través de un cuestionario), pero no sintió la necesidad de someter a votación popular dicha constitución.

También estamos ahora en una mejor posición para comprender por qué

los populistas a menudo celebran “contratos” con “el pueblo”: así lo ha hecho el ultrapopulista Schweizerische Volkspartei [Partido Popular de Suiza] (SVP), tal como hicieran Berlusconi y Haider; en Estados Unidos quizás algunos recuerden el “Contrato con América” de Newt Gingrich.[50] Los populistas asumen que “el pueblo” puede hablar con una voz y emitir algo parecido a un mandato imperativo que les diga a los políticos exactamente lo que tienen que hacer en el gobierno (a diferencia de un mandato libre, de acuerdo con el cual los representantes deben valerse de su propio criterio). Así que no hay una necesidad real de debatir, mucho menos del desordenado vaivén de deliberar en el congreso o en otras asambleas nacionales. Los populistas siempre han sido los fieles comunicadores del pueblo real y han elaborado los términos del contrato, pero el hecho es que el mandato imperativo realmente no ha venido del pueblo; sus instrucciones supuestamente detalladas están basadas en una interpretación de los políticos populistas. Los estudiosos de las ciencias políticas han sostenido desde hace mucho tiempo que la noción de una única “voluntad popular” totalmente coherente es una fantasía[51] y que nadie puede afirmar con credibilidad que, como solía decir Perón, “el gobierno hace lo que el pueblo quiere”.[52] Lo que no resulta tan evidente es que simular que existe tal voluntad también debilita las responsabilidades democráticas, como la rendición de cuentas. Los populistas siempre pueden volver con el pueblo y decir: “Pusimos en práctica exactamente lo que querían, lo que ustedes nos autorizaron; si algo sale mal, no es nuestra culpa.” En cambio, un mandato libre, a diferencia de uno imperativo, pone el peso en los representantes para que justifiquen de qué manera usaron su juicio político, cuando llega el momento de las elecciones (es decir, el momento de rendir cuentas). A los populistas les gusta sugerir que de alguna forma un mandato libre no es democrático; lo cierto es lo contrario, y no es casualidad que las constituciones democráticas que especifican una comprensión del papel de los representantes opten por un mandato libre, y no por uno imperativo.

El antipluralismo moralizado y de principios, así como la confianza en una noción no institucionalizada de “el pueblo”, también sirven para explicar por qué los populistas suelen contraponer el resultado “moralmente correcto” al verdadero resultado empírico de una elección, cuando ésta no juega a su favor. Pensemos en Viktor Orbán cuando, tras perder las elecciones húngaras en 2002, declaró que “la nación no puede oponerse”; o en lo dicho por Andrés Manuel López Obrador tras su fallida apuesta por la presidencia de México en 2006: “el triunfo de la derecha es moralmente imposible” (y su autoproclamación como “presidente legítimo

de México”);[53] o pensemos en los Tea Party Patriots que afirmaban que el presidente que ganó una mayoría de votos estaba “gobernando contra la mayoría”.[54] Está también el ejemplo de Geert Wilders, quien ha llamado a la Tweede Kamer [Cámara de Representantes] holandesa un “parlamento falso” con “políticos falsos”. Y finalmente está Donald Trump reaccionando a cada fracaso en las primarias con la acusación de que sus opositores cometían fraude, así como su afirmación preventiva de que todo el sistema —incluida la misma Convención Nacional Republicana— estaba “amañado”. En resumen, el problema nunca es la imperfecta capacidad de los populistas para representar la voluntad del pueblo; más bien siempre son las instituciones las que de alguna forma producen los resultados equivocados. Así que, incluso si parecen propiamente democráticas, algo debe suceder tras bambalinas que permite que las élites corruptas continúen traicionando al pueblo. Las teorías de la conspiración, entonces, no son un curioso añadido a la retórica populista, sino que están cimentadas y emergen de la propia lógica del populismo.

EL LIDERAZGO POPULISTA

A primera vista, muchos líderes populistas parecen confirmar la expectativa de que son “como nosotros”, “hombres del pueblo” (o incluso mujeres). Pero es claro que algunos líderes no encajan en esa descripción. Ciertamente hay muchas cosas en las que Donald Trump no es “como nosotros”; de hecho, parecería que el verdadero líder populista es exactamente lo opuesto a “nosotros”, es decir, común y corriente. Él (o ella) debe ser carismático, por un lado; es decir, debe estar equipado con dotes extraordinarias. ¿Entonces cuál es? ¿Hugo Chávez era una persona promedio, o era de alguna manera especial porque era “un poco de todos ustedes”, como le gustaba aseverar?

A primera vista, parecería que la lógica básica de la representación a través del mecanismo de la elección también se aplica a los populistas: se elige a un político populista por su capacidad *superior* para discernir el bien común, de acuerdo con el criterio del pueblo.[55] Esto no difiere del entendimiento general de las elecciones, de acuerdo con el cual el voto ayuda a tener a “los mejores” a cargo (una noción que ha llevado a algunos observadores a argumentar que las elecciones siempre contienen un elemento aristocrático; si realmente creyéramos que todos los ciudadanos son iguales, deberíamos recurrir a sorteos para ocupar los

cargos, tal como se hacía en la antigua Atenas).[56] La persona elegida parecería más capaz de discernir el bien común porque comparte elementos importantes con nosotros, pero no es necesario que así sea. En cualquier caso, en sentido estricto nadie puede ser "idéntico" a nosotros. Incluso "Joe el plomero"† es en cierta forma especial porque es más común que cualquiera.[57]

Una clave sobre cómo opera el liderazgo populista pueden ser las consignas del populista de extrema derecha austriaco Heinz-Christian Strache (sucesor de Jörg Haider como presidente del Freiheitliche Partei Österreichs [Partido de la Libertad de Austria]): "*ER will, was WIR wollen*" [él quiere lo que nosotros queremos], que no es lo mismo que "él es como tú". O este otro: "*Er sagt, was Wien denkt*" [él dice lo que Viena piensa], y no "él dice (o es) lo que Viena es". O, para evocar a un político ficticio de un lugar del mundo completamente distinto, "Mi objeto de estudio es el corazón del pueblo", la consigna de Willie Stark en *Todos los hombres del rey* (la más grande novela sobre populismo de todos los tiempos, basada en la carrera de Huey Long en Louisiana).

El líder discierne correctamente lo que pensamos correctamente, y a veces puede pensar lo correcto un poco antes que nosotros. Yo diría que esto es el significado de los mensajes imperativos que lanza constantemente Donald Trump en Twitter: "¡PIENSEN!" o "¡SEAN INTELIGENTES!" Todo esto no depende del carisma ni tampoco recae en ser ajeno a la política. Claro que es más creíble ir en contra de las élites existentes si no es evidente que uno forma parte de ellas, pero en algunos casos los populistas son claramente identificables como meros políticos de carrera: Geert Wilders y Viktor Orbán, por ejemplo, han pasado toda su vida adulta dentro del parlamento, lo que no parece haber perjudicado su postura como populistas.

¿Pero en qué forma exactamente dicen representarnos y "liderarnos"? Si el análisis presentado anteriormente es acertado, una representación "simbólicamente correcta" también es importante aquí. No es que el líder mismo tenga que ser particularmente carismático, pero sí debe transmitir la sensación de tener una conexión directa con la "sustancia" del pueblo y, aun mejor, con cada individuo. Por eso las campañas de Chávez tenían consignas como "¡Chávez es pueblo" o "¡Chávez somos millones, tú también eres Chávez!", y después de su muerte la gente se unió alrededor del nuevo imperativo: "Seamos como Chávez".

El líder no tiene que "encarnar" al pueblo, como podrían sugerir afirmaciones del tipo "Indira es la India y la India es Indira", pero debe haber una sensación de conexión directa y de identificación. Los populistas

siempre quieren ahorrarse al intermediario, por así decirlo, y depender lo menos posible de complejas organizaciones partidistas como intermediarias entre los ciudadanos y los políticos. Lo mismo ocurre con querer prescindir de los periodistas: son rutinarias las acusaciones de los populistas a los medios por "mediar", cosa que, como lo indica la propia palabra, es lo que se supone que deben hacer, pero que es visto por los populistas como algo que de alguna forma distorsiona la realidad política. Para este fenómeno Nadia Urbinati acuñó el útil concepto de "representación directa", que a primera vista parece paradójico.[58] Un perfecto ejemplo es Beppe Grillo y su Movimento 5 Stelle en Italia, que literalmente emergió de su blog. El italiano común y corriente puede ver lo que está sucediendo realmente por medio de un acceso directo a la página web de Grillo, dar ciertos datos en línea y después incluso identificarse con Grillo como el único representante auténtico del pueblo italiano. Como explicó él mismo: "Amigos, esto funciona así: ustedes me lo hacen saber y yo hago de amplificador."[59] Cuando los *grillini* —como se conoce a los seguidores de Grillo— finalmente entraron al parlamento, Gianroberto Casaleggio, el empresario de internet que ha actuado como estratega de Grillo, explicó que la propia "opinión pública italiana" había llegado por fin al parlamento.[60]

Cabe decir que la cuenta de Twitter de Donald Trump tuvo un encanto similar en la campaña presidencial de 2016: los "estadounidenses reales" pueden prescindir de los medios y tener un acceso directo —o, más bien, la ilusión de un contacto directo con él— a un hombre que era algo más que una celebridad; el autoproclamado "Hemingway de los 140 caracteres" dice las cosas como son de forma única. Todo lo que los liberales, desde Montesquieu y Tocqueville en adelante, alguna vez alabaron como influencias moderadoras —lo que llamaron "instituciones intermedias"— desaparece aquí a favor de la "representación directa" de Urbinati. De la misma manera, todo lo que pudiera contradecir lo que ya pensamos queda silenciado en la cámara de eco de internet. La red —y un líder como Trump— siempre tiene una respuesta y, sorprendentemente, ésta siempre parece ser la que esperábamos.

El antipluralismo con principios y el compromiso con una "representación directa" explican otro aspecto de la política populista que a menudo se comenta de forma aislada. Me refiero al hecho de que los partidos populistas casi siempre sean monolíticos internamente, con la gente común claramente subordinada a un líder único (o, con menor frecuencia, a un grupo de líderes). Ahora bien, la "democracia interna" de los partidos políticos —que algunas constituciones de hecho toman

como una prueba decisiva para la democracia, y por tanto para la legitimidad (y, en última instancia, la legalidad) de los partidos— puede ser una esperanza un tanto infundada. Muchos partidos aún son lo que dijera Max Weber que eran: máquinas para seleccionar y elegir líderes o, cuando mucho, arenas para una micropolítica fundada en la personalidad, y no un foro para un debate razonado. Mientras que ésta es una tendencia general de los partidos, los populistas son especialmente proclives al autoritarismo interno. Si sólo hay un bien común y una forma de representarlo fielmente (a diferencia de una interpretación deliberadamente partidaria pero también falible de lo que el bien común podría ser), entonces, dentro del partido que se proclama como el único representante legítimo del bien común, el desacuerdo es evidentemente inadmisible.[61] Y si hay sólo una representación "simbólicamente correcta" del pueblo real (el entendido al cual siempre recurren los populistas, como hemos visto), entonces no tiene mucho sentido debatir.

El Partij voor de Vrijheid [Partido por la Libertad] (PVV) de Geert Wilders es un ejemplo extremo. No sólo en sentido metafórico, éste es un partido de un solo hombre; Wilders controla todo y a todos. Inicialmente él y su principal asesor intelectual, Martin Bosma, ni siquiera querían establecer un partido político sino una fundación. Esto resultó imposible legalmente, pero hoy en día el PVV opera como un partido con dos miembros: Wilders mismo y la fundación Stichting Groep Wilders [Fundación Grupo Wilders], con (como era de esperarse) otra vez Wilders como único miembro.[62] Los miembros del PVV en el parlamento son meros delegados (y cada sábado reciben de Wilders un intenso entrenamiento sobre cómo presentarse y cómo hacer su trabajo legislativo).[63] Algo similar ocurre con Grillo, quien no sólo es el "amplificador", como pretende, sino que ejerce el control central sobre "sus" diputados en el parlamento y expulsa del movimiento a quienes se atreven a estar en desacuerdo con él.[64]

Ahora bien, en la práctica los populistas han cedido aquí y allá, entrado en coaliciones y moderado su pretensión absoluta de ser la representación única del pueblo. Pero sería incorrecto concluir de esto que, después de todo, son tan sólo como todos los demás partidos. Hay una razón por la que quieren ser un "frente" (como el Frente Nacional), un "movimiento" o, precisamente, una fundación.[65] Un partido es sólo una parte (del pueblo), mientras que los populistas afirman representar al todo, sin remanente.

En la práctica también está claro que el contenido de la "representación simbólica correcta" del pueblo puede cambiar con el tiempo, incluso

dentro del mismo partido. Pensemos en el Frente Nacional. Bajo el fundador Jean-Marie Le Pen, el partido era inicialmente un punto de encuentro para extremistas de derecha, monarquistas y, especialmente, quienes no podían aceptar que en 1960 Francia hubiera perdido Argelia. Más recientemente, la hija de Le Pen, Marine, ha dejado atrás el revisionismo histórico de su padre —que de forma infame osó describir las cámaras de gas como un "detalle histórico"—, y trató de presentar su partido como el último defensor de los valores franceses republicanos contra la doble amenaza del islam y de la dictadura económica de Alemania en la eurozona. Cada segundo domingo de mayo, el Frente Nacional lleva a cabo una manifestación en la estatua de Juana de Arco en el primer distrito de París, volviendo a comprometerse simbólicamente con la independencia de Francia y lo que pregona como una auténtica soberanía popular francesa. Los tiempos han cambiado y también lo han hecho las formas en que "el pueblo real" puede evocarse mediante la determinación de los principales enemigos de *la République*.

Tales transformaciones pueden efectuarse con más facilidad si el enunciado simbólico principal de los populistas está prácticamente vacío. ¿Qué quiere decir realmente "*Make America Great Again*", más allá de que el pueblo ha sido traicionado por las élites y que quien se oponga a Trump debe también de alguna forma estar en contra de la "*American Greatness*" [la grandeza estadounidense]? ¿Qué significaba el "*Stand Up for America*" [Defiende a Estados Unidos] de George Wallace (la versión nacional de su exitoso lema "Stand Up for Alabama" [Defiende a Alabama]), si no es que Estados Unidos estaba victimizándose y que quien fuera crítico de Wallace automáticamente fallaba en la defensa de su país?

UNA VEZ MÁS: ¿ENTONCES NO TODOS SON POPULISTAS?

Como hemos visto, el populismo es una forma específicamente moral de imaginar el mundo político y necesariamente involucra un postulado de representación moral exclusiva. Desde luego que no sólo los populistas hablan sobre moralidad; todo discurso político está colmado de aseveraciones morales, tal como prácticamente todos los actores políticos hacen lo que Michael Saward ha denominado "el postulado representativo".[66] Asimismo, pocos actores políticos van por ahí diciendo "Somos sólo una facción; sólo representamos intereses especiales." Aún menos admitirían que sus opositores podrían estar tan en lo cierto como ellos; la lógica de la competencia y la diferenciación políticas lo hace

imposible. Lo que distingue a los políticos democráticos de los populistas es que los primeros hacen postulados representativos como si fueran una suerte de hipótesis que puede desmentirse empíricamente con base en los verdaderos resultados de procedimientos e instituciones regulares, como las elecciones.[67] O, como ha señalado Paulina Ochoa Espejo, los demócratas postulan cosas sobre el pueblo que son autolimitantes y falsables.[68] En cierto sentido tendrían que suscribir las famosas palabras de Beckett en *Rumbo a peor:* "Lo intentaste. Fracasaste. Da igual. Prueba otra vez. Fracasa otra vez. Fracasa mejor."

Los populistas, en cambio, persisten en su postulado de representación sin importarles nada más; puesto que este derecho es de una naturaleza moral y simbólica —no empírica—, no puede ser desmentido. Cuando están en la oposición, los populistas se ven obligados a sembrar dudas respecto de las instituciones que producen los resultados "moralmente incorrectos". Así, acertadamente puede denominárseles "enemigos de las instituciones", aunque no de las instituciones en general: son ante todo enemigos de los mecanismos de representación que no reivindican su derecho a una representación moral exclusiva.

Los políticos no populistas no utilizan discursos enardecedores para hablar solamente por una facción (aunque hay quienes lo hacen: al menos en Europa, los nombres de algunos partidos suelen indicar que éstos sólo se proponen representar a una clientela específica, como a los pequeños productores agrícolas o a los cristianos). Los políticos democráticos comunes y corrientes tampoco suscriben necesariamente una ética noble de acuerdo con la cual, más allá de nuestras diferencias partidistas, todos estamos involucrados en un proyecto común para perfeccionar los valores políticos fundamentales de una comunidad política.[69] Pero la mayoría *sí* aceptaría que la representación es temporal y falible, que las opiniones opuestas son legítimas, que la sociedad no puede ser representada sin remanente y que es imposible que un partido o que los políticos, alejados de procedimientos y formas democráticas, representen permanentemente a un pueblo auténtico. Esto quiere decir que implícitamente aceptan una afirmación que Habermas articuló con claridad: "el pueblo" aparece sólo en plural.[70]

En resumen, el populismo no es cuestión de un perfil psicológico específico, una clase específica o unas políticas simplistas. Tampoco es sólo una cuestión de estilo. Sí, George Wallace hizo hincapié en vestir trajes baratos y decirles a los estadounidenses que "a todo le ponía cátsup". Sí, algunos populistas prueban los límites de cuán grosero puede ser uno en un debate (o con el anfitrión de un debate). Pero no por ello, como

afirman algunos científicos sociales, podemos simplemente y de forma segura identificar a los populistas por sus “malos modales”.[71] El populismo no es cualquier estrategia de movilización que apele a “el pueblo”,[72] sino que emplea un tipo de lenguaje muy particular. Los populistas no sólo critican a las élites; también afirman que ellos y sólo ellos representan al pueblo verdadero. Si alguien habla o no ese lenguaje no es una cuestión de impresiones subjetivas. Estudiosos como Keith Hawkins han identificado sistemáticamente elementos del lenguaje populista e incluso cuantificado su presencia en distintos países.[73] Por ende, es posible hablar significativamente de grados de populismo. Lo principal es que esta retórica populista puede precisarse. Lo siguiente es qué sucede cuando los populistas llevan sus ideas a la práctica.

NOTAS AL PIE

† “Hagamos que América vuelva a ser grande”. Para más información acerca de la dificultad de traducir este eslogan al español, véasecultura.elpais.com/cultura/2016/11/22/actualidad/1479844381_053085.html. [N. de la t.]

† La John Birch Society, que aún existe, fue un grupo anticomunista muy activo en la década de 1960. [N. de la t.]

† *Welfare queens* es una fórmula despectiva para describir a mujeres que abusan de los programas de asistencia pública. [N. de la t.]

† “Joe el plomero”, alusión a una persona real muy mencionada en la campaña presidencial de Estados Unidos en 2008, es una referencia a un ciudadano común y corriente. [N. de la t.]

2. Lo que hacen los populistas

O el populismo en el poder

Resulta tentador concluir a estas alturas que los populistas viven en una suerte de mundo político de fantasía: se imaginan una oposición entre las élites corruptas y un pueblo puro y homogéneo que no puede hacer daño; imponen una representación simbólica de ese pueblo en las sórdidas realidades políticas donde los populistas aún no gobiernan. ¿Acaso tales fantasías no están condenadas al fracaso?

Según la sabiduría popular, los partidos populistas son, ante todo, partidos de protesta, y esa protesta no puede gobernar, puesto que es imposible protestar contra uno mismo (y una vez que las figuras políticas se han convertido en una élite en el poder, simplemente sería imposible que perpetuaran una postura antielitista).[1] Por último, existe la idea de que cuando los populistas lleguen al poder de alguna manera perderán su aureola, el carisma se agotará y se verá "desencantado" por las rutinas parlamentarias del día a día. Volviendo a una definición anterior —en mi opinión, errónea— del populismo, podría pensarse que las prescripciones simplistas de los populistas rápidamente también se mostrarán inviables. La antipolítica no puede generar políticas verdaderas.

La idea de que los populistas en el poder están destinados al fracaso resulta, de alguna u otra forma, reconfortante. También es una ilusión. Por un lado, mientras que los partidos populistas en efecto protestan contra las élites, esto no significa que el populismo en el poder será contradictorio. Para empezar, de cualquier fracaso de los populistas en el gobierno todavía puede culparse a las élites que actúan tras bambalinas, ya sea de forma interna o en el extranjero (aquí vemos nuevamente la no tan casual conexión entre el populismo y las teorías de la conspiración). Muchos populistas victoriosos siguen comportándose como víctimas; las mayorías actúan como minorías

maltratadas. Chávez siempre aludía a las oscuras maniobras de la oposición —la "oligarquía" oficialmente destituida— que procuraba sabotear su "socialismo del siglo XXI". (Cuando eso no parecía viable, culpaba siempre a Estados Unidos de cualquier fracaso de la revolución bolivariana.) Recep Tayyip Erdoğan también se ha presentado a sí mismo como un valiente desvalido; siempre era el peleador callejero del barrio bajo de Estambul, Kasimpaşa, confrontando con valentía al viejo sistema kemalista de la república turca, incluso mucho después de que empezara a concentrar en sus propias manos todo el poder político, económico y cultural.

Los populistas en el gobierno siguen polarizándose y preparan al pueblo para nada menos que lo que presentan como una suerte de confrontación apocalíptica. Buscan moralizar el conflicto político lo más posible (para Chávez, George W. Bush era nada menos que el mismo diablo, como declaró en un escenario global durante una sesión de las Naciones Unidas). Nunca faltan los enemigos, y éstos nunca son nada menos que enemigos del pueblo en su conjunto. Chávez declaró en medio de una huelga general que inició la oposición en 2002: "no se trata de chavistas o antichavistas. […] El planteamiento no es ése: los patriotas y los enemigos de la patria."[2] Una "crisis" no es un estado de las cosas objetivo, sino una cuestión de interpretación. Los populistas a menudo enmarcan con gusto una situación como una crisis, calificándola de amenaza existencial, porque esta crisis después les sirve para legitimar un gobierno populista. En otras palabras, una "crisis" puede ser una puesta en escena, y la política puede presentarse como un continuo estado de sitio.[3] Para figuras como Chávez y el ex presidente de Ecuador, Rafael Correa, gobernar era una campaña permanente (a decir verdad, ésta es una actitud que comparten algunos políticos no populistas). Sin embargo, Correa fue varios pasos más allá al concebir su papel de presidente como el de un "motivador" permanente.[4]

Los populistas combinan este constante incremento de presión con una producción estética de "proximidad al pueblo". Viktor Orbán hace que lo entrevisten en la radio húngara todos los viernes: Chávez presentaba el famoso programa *Aló Presidente*, en el que ciudadanos comunes y corrientes llamaban por teléfono y le expresaban al líder del país sus preocupaciones e intereses; el presidente entonces ocasionalmente daba instrucciones en apariencia espontáneas a los miembros del gobierno ahí presentes. (En una ocasión, Chávez le ordenó en vivo a su ministro de defensa que enviara diez batallones de tanques a la frontera con Colombia.) Cada tanto se anunciaban medidas de bienestar popular frente a las cámaras que filmaban; el programa

a veces duraba hasta seis horas. De forma similar, Correa y el presidente de Bolivia, Evo Morales, han participado en sus propios programas de televisión.[5]

Es posible desestimar tales prácticas como una forma curiosa de folclor político o, de hecho, como algo similar a las relaciones públicas que se han vuelto obligatorias para todos los políticos, debido a lo que se ha denominado la "democracia mediática" o "democracia de audiencia" de nuestro tiempo (en la que los ciudadanos se involucran en la actividad política principalmente observando a los poderosos).[6] No obstante, también es cierto que los populistas emplean técnicas de gobierno muy peculiares, las cuales pueden justificarse moralmente haciendo referencia a la lógica esencial del populismo. Los populistas en el poder invariablemente recurren al argumento de que son los únicos representantes legítimos del pueblo y que, además, sólo una parte del pueblo es en efecto el pueblo real y auténtico que merece apoyo, así como, en última instancia, un buen gobierno. Esta lógica puede manifestarse de tres formas diferentes: un tipo de colonización del Estado, clientelismo de masas y lo que los politólogos llaman a veces "legalismo discriminatorio" y, finalmente, la represión sistemática de la sociedad civil. No sólo los populistas se involucran en tales prácticas; lo que los hace especiales es que puedan hacerlo tan abiertamente. Afirman tener una justificación moral para su conducta y, al menos en el escenario internacional, tienen grandes posibilidades de mantener una reputación como demócratas. Revelar estas prácticas como lo que son no es ni de cerca tan dañino para los populistas como podría creerse, pues ellos simplemente afirmarán que están llevando a la práctica el modo correcto de concebir la democracia. Permítaseme detallar estas afirmaciones aparentemente contradictorias.

TRES TÉCNICAS POPULISTAS PARA GOBERNAR Y SUS JUSTIFICACIONES MORALES

Primera: los populistas tienden a colonizar o a "ocupar" el Estado. Pensemos en Hungría y Polonia como ejemplos recientes. Uno de los primeros grandes cambios que buscaron Viktor Orbán y su partido Fidesz (Fiatal Demokraták Szövetsége [Alianza de Jóvenes Demócratas]) fue la transformación de la ley de la función pública para que el partido pudiera colocar simpatizantes leales en lo que tendrían que haber sido puestos burocráticos imparciales. Tanto Fidesz como el partido Prawo i Sprawiedliwość [Ley y Justicia] (PIS) de Jarosław Kaczyński también se dieron prisa para movilizarse en contra de la independencia de los tribunales, enmendaron los procedimientos judiciales existentes y nombraron nuevos jueces. Donde parecía difícil reestructurar el sistema entero, como era el caso de Polonia, la

paralización del poder judicial se mostró como una aceptable segunda opción para el partido en el gobierno. También capturaron inmediatamente a las autoridades de los medios de comunicación; emitieron la consigna de que los periodistas no debían hacer reportajes que violaran los intereses de la nación —que desde luego se equiparaban con los intereses del partido en el gobierno—. Para Kaczyński, quien tiempo atrás ya creía que una "red" oscura se empeñaba en socavar su partido, también fue crucial poner a los servicios secretos bajo control. Quien criticara cualquiera de estas medidas era vilipendiado por cumplir las órdenes de las viejas élites (que los populistas, como los legítimos representantes del pueblo, finalmente habían logrado reemplazar) o por ser de plano un traidor (Kaczyński hablaba de "polacos de la peor calaña", que supuestamente tenían "la traición en los genes"). El resultado final es que los partidos políticos crean un Estado conforme a sus gustos y su propia imagen política.

Desde luego que esta estrategia para consolidar o incluso perpetuar el poder no es dominio exclusivo de los populistas. Lo que es especial sobre ellos es que pueden llevar a cabo esa colonización de forma abierta y blandiendo su postulado esencial de representación moral del pueblo. Los populistas pueden preguntar con indignación si el pueblo no debería tomar posesión del Estado a través de sus únicos representantes legítimos. ¿Por qué no deshacerse de quienes obstruyen la voluntad popular genuina en nombre de la neutralidad de la función pública? El Estado pertenece legítimamente al pueblo; no debe confrontarlo como si fuese un aparato ajeno —más bien, el pueblo debe tomar posesión de él de manera adecuada.

Segunda: los populistas tienden a involucrarse en un clientelismo de masas. Intercambian favores materiales e inmateriales de las élites a cambio del apoyo político de las masas. Una vez más, esta conducta no es exclusiva de los populistas: muchos partidos recompensan a su clientela para que ésta vaya a las casillas electorales, aunque pocos irían tan lejos como el austriaco archipopulista Jörg Haider, que literalmente repartió billetes de cien euros a "su gente" en las calles de Carintia. Algunos observadores han sostenido que, desde una perspectiva realista, el clientelismo de masas y las formas tempranas de la democracia son más o menos la misma cosa, pues el clientelismo establece alguna reciprocidad política significativa y posibilita un atisbo de rendición de cuentas.[7] Nuevamente, lo que distingue a los populistas es que pueden involucrarse en tales prácticas abiertamente y con justificaciones morales públicas, pues para ellos sólo una parte del pueblo es

realmente *el* pueblo y por tanto merece el apoyo de lo que es legítimamente su Estado.

De igual forma, sólo una parte del pueblo disfrutará de la total protección de la ley; aquellos que no pertenecen al pueblo o, peor aún, quienes pueden ser sospechosos de trabajar en contra del pueblo, deberán ser tratados con dureza. (Esto es "legalismo discriminatorio", o sea la postura de que "para mis amigos, todo; para mis enemigos, la ley".)[8]

Algunos populistas tuvieron suerte en cuanto que tuvieron recursos disponibles libremente para involucrarse en el clientelismo de masas e incluso construir de manera efectiva clases enteras que apoyaran sus regímenes. Chávez se benefició de forma importante del boom petrolero.[9] Particularmente para algunos regímenes en Europa central y del este, los fondos de la Unión Europea han sido equivalentes al petróleo para algunos Estados árabes autoritarios: los gobiernos pueden emplear estratégicamente los subsidios para comprar apoyo o al menos para mantener callados a los ciudadanos. Más aún, pueden formar estratos sociales conforme a su imagen del pueblo ideal y que sean leales al régimen. Chávez creó la "boliburguesía", a la que en efecto le fue muy bien como resultado de la "revolución bolivariana". Erdoğan sigue disfrutando del inquebrantable apoyo de la clase media en Anatolia, que emergió con el boom económico bajo el Adalet ve Kalkınma Partisi [Partido de la Justicia y del Desarrollo] (AKP). (Esta clase media también encarna la imagen de un turco ideal, musulmán devoto, en contraposición con las élites seculares occidentalizadas, por un lado, y las minorías, como los kurdos, por el otro.) El Fidesz de Hungría ha construido un nuevo grupo que combina el éxito económico, los valores familiares — tener hijos trae muchos beneficios— y la devoción religiosa en un todo que conforma la visión de Orbán de una cultura "cristiana nacional".[10]

Una vez más, la colonización del Estado, el clientelismo de masas y el legalismo discriminatorio son fenómenos que pueden hallarse en muchas situaciones históricas, pero en los regímenes populistas se practican abiertamente y, es de sospecharse, con una conciencia moral limpia. Es también por ello que se observa el curioso fenómeno de que las revelaciones sobre lo que sólo puede llamarse corrupción simplemente parecen no dañar a los líderes populistas tanto como uno esperaría. El Freiheitliche Partei Österreichs de Haider y la Lega Norde [Liga Norte] italiana resultaron ser mucho más corruptos que las élites tradicionales que habían criticado tanto; sin embargo, ambos siguen prosperando hoy

en día (tanto que la Lega Norde ha reemplazado al partido de Berlusconi como el principal partido de oposición de derecha en Italia). Erdoğan, el autodeclarado "hombre de la nación" *(Milletin Adamı),* permanece indemne a los escándalos de corrupción. Claramente la percepción entre los simpatizantes de los populistas es que la corrupción y el amiguismo no son problemas genuinos siempre y cuando parezcan medidas emprendidas por el bien de un "nosotros" trabajador y moral, y no por el de un "ellos" inmoral o incluso extranjero. Así, el que los liberales piensen que lo único que tienen que hacer para desacreditar a los populistas es exponer su corrupción es una esperanza infundada; también deben mostrar que para la gran mayoría la corrupción populista no rinde ningún beneficio, y que a largo plazo la falta de rendición de cuentas democrática, una burocracia disfuncional y el declive en el Estado de derecho perjudicarán al pueblo: a todos los que lo integran.

Es importante comprender un aspecto más sobre el arte populista de gobernar. Los populistas en el poder tienden a ser severos (por decir lo menos) con las organizaciones no gubernamentales (ONG) que los critican. Nuevamente, hostigar o incluso suprimir a la sociedad civil no es una práctica exclusiva de los populistas, pero para ellos la oposición desde la sociedad civil crea un problema moral y simbólico específico: potencialmente socava su afirmación de ser los únicos representantes morales del pueblo. Así, se vuelve crucial argumentar —y supuestamente "probar"— que la sociedad civil no es en absoluto sociedad civil, y que lo que podría parecer oposición popular no tiene nada que ver con el pueblo verdadero. Esto explica por qué gobernantes como Vladimir Putin en Rusia, Viktor Orbán en Hungría y el PiS en Polonia se han empeñado en sus intentos de desacreditar a las ONG diciendo que son controladas por poderes externos (y declararlas "agentes extranjeros"). En cierto modo, al silenciar o desacreditar a quienes difieren de la construcción del pueblo que hace el líder populista (y, a veces, dándoles todos los incentivos para que abandonen el país y se separen así del pueblo ellos mismos), tratan de hacer una realidad *de facto* del pueblo unificado —y pasivo—, en cuyo nombre hablan.[11] En otras palabras, el gobierno de PiS o de Fidesz no sólo creará un Estado PiS o un Estado Fidesz, sino que también buscará crear un pueblo PiS y un pueblo Fidesz (a menudo al establecer un remedo de sociedad civil que simpatice con el gobierno). Los populistas crean un pueblo homogéneo en cuyo nombre siempre habían hablado.

Y eso conduce a una gran ironía final: el populismo en el poder

conlleva, refuerza u ofrece otra variedad de la misma exclusión y usurpación del Estado a la que se opone en el sistema imperante que busca reemplazar.[12] Los populistas terminarán haciendo lo mismo que el "viejo sistema" o las "élites inmorales corruptas" supuestamente han hecho siempre, sólo que, como era de esperarse, lo harán sin culpa y con una justificación supuestamente democrática.

¿EL POPULISMO EN EL PODER EQUIVALE A LA "DEMOCRACIA ANTILIBERAL"?

A estas alturas cabe preguntarse por qué los populistas no van hasta las últimas consecuencias cuando de cambiar el régimen se trata. Si en verdad creen en lo que dicen —que son los únicos representantes legítimos del pueblo—, ¿por qué no prescinden del todo de las elecciones? Si el resto de los aspirantes al poder son ilegítimos, ¿por qué no excluirlos por completo del juego político?

La respuesta a esta incógnita necesariamente tiene un factor especulativo. Sabemos que muchos de los populistas que han llegado al poder continuamente ponen sus límites a prueba: un cambio en las leyes electorales por aquí, presión sobre un medio de comunicación poco amistoso por allá, una auditoría fiscal extra para una ONG incómoda por acullá (pero nada que parezca una ruptura total con la democracia). Desde luego es imposible leer su mente y conocer sus cálculos exactos, pero parece viable que, al menos en su cabeza, los costos del autoritarismo abierto simplemente resultan demasiado altos. Abolir *oficialmente* o, al menos, suspender la democracia, conlleva una pérdida enorme de reputación internacional (y posiblemente una pérdida de apoyo material internacional, aunque, como lo demuestran los ejemplos recientes de Egipto y Tailandia, incluso lo que pareciera la llegada de una dictadura militar-burocrática a la vieja usanza no necesariamente conduce a una ruptura total de vínculos con la comunidad internacional).

Ante tal distanciamiento del autoritarismo absoluto, muchos observadores se han visto tentados a denominar a los regímenes como los de Turquía y Hungría "democracias antiliberales", pero esta designación es muy confusa y de hecho subestima los esfuerzos de los actores políticos por gobernar. "Democracia antiliberal" deja a gobiernos como el de Kaczyński, Orbán o Maduro en posición de proclamar que sus países aún son democracias, sólo que no liberales. Esto no es sólo un mero aspecto semántico; los observadores externos deberían tener muy claro que a quien daña el populismo es a la democracia misma. Dada la

prevalencia del diagnóstico de “democracia antiliberal” entre los científicos y analistas políticos, explicaré en detalle el porqué de su error.

El término *democracia antiliberal* se volvió popular en los círculos políticos de Occidente a mediados de la década de 1990, como una forma de describir los regímenes que tenían elecciones, pero no respetaban el Estado de derecho y anulaban, sobre todo, el sistema de pesos y contrapesos. En un artículo sumamente influyente, el reportero estadounidense Fareed Zakaria expresó que los gobiernos con un sustento popular regularmente violaban los principios de lo que él llamó “liberalismo constitucional”. Éste incluía derechos políticos, libertades civiles y derechos de propiedad. El diagnóstico de la “democracia antiliberal” era un síntoma de una resaca general filosófica y política después de 1989. En los vertiginosos días de la caída del comunismo, cuando el mundo parecía ebrio de democracia, era fácil creer que el gobierno de la mayoría y el Estado de derecho siempre irían de la mano, pero pronto las elecciones produjeron mayorías que después usaron todo el poder disponible para oprimir a las minorías y violar los derechos fundamentales. La implicación clara era que el liberalismo debía fortalecerse para contener los peligros que acechan a la democracia en países donde los contendientes políticos manifiestan la mentalidad de que “el vencedor arrasa con todo”.

Esta división conceptual entre liberalismo y democracia no es precisamente nueva: los críticos de la “democracia burguesa”, tanto los de izquierda como los de derecha, han operado con ella por mucho tiempo. A muy grandes rasgos, los marxistas acusaban que bajo el capitalismo el liberalismo ofrecía meras “libertades formales” y una suerte de emancipación política falsa, mientras protegía lo que a menudo se denominaba la “autonomía privada” de los ciudadanos (es decir, les aseguraba su estatus como participantes en el mercado y le daba al Estado el papel de mero promotor del cumplimiento de los contratos). En la derecha, durante los años veinte del siglo XX, Carl Schmitt afirmaba que el liberalismo era una ideología anticuada: en el siglo XIX había justificado a las élites que debatían políticas racionalmente en el parlamento, pero en la era de la democracia de masas los parlamentos eran una mera fachada para los sórdidos tratos entre intereses especiales. En cambio, un líder como Mussolini podía representar la genuina voluntad popular. La aclamación por un pueblo homogéneo, que Schmitt definía como “la identidad de gobernados y gobernantes”, se convirtió en el sello distintivo de la correcta democracia; las instituciones no electas, tales como los tribunales constitucionales, podían verse como guardianes del liberalismo, pero eran fundamentalmente antidemocráticas.

Schmitt también realizó una división conceptual fatídica entre la “sustancia” del pueblo, por un lado, y el resultado empírico de las elecciones

o encuestas públicas, por el otro (la misma división que usan los populistas regularmente, como expuse en el capítulo anterior). Cabe citar aquí a Schmitt directamente, pues su pensamiento explica muchos virajes recientes hacia el autoritarismo bajo la guisa de un lenguaje que suena democrático:

> La opinión unánime de cien millones de particulares no es ni la voluntad del pueblo ni la opinión pública. La voluntad del pueblo puede expresarse igual de bien o incluso mejor mediante la aclamación, mediante algo que se da por sentado —su existencia obvia e incontestada—, que, mediante un aparato estadístico, elaborado desde hace medio siglo con gran minuciosidad. Cuanto mayor es la fuerza del sentimiento democrático, tanto más segura es la comprensión de que la democracia es otra cosa que un sistema para registrar votaciones secretas. Frente a la democracia directa en un sentido no sólo técnico, sino también vital, el parlamento parece como una maquinaria artificial, generado a partir de un razonamiento liberal, mientras que los métodos dictatoriales y cesaristas no sólo pueden producir la aclamación del pueblo, sino que también pueden ser la expresión directa de la sustancia y la fuerza democráticas.[13]

Más recientemente, los críticos de la supuesta hegemonía del liberalismo en el mundo posterior a 1989 —sobre todo la teórica de izquierda Chantal Mouffe— han argumentado que el pensamiento liberal "racionalista" ha llegado a negar la legitimidad del conflicto y el desacuerdo, que son inherentes a la democracia. Al mismo tiempo, los partidos socialdemócratas han abandonado la tarea de ofrecer una alternativa real al neoliberalismo; su convergencia como una "tercera vía" reforzó la sensación entre los votantes de que se les ofrecían "elecciones sin elección" (o, como alguna vez lo expresó Mouffe en una entrevista, una mera elección entre Coca y Pepsi). De acuerdo con Mouffe, esta convergencia de los partidos políticos, así como la compulsión por llegar a consensos —que supuestamente puede encontrarse en las teorías democráticas de John Rawls y de Jürgen Habermas—, ha provocado fuertes contramovimientos liberales, sobre todo del populismo de derecha.

Más allá de estos debates de teoría política, el "liberalismo" —al menos en Europa, aunque no en Estados Unidos— ha llegado a representar un capitalismo desenfrenado; muy parecido a lo que pasa en Estados Unidos, también se ha vuelto una abreviatura para maximizar la libertad entre estilos personales de vida. Después de la crisis financiera, una nueva ola de autodenominados antiliberales usó las ambigüedades alrededor de *liberalismo*

—tratándolo casi como un insulto— para abogar por una forma distinta de democracia. Enfatizando la moral islámica tradicional, Erdoğan comenzó a presentarse como un “demócrata conservador”. En un controvertido discurso de 2014, Orbán reveló su proyecto de crear un “Estado antiliberal”. Más recientemente, durante la crisis de los refugiados, el líder húngaro anunció que la era en Europa de lo que llamó llanamente “bla bla liberal” había terminado y que el continente adoptaría su visión “cristiana y nacional” de la política.[14] Aquí el “antiliberalismo” pareciera significar tanto una oposición al capitalismo desenfrenado, donde los fuertes siempre ganan, como una negativa a extender ciertos derechos a minorías tales como los homosexuales. Se trata de restricciones tanto en el mercado como en la moral.

Ahora bien, la “democracia antiliberal” no necesariamente es una contradicción. Durante los siglos XIX y XX muchos demócratas cristianos europeos se habrían autodenominado “antiliberales”; de hecho, de ser cuestionado su ferviente antiliberalismo, quizás hasta se habrían ofendido. Pero esto no implicó que no entendieran lo importante que son los derechos de las minorías políticas en una democracia en marcha (después de todo, las minorías pueden convertirse en mayoría en la próxima elección); al contrario: sabían de primera mano lo que podría significar no proteger de los poderosos a las minorías, como ocurrió cuando los católicos fueron víctimas de las agresivas campañas culturales llevadas a cabo por Estados seculares (pensemos en el *Kulturkampf* de Bismarck en la Alemania de fines del siglo XIX). Tampoco pensaban que las instituciones no electas, como los tribunales, fueran de alguna manera antidemocráticas; otra vez, ellos mismos simpatizaban con la idea de contar con pesos y contrapesos porque habían experimentado lo que la desmesurada soberanía popular podía significar para las minorías religiosas. En ese entonces, la razón era simplemente que asociaban al “liberalismo” con el individualismo, el materialismo y, muy a menudo, el ateísmo. Pensemos, por ejemplo, en Jacques Maritain, el principal filósofo católico francés y uno de los autores de la Declaración Universal de los Derechos Humanos de las Naciones Unidas, quien sostenía que la democracia podía sustentarse en principios específicamente católicos, mientras que había que rechazar al liberalismo. Para pensadores como él, ser “antiliberal” no significaba una falta de respeto a los derechos políticos básicos, pero sí señalaba una crítica al capitalismo —incluso si los demócratas cristianos no cuestionaban la legitimidad de la propiedad privada como tal—, así como un énfasis en una interpretación tradicional y patriarcal de la familia.

Puede haber sustentos filosóficos antiliberales en la democracia, como en el caso de Maritain, y sociedades tradicionales en las que el derecho al aborto y al matrimonio estén muy restringidos. En mi opinión, hay muy buenas razones por las que hay que oponerse a esto último, pero sería raro

argumentar que las restricciones a tales derechos demuestran una seria falta de democracia. En todo caso, es deseable hablar de sociedades relativamente intolerantes —antiliberales en ese sentido—, pero eso es distinto a la democracia antiliberal. Hay que distinguir entre sociedades antiliberales y aquellos lugares donde se ataca la libertad de expresión y de reunión, el pluralismo de los medios de comunicación y la protección de las minorías. Estos derechos políticos no son sólo sobre liberalismo (o sobre el Estado de derecho): son constitutivos de la democracia en cuanto tal. Por ejemplo, incluso si durante la jornada electoral el partido en el gobierno no comete fraude, una elección puede ser antidemocrática si la oposición nunca puede expresarse apropiadamente y si se impide a los periodistas reportar las fallas del gobierno. Incluso para las más simplistas definiciones de democracia —como un mecanismo para asegurar rotaciones pacíficas en el poder después de un proceso de formación de la voluntad popular—, es crucial que los ciudadanos estén bien informados sobre política, pues de otra manera apenas se puede esperar que los gobiernos rindan cuentas. No es casualidad que muchas nuevas democracias después de 1989 establecieran cortes constitucionales para proteger los derechos políticos básicos y preservar el pluralismo en la política y en la sociedad. Su justificación establecía que a la larga tales cortes ayudarían a que floreciera la propia democracia (y no sólo el liberalismo).

Si los críticos siguen invocando a la “democracia antiliberal”, líderes como Orbán simplemente dirán: “Muchísimas gracias.” La supuesta crítica confirma al primer ministro húngaro exactamente como quiere ser: un oponente del liberalismo. Al mismo tiempo él, Kaczyński y todos los demás líderes populistas logran quedarse con la “democracia” que, a pesar de todas las desilusiones del último cuarto de siglo, permanece como la ruta más importante en la escena global. Aun mejor, desde el punto de vista de esos líderes, la expresión “democracia antiliberal” confirma una división normativa del trabajo, donde el Estado-nación hace la democracia y una entidad como la Unión Europea se hace cargo del liberalismo. Es posible, entonces, hacer que la Unión Europea parezca incluso más como un agente del capitalismo rampante y de una moralidad libertina (como en el neologismo “Gayropa”, la acusación promovida por muchos enemigos homofóbicos de la Unión Europea en Rusia). Mientras tanto, los gobiernos populistas pueden presentarse a sí mismos como si resistieran un liberalismo hegemónico en nombre de la diversidad e incluso de los derechos de las minorías, como si dijeran: “Nosotros, húngaros, polacos y demás, somos una minoría de la Unión Europea que cree en la moral tradicional y no se entrega al universalismo liberal unitalla que promueven las élites

liberales occidentales.” Pensemos tan sólo en el momento en que el ministro de asuntos exteriores polaco Witold Waszczykowski, en una entrevista con la prensa sensacionalista alemana en enero de 2016, clamó en contra de la visión de “una nueva mezcla de culturas y razas, un mundo de ciclistas y vegetarianos que […] lucha contra toda forma de religión”. Aquí pareciera que se defiende una minoría vulnerable, o quizás incluso perseguida, cuando en realidad el ministro habla por un gobierno que tiene mayoría en el parlamento.

Todo esto significa que debemos detener la inconsciente invocación de la “democracia antiliberal”. Los populistas dañan la democracia, y el hecho de que hayan ganado las elecciones no les da a sus proyectos una legitimidad democrática automática (especialmente porque las campañas que los llevaron al poder normalmente no mencionan cambios constitucionales de gran alcance). Aunque quizás hayan ganado limpiamente una elección inicial, pronto empiezan a tener problemas con la maquinaria institucional de la democracia en nombre de eso que llaman el pueblo real (en contraste con sus oponentes políticos, a los que automáticamente se le denomina traidores a la nación). Se asume que este pueblo es un todo homogéneo que sólo los populistas pueden representar de manera auténtica. En términos de Carl Schmitt, la sustancia simbólica le gana al mero número —de votos— que puede verificarse a través de lo que Schmitt llamaba el aparato estadístico; la voluntad nacional supuestamente auténtica impide los procedimientos y deslegitimiza toda oposición, o, como lo expresó un miembro del parlamento de PiS: “Por encima de la ley está el bien de la nación.”

En resumen, el populismo distorsiona el proceso democrático. Y si el partido en el poder tiene una mayoría suficiente, puede promulgar una nueva constitución justificada como un esfuerzo de apropiación del Estado para los “verdaderos húngaros” o los “verdaderos polacos”, en contraste con las élites poscomunistas o liberales que supuestamente le roban al pueblo su propio país. Desde luego ayuda el que las otrora élites a menudo representen al mismo tiempo el liberalismo económico, una “sociedad abierta” pluralista y tolerante, y la protección de los derechos fundamentales (incluidos los derechos constitutivos de la democracia). Orbán puede entonces criticar a la sociedad abierta diciendo que “ya no hay patria, sólo un lugar donde invertir”.

En Polonia es posible mezclar y atacar al mismo tiempo los intereses económicos de Alemania, la supuestamente maligna “ideología de género” y las organizaciones de la sociedad civil que defienden la constitución. En pocas palabras, el anticapitalismo, el nacionalismo

cultural y la política autoritaria se vinculan estrechamente.

Dicho eso, así como una noción demasiado inclusiva de la democracia perjudica la comprensión de la realidad política que afrontamos, definir el concepto de autoritarismo de una forma demasiado amplia puede causar problemas y producir consecuencias políticas no deseadas. En el primer caso, los gobiernos húngaro y polaco pueden regocijarse de que aún sean democracias; en el segundo, los regímenes muy represivos estarán satisfechos de encontrarse en la misma categoría que Hungría y Polonia. En esta última, sigue siendo perfectamente posible manifestarse en las calles, publicar blogs críticos o fundar nuevos partidos políticos. El juego está manipulado, pero no es imposible —aún— ganar una elección con base en la crítica a los populistas en el poder. Entonces, quizás una designación como "democracia defectuosa" sería más apropiada.[15] La democracia ha sido dañada y requiere de una seria reparación, pero resultaría engañoso y prematuro hablar de una dictadura.

También es importante que la Unión Europea tenga claro lo que hace cuando se involucra con supuestas "democracias antiliberales" como Hungría y Polonia. La mayoría de sus actividades se enmarcan como una "protección al Estado de derecho". La nueva estrategia de la Comisión Europea, presentada en 2014, se conoce como el "mecanismo del Estado de derecho" y busca establecer un diálogo inicial sobre esa figura con un Estado miembro sospechoso de haber violado los valores codificados en el artículo 2 del Tratado de la Unión Europea (el Estado de derecho figura entre estos valores). La esperanza es que a través del diálogo —y no de sanciones— un Estado miembro corrija sus modos. En muchas de sus publicaciones la comisión ha insistido en que el Estado de derecho y la democracia están interconectados: no es posible el uno sin la otra. Sin embargo, el énfasis casi exclusivo sobre el Estado de derecho en el discurso público probablemente ha reforzado la sensación de que a Europa sólo le importa el liberalismo, mientras que el Estado-nación hace la democracia. Los funcionarios europeos deberían enfatizar que les preocupa tanto la democracia como proteger el Estado de derecho.

Los críticos del desarrollo en Hungría y en Polonia, además, deberían encarar el hecho de que a menudo el "liberalismo" se ha experimentado no sólo como una feroz competencia de mercado sino como el logro de los poderosos intereses (de Europa occidental). Mientras que en realidad en Hungría ha habido recortes salvajes al Estado de bienestar, ha resultado altamente efectiva la autoinvestidura de Orbán como un líder fuerte dispuesto a nacionalizar las empresas y a usar al Estado para proteger de las multinacionales a la gente común. Antes de asentarse en la ideología del "Estado antiliberal", elogió con lirismo una "democracia plebeya". Esto es propaganda, pero resuena por la manera en que se

experimentaba la aparente convergencia de liberalismo político, económico y moral después de 1989. Si algo llamado liberalismo puede parecer que es bueno sólo para los ganadores, los liberales deben reconsiderar sus compromisos. Como lo expresó el disidente húngaro G. M. Tamás en 2009, "Nosotros, como la espuma en lo alto del vaso, celebrábamos el triunfo de la libertad y la apertura y el pluralismo y la fantasía y el placer y todo eso. Eso era frívolo, y me avergüenzo profundamente."

Quienes defienden la democracia contra el populismo también deben reconocer el hecho de que no todo va bien en las democracias existentes en Europa occidental y Norteamérica. Seguro que éstas no son meras "democracias de fachada", como lo expresó recientemente el científico social Wolfgang Streeck. No las han capturado partidos únicos tratando de reestructurar todo el sistema político a su favor, como ha sido el caso en Hungría, pero cada vez sufren más del defecto de que los grupos socioeconómicos más débiles no participan en el proceso político y sus intereses no se representan con eficacia. Otra vez, estaría mal simplemente equiparar este problema a la restricción consciente de los derechos constitutivos de la democracia y la exclusión de las fuerzas de oposición que he identificado como característicos de los regímenes populistas. Puede haber cambios significativos en el poder, a diferencia de la situación a la que evidentemente aspiran Fidesz y pis, pero mientras los contrastes entre los contendientes al poder sumen más que las diferencias entre Coca y Pepsi, los críticos como Mouffe han señalado algo que requiere de una respuesta. Como expresó crudamente David Ost en un análisis de la victoria de pis en 2015: "El problema […] no es que la gente no se comprometa con la democracia. Sí, mucha gente hoy en día *no está* comprometida con la democracia, pero no lo está porque siente que la democracia, empacada en una envoltura neoliberal, no se compromete con ellos." Hoy una defensa de la democracia debe lidiar con este reto, así como llevar a cabo la tarea de exponer las falsas justificaciones de la "democracia plebeya" y del "Estado antiliberal".

LAS CONSTITUCIONES POPULISTAS: ¿UNA CONTRADICCIÓN EN SÍ MISMA?

A pesar de la gran divergencia de aproximaciones para entender el populismo, es sorprendente que muchos observadores parezcan estar de acuerdo con un aspecto: en concreto, que, más allá de lo que en realidad sea, por naturaleza el populismo es hostil con los mecanismos y, a la larga, con los valores que comúnmente se asocian con el constitucionalismo: restricciones a la voluntad de la mayoría, un sistema de pesos y contrapesos, protecciones para las

minorías e incluso ciertos valores fundamentales.[16] Supuestamente los populistas son impacientes con los procedimientos; incluso se dice que están "en contra de las instituciones en cuanto tales", y que prefieren una relación directa, sin intermediarios, entre el líder y el pueblo. Vinculada a este supuesto antiinstitucionalismo está la afirmación de que a los populistas no les gusta la representación, y en lugar de ella eligen una democracia directa (como lo ejemplifican los referendos), aseveración que ya vimos y, hasta cierto punto, rechazamos en el capítulo 1. De ahí viene también la impresión —extendida tanto entre filósofos políticos como entre científicos sociales— de que, a pesar de algunos defectos serios, en ciertas circunstancias el populismo puede hacer de "correctivo" para una democracia liberal que se ha tornado demasiado remota para su pueblo.

Esta ilusión está equivocada, pero su origen se vislumbra al considerar las formas en que el debate sobre el constitucionalismo liberal y el populismo sufre de varias desafortunadas características. Primero, la discusión a menudo se mezcla con la controversia sobre los méritos del mayoritarismo (y, por contraparte, la revisión judicial). Segundo, no hay una distinción clara o incluso discernible entre el constitucionalismo *popular*, por un lado, y el constitucionalismo *populista*, por el otro.[17] Y tercero, y de mayor importancia, el "populismo" funge como un muy impreciso marcador para la "participación cívica" o la "movilización social" (y, por el contrario, debilita el poder de los jueces y otras élites).[18] Además de la vaguedad de las nociones que se utilizan (o quizá debido a ella), hay un hecho adicional que los debates sobre populismo y constitucionalismo —especialmente en Estados Unidos— rápidamente convierten en algo emocional, con acusaciones de elitismo o "demofobia" revoloteando por ahí y con los teóricos acusados de tener malas "actitudes hacia la energía política de la gente común y corriente" o de promover la "oclocracia".[19]

Como espero que haya quedado claro a estas alturas, los populistas generalmente no están "en contra de las instituciones" y no están destinados a autodestruirse una vez en el poder; sólo se oponen a aquellas instituciones que, desde su punto de vista, no logran producir los resultados políticos moralmente —y no empíricamente— correctos; y eso ocurre sólo cuando ellos son la oposición, pues al estar en el poder están de acuerdo con las instituciones —es decir, con *sus* instituciones.

Los populistas que tienen suficiente poder buscarán establecer una nueva constitución populista, tanto en el sentido de un nuevo acuerdo sociopolítico como de una nueva serie de reglas para el juego político (lo que algunos estudiosos del constitucionalismo han denominado el "manual operativo" de la política). Es tentador pensar que con esta última buscarán un sistema que permita la expresión de una voluntad popular irrestricta o que de alguna forma refuerce la relación directa entre el líder y el pueblo verdadero, sin la

intervención institucional. Después de todo, los populistas a menudo son considerados herederos de los jacobinos.

Y sin embargo aquí, una vez más, las cosas no son tan simples. El postulado de una voluntad popular irrestricta es viable para los populistas cuando ellos constituyen la oposición; después de todo, su objetivo es contraponer una expresión auténtica del *populus* como un *corpus mysticum*, no institucionalizado ni procedimentado, a los resultados reales del sistema político existente. En tales circunstancias, es también viable para ellos decir que hay una sola *vox populi* (y que los pesos y contrapesos, las divisiones de poder, etcétera, no permiten que emerja claramente la voluntad, singular y homogénea, del pueblo, también singular y homogéneo).

Pero, cuando están en el poder, los populistas tienden a ser mucho menos escépticos sobre el constitucionalismo como medio para crear restricciones en lo que interpretan como la voluntad popular (sólo que primero ellos deben determinar la voluntad popular —nunca dada empíricamente, siempre construida moralmente— y luego constitucionalizarla de un modo apropiado). O, rescatando una distinción desarrollada por Martin Loughlin, al constitucionalismo positivo, o constructivo, le sigue un constitucionalismo negativo, o restrictivo.[20] Los populistas buscarán perpetuar lo que consideran la imagen correcta del pueblo moralmente puro (la adecuada identidad constitucional, si se quiere) y luego constitucionalizarán las políticas que supuestamente se ajustan a su imagen del pueblo. El constitucionalismo populista entonces no necesariamente privilegiará la participación popular, ni los populistas siempre intentarán de alguna forma "constitucionalizar el carisma" de un líder popular en la forma en que lo sugirió Bruce Ackerman.[21]

Además de estos rasgos —que los postulados morales subyacentes del populismo explican una vez más— hay un objetivo más mundano que las constituciones pueden lograr para los populistas: ayudar a mantener a los populistas en el poder. Desde luego puede aseverarse que incluso este objetivo aún tiene una dimensión moral relacionada con la imaginación populista subyacente: como los únicos representantes legítimos del pueblo, los populistas *deben* estar permanentemente en el poder. Y si la permanencia en el poder se vuelve el objetivo, entonces también está la posibilidad de que los populistas traten a la constitución como una mera fachada, mientras operan de forma sustancialmente distinta detrás de ella.[22] Quizás incluso sacrifiquen su propia constitución si ya no sirve para ese propósito. Aquí los jacobinos son un muy buen ejemplo. Como ha demostrado Dan Edelstein, su preocupación sobre la expresión fiel de la voluntad general era mucho menor a lo que los historiadores han solido reconocer.[23] Los jacobinos se preocupaban por la corrupción de la voluntad popular y ponían sus esperanzas en la realización de una forma de derecho natural completamente independiente de la voluntad real de las personas —y de sus fragilidades

concomitantes—. Cuando su propia constitución —y las elecciones que la posibilitaron— amenazaron con sacar a los jacobinos del poder, no dudaron en suspender de hecho la constitución y lanzar una campaña de terror en contra de aquellos considerados *hors la loi*.

No todos los ejemplos de constitucionalismo populista son tan dramáticos —ni tan terroríficos— como éste. Un ejemplo reciente es la constitución —oficialmente denominada la "Ley fundamental"— de Hungría, que entró en vigor a principios de 2012. La constitución había sido precedida por una "consulta nacional" no vinculante en la que, según el gobierno, participaron aproximadamente 920 mil ciudadanos.[24] Los redactores de la constitución podían interpretar libremente el resultado de la consulta para que concordara con su concepción general de que las elecciones parlamentarias de 2010 habían producido lo que el partido ganador denominó una "revolución en las casillas electorales", pues había obtenido dos terceras partes de la mayoría en el parlamento (pero sólo 54 por ciento de los votos emitidos, o 2.7 millones de votantes de los 8 millones empadronados). Esta "revolución" supuestamente había producido un mandato imperativo para establecer lo que el gobierno concibió como un nuevo "Sistema Nacional de Cooperación", así como una nueva constitución. Viktor Orbán explicó: "El pueblo dio un buen consejo, buenas órdenes al parlamento húngaro [para adoptar la legislación básica], las cuales éste siguió. En este sentido, cuando se critica la constitución húngara no se critica al gobierno sino al pueblo húngaro. La Unión Europea no tiene un problema con el gobierno, aunque así nos lo quieran hacer creer; lo cierto es que atacan a Hungría."[25] Estas identificaciones —quien ataca al gobierno ataca al pueblo húngaro— son asombrosas; pedagógicamente también son bastante útiles, pues demuestran la lógica del populismo con una pureza inusual.

El preámbulo de la nueva constitución, o "credo nacional", terminó constitucionalizando una imagen muy particular del pueblo húngaro como una nación comprometida con su supervivencia en un mundo hostil, como buenos cristianos y como un grupo étnico claramente distinguible de las minorías que "habitan con" los verdaderos húngaros. En la construcción de la maquinaria constitucional más técnica, claramente el objetivo era la permanencia de los populistas en el poder.[26] Se introdujeron límites de edad y cualificaciones para los jueces con el fin de destituir a quienes no estuvieran en sintonía con el partido populista en el poder, se rediseñaron las competencias y la estructura de la corte constitucional (un requisito crucial del gobierno en el poder antes de la introducción de la ley fundamental) y los periodos de los funcionarios elegidos por el partido en el poder se tornaron inusualmente prolongados (nueve años, en muchos casos), aparentemente con vistas a restringir a los futuros gobiernos.

Entonces el gobierno húngaro diseñó las bases de lo que un ex juez de la

corte constitucional alemana, Dieter Grimm, denominó una "constitución exclusiva", o lo que también podría denominarse una constitución *partidista:* la constitución fija en piedra un número muy específico de preferencias políticas, cuando un debate sobre esas preferencias habría sido el material para la lucha política del día a día en democracias no populistas.[27] Más aún, excluyó a los partidos de oposición en un doble sentido: no contribuyeron a escribir o aprobar la constitución y sus objetivos políticos no pueden alcanzarse en el futuro, pues la constitución impone fuertes restricciones a la elección de políticas públicas. En otras palabras, bajo el nuevo régimen los hacedores de la constitución pueden perpetuar su poder incluso tras haber perdido una elección.

Aunque supuestamente inspirada en las opiniones expresadas en la consulta nacional, la "Ley fundamental" de Hungría nunca estuvo sujeta a un referendo. En cambio, en América Latina asambleas constituyentes electas han creado varias nuevas constituciones que con el tiempo sí pasaron por el voto popular: Venezuela, Ecuador y Bolivia son los ejemplos más conocidos.[28] Las constituciones anteriores fueron superadas, en la práctica, por el proceso de formación de una asamblea constituyente y luego fueron reemplazadas con documentos que se suponía que perpetuarían la fundacional "voluntad popular". De manera determinante, los populistas siempre dieron forma a tal voluntad fundacional. Chávez, por ejemplo, controló la forma en que se eligió "su" asamblea constituyente para asegurarse de que una mayoría del 60 por ciento de votos por su partido se tradujera en más del 90 por ciento de asientos en la asamblea constituyente.

En la práctica, el ideal populista se convirtió en realidad fortaleciendo al poder ejecutivo y debilitando al poder judicial, y colocando figuras partidistas en puestos judiciales. Así, las nuevas constituciones fueron una decisiva ayuda en el proyecto populista de "ocupar el Estado", mientras el cambio a una nueva constitución justificaba el reemplazo de los funcionarios existentes.[29] En general las elecciones fueron cada vez menos libres y justas, y los medios de comunicación más controlables para el ejecutivo. Como en el caso de Hungría, entonces, el nuevo constitucionalismo usaba las constituciones para establecer las condiciones para la permanencia del poder populista, todo en nombre de la idea de que ellos y sólo ellos representaban la voluntad constituyente: la única voluntad constitucionalizada.

Ahora bien, nada de esto significa que las constituciones populistas siempre funcionarán precisamente como se planeó que lo hicieran; están diseñadas para desactivar el pluralismo, pero, mientras los regímenes populistas celebren elecciones con alguna posibilidad de que gane la oposición, el pluralismo no desaparecerá del todo. Sin embargo, es probable que entonces esas constituciones populistas conlleven conflictos constitucionales severos. Pensemos en la situación de Venezuela después de que la alianza de

oposición de la Mesa de la Unidad Democrática (MUD) salió victoriosa en las elecciones de diciembre de 2015, ganando nada menos que la mayoría para cambiar la constitución. Al inicio el presidente Maduro amenazó con gobernar sin parlamento —pero con el ejército—; también hizo todo para cuestionar la legitimidad de tres diputados electos de la oposición (para evitar que la oposición alcanzara la cantidad necesaria para cambiar la constitución). El poder del ejecutivo —ya muy fortalecido por Chávez en "su" constitución— se amplió una vez más para que Maduro pudiera nombrar o destituir a voluntad a los directores del banco central, sin que la Asamblea Nacional se entrometiera.[30] Pero eso no bastó: Maduro también buscó crear una especie de contraparlamento en la forma de un "Parlamento Comunal". (Chávez mismo había intentado, sin éxito, establecer un proyecto similar para generar una legitimidad paralela al parlamento oficial a través de la formación de los denominados círculos bolivarianos.)[31] A su vez, la MUD se esforzó por a llevar a cabo un referendo para destituir a Maduro.

El punto es éste: las constituciones populistas están diseñadas para limitar el poder de los no populistas, incluso cuando éstos conforman el gobierno. El conflicto entonces es inevitable. La constitución deja de ser un marco de referencia para la política y en su lugar se convierte en un instrumento meramente partidista para capturar el sistema político.

¿ACASO EL PUEBLO NO DEBE DECIR NUNCA "¿NOSOTROS, EL PUEBLO"?

Quizá parezca que las implicaciones del análisis llevado a cabo hasta ahora sean profundamente conservadoras: la política ha de limitarse a una interacción de instituciones políticas oficiales, lo que estas instituciones produzcan —en la forma de resultados empíricos— debe ser legítimo y están prohibidas las afirmaciones *sobre*, *para* y, ni qué decir, *por* el pueblo. Pero esto sería un malentendido. En una democracia, cualquiera puede lanzar una reivindicación y ver si algún electorado la respalda (o, en todo caso, si alguno se identifica con la visión simbólica de una identidad de grupo de la que los ciudadanos no habían estado en absoluto conscientes). De hecho, podría decirse que la democracia está diseñada precisamente para multiplicar tales demandas: la conducta de los representantes oficiales debería ser impugnable y la impugnación podría incluir el argumento de que los representantes no logran representar, lo cual puede significar que no actúan en beneficio de su electorado o que incluso violan la interpretación simbólica que la comunidad política tiene de sí misma.[32]

Las manifestaciones callejeras, las peticiones en línea y otras acciones semejantes tienen un sentido genuinamente democrático, pero carecen de una

forma democrática adecuada y no pueden generar algún tipo de ventaja frente a las instituciones representativas.[33] En tal caso, dichas protestas difieren de los intentos de hablar en nombre del pueblo como un todo y de los esfuerzos por deslegitimizar moralmente a todo el que, a su vez, proteste ante ese postulado.

¿Pero qué hay de quienes luchan en nombre del "poder del pueblo" en varias partes del mundo? Para tomar un ejemplo reciente, los manifestantes en contra del régimen de Mubarak en la Plaza Tahrir usaban expresiones tales como: "Una mano", "Una sociedad" y "Una demanda". (También hubo lemas más creativos, como "¡El pueblo quiere un presidente que no se pinte el pelo!")[34] ¿Alguien debería enseñarles que desafortunadamente habían fallado en su intento por entender la democracia correctamente y que estaban destinados a malinterpretar el constitucionalismo?

El análisis que presenta este libro de ninguna manera excluye los postulados sobre la exclusión, por decirlo de alguna manera. Cualquiera puede criticar los procedimientos existentes, señalar como fallas sus puntos ciegos morales y proponer criterios y métodos para promover la inclusión. Lo que es problemático no es aseverar que el arreglo actual haya fallado, sino decir que el crítico y *sólo el crítico* puede hablar por "el pueblo". También resulta problemático lo que asumen (una actitud que prevalece, pero no está justificada ni empírica ni normativamente) muchos autodenominados teóricos radicales de la democracia: que *sólo* un postulado *pars pro toto* puede lograr algo verdaderamente valioso para aquellos excluidos previamente, y que todo lo demás se encausará hacia la administración o la cooptación mediante las medidas políticas y sociales existentes.[35] Esta perspectiva no da cuenta de que proclamar que "nosotros y sólo nosotros representamos al pueblo" a veces puede ayudar a que los actores políticos adquieran poder, pero luego hace que sea mucho más difícil asegurar la estabilidad de un sistema de gobierno a largo plazo. Una vez que se llega al punto de postulados de identidad no negociables, las posibilidades de un conflicto continuo se incrementan.

Es casi un cliché afirmar que muchas constituciones han evolucionado debido a las luchas por la inclusión y porque ciudadanos comunes y corrientes que actúan como "intérpretes" de la constitución han buscado redimir en un documento fundacional las demandas morales que no se realizaron anteriormente.[36] Lo que no es tan trivial es que rara vez quienes luchan por la inclusión hayan afirmado "nosotros *y sólo nosotros* somos el pueblo"; por el contrario, suelen proclamar "nosotros *también* somos el pueblo" (las demandas concurrentes de que "nosotros *también* representamos al pueblo" suelen hacerlas diversos líderes). Las constituciones con principios democráticos permiten un cuestionamiento de resultados abiertos de lo que esos principios podrían significar en un periodo dado; permiten que emerjan nuevos públicos con base en nuevos postulados de representación. Algunos

ciudadanos que nunca pensaron tener mucho en común pueden responder a un insospechado llamado de representación, y de pronto verse a sí mismos como una figura colectiva (como individuos capaces de actuar en concierto, para invocar una expresión que hiciera famosa Hannah Arendt). Pensemos, por ejemplo, en la "nación Ford" que creó el idiosincrático alcalde de Toronto, Rob Ford, o en los seguidores de Trump, que insisten en que no son el *Trumpenproletariat*, como han afirmado irónicamente los críticos elitistas, sino un grupo de gente con demandas e ideales legítimos que el Partido Republicano no ha logrado tomar en serio. La idea aquí es similar a la visión de John Dewey de que los públicos no sólo existen "ahí afuera", sino que se crean (podemos recordar también la noción marxista de que una clase necesita convertirse en clase para sí misma, es decir, tener conciencia de que es un actor político colectivo). Una democracia que funcione bien debería estar diseñada para multiplicar, pero, en última instancia, también para probar empíricamente las demandas de representación.[37] Desde luego que no hay garantía de que tal impugnación vaya a ocurrir realmente o de que las luchas por la inclusión vayan a ser exitosas. (O, en todo caso de que, en primer lugar, las luchas vayan a ser sobre la inclusión y no luchas contra el orden constitucional en cuanto tal. También, por supuesto, las luchas pueden involucrar demandas de *exclusión*.)

Idealmente las constituciones pueden facilitar lo que podría llamarse una "cadena de producción de demandas de inclusión". Un "nosotros, el pueblo" inicial ni desaparece del todo dentro del proceso político regular ni permanece propiamente como un agente empírico unificado —una especie de macrosujeto— fuera del orden constituido. En lugar de ello, el sujeto al que se refiere "nosotros, el pueblo" permanece como un interrogante, *sobre el* cual, en muchos sentidos, trata la democracia. En palabras de Claude Lefort, "La democracia inaugura la experiencia de una sociedad inaprehensible e incontrolable, en la que el pueblo será proclamado soberano, desde luego, pero cuya identidad estará constantemente abierta a cuestionamientos, cuya identidad permanecerá latente por siempre."[38]

Eso también significa que "el pueblo" es una expresión volátil, arriesgada y quizá directamente peligrosa; ciertamente así lo pensaban algunos revolucionarios franceses y estadounidenses. Adrien Duquesnoy, en la edición de 1791 de *L'Ami des patriotes*, recomendaba regular estrictamente el uso de *pueblo* por parte de los ciudadanos.[39] A su vez, John Adams hizo poco por esconder sus preocupaciones sobre las posibles consecuencias de un uso descontrolado de "el pueblo": "Es peligroso abrir tan fructífera fuente de controversia y altercado […] No tendría fin. Surgirán nuevas demandas. Las mujeres demandarán el voto. Los chicos de doce a veintiún años pensarán que no se están respetando sus derechos, y todo hombre que no tenga un peso demandará tener la misma voz que cualquier otro en todos los actos del

Estado. Tiende a confundir y destruir toda distinción, y postra todos los rangos en un nivel común."[40]

El concepto del pueblo podría incluso ser aprovechado por esas élites, muy tradicionales, que se suponía que el "poder del pueblo" eliminaría en las revoluciones democráticas. Bismarck declaró en el Reichstag en 1873: "Todos pertenecemos al pueblo, yo tengo derechos populares [*Volksrechte*] también, al pueblo pertenece también su Majestad el Emperador; nosotros somos el pueblo, no sólo los caballeros que están haciendo ciertas viejas demandas tradicionalmente denominadas como liberales pero que no son siempre liberales. ¡Me opongo a que monopolicen el nombre del pueblo y a que me excluyan de él!"[41]

La democracia hace posible replantear siempre, incluso en nuevos términos, la cuestión del pueblo, así como siempre es posible criticar las realidades de una democracia dada en nombre de los ideales democráticos. Como expresara alguna vez Sheldon Wolin, "La democracia era y es el único ideal político que condena su propia negación de igualdad e inclusión."[42] En ese sentido, podría decirse también que la democracia sufre de una crisis permanente de representación,[43] y es importante notar que la crisis podría no ser sólo sobre a quién se representa sino también sobre cómo se representa a los ciudadanos, así como que las demandas de inclusión podrían requerir de un cambio en las estructuras políticas y sociales en su conjunto (a diferencia de la sola inclusión de cada vez más grupos en estructuras que permanecen esencialmente intactas).[44] La democracia como un todo, entonces, podría tener el lema: "Lo intentaste. Fracasaste. Da igual. Prueba otra vez. Fracasa otra vez. Fracasa mejor."

Son de hecho los populistas quienes rompen la cadena de producción de demandas al afirmar que el pueblo ahora puede identificarse de manera firme y concluyente —y que éste ahora es vigente y ya no latente—. Es una suerte de demanda final. En ese sentido, los populistas *de facto* quieren una suerte de cierre —un cierre incluyente y, sobre todo, constitucional—, en contraste con quienes, argumentando a favor de la inclusión, deben comprometerse con la idea de una mayor inclusión —o una continuación de la cadena de producción de demandas—. Probablemente el Tea Party sea un gran ejemplo de cómo defender este tipo de cierre constitucional.

¿Qué hay sobre los gritos que se escucharon en la Plaza Tahrir o, retrocediendo un cuarto de siglo, los cantos enfáticos de "Nosotros somos el pueblo" en las calles de Alemania del este, ¿en el otoño de 1989? Este lema es totalmente legítimo frente a un régimen que postula la exclusividad para representar al pueblo, pero, de hecho, políticamente deja fuera a grandes sectores de la población. Podríamos ir más allá y argumentar que lo que *prima facie* parecería un lema archipopulista era, en realidad, un postulado antipopulista: el régimen simula representar en exclusiva al

pueblo y a sus intereses, cuidadosamente considerados, a largo plazo (o así lo establecía una justificación estándar para el "papel principal" de los partidos socialistas de Estado), pero de hecho *das Volk* es algo distinto y quiere algo distinto. En las no democracias, "nosotros, el pueblo" es una justificada demanda revolucionaria; justamente, no es populista. Y en los regímenes populistas que fuerzan los límites de la democracia representativa pero aún conservan algún respeto por los procedimientos (y por la realidad empírica), incluso una aparentemente pequeña impugnación del régimen puede tener repercusiones enormes. Pensemos en el solitario "hombre de pie" en la Plaza Taksim de Estambul como consecuencia de la represión a los manifestantes del parque Gezi. Se habían prohibido las manifestaciones, pero un solo hombre no se consideraba una manifestación; estaba ahí, de pie, solo —un testigo silencioso, un recordatorio de los valores republicanos de Atatürk (estaba de pie frente a la estatua de Atatürk)—, pero también representaba una protesta, literalmente en pie, en contra del postulado del gobierno de representar a todos los turcos íntegros, sin remanente. Después se le unieron muchos hombres y mujeres de pie, y ninguno de ellos sostuvo ninguna pancarta. Erdoğan a su vez se mantuvo fiel a una de las técnicas de gobierno analizadas anteriormente en este capítulo. Su gobierno trató de probar que Orden Gündüz —así se llamaba el "hombre de pie"— era un agente extranjero. Como lo reportó el propio Gündüz en una entrevista con un periódico alemán: "Un periodista cercano al gobierno, que después se convirtió en asesor de Erdoğan, me acusó de ser un agente o miembro de Otpor, el movimiento cívico serbio que inició la caída de Milosevic. Y Egemen Bagis, el ministro de asuntos europeos, tuiteó que antes de hacer lo que hice pasé tres días en la embajada alemana. Por cierto, yo nunca había estado en la embajada alemana."[45]

Ahora bien, que una demanda específica sea democrática o populista no siempre es un asunto obvio y directo. Por ejemplo, en Egipto hubo un periodo, entre las protestas iniciales en la Plaza Tahrir y el tenso proceso de hacer la constitución, en el que no siempre era fácil discernir cuál era cuál. (No puede saberse simplemente revisando si "el pueblo" ha sido invocado de alguna manera.) Sin embargo, el hecho sigue siendo que durante 2012 y 2013 fue muy claro que los Hermanos Musulmanes estaban tratando de crear una constitución populista y partidista que definiera su imagen del pueblo puro e

incluyera restricciones inspiradas en su particular interpretación de lo que constituye ser un buen egipcio.[46] Entonces fue difícil evitar la confrontación.[47]

3. Cómo lidiar con los populistas

En este punto podemos preguntarnos, ¿por qué alguien apoyaría a los populistas si son siempre tan claramente protoautoritarios que podrían dañar seriamente los sistemas democráticos? El que los líderes populistas tengan millones de seguidores en muchos países, ¿será evidencia de que estos millones tienen personalidades autoritarias (para volver a uno de los diagnósticos psicológicos discutidos en el capítulo 1)? ¿Acaso tantos conciudadanos están potencialmente listos para excluirnos, si ante sus ojos no nos amoldamos a su concepción de "auténtico pueblo"? En este capítulo me gustaría complicarle la vida un poco más a los demócratas liberales, que a estas alturas estarán tentados simplemente a desechar el populismo como cualquier otro desafío a nivel de las ideas (en contraposición a un problema empírico que debe enfrentarse de una forma u otra). Discutiré las formas en que el atractivo del populismo conduce a lo que el teórico italiano de la democracia Norberto Bobbio solía llamar las promesas incumplidas de la democracia. También quiero mostrar cómo el populismo parece resolver un problema para el que la democracia liberal no tiene una solución real: en concreto, el problema de cuáles deberían ser, de entrada, los límites de "el pueblo". Y, por último, intentaré explicar la circunstancia histórica específica en la que Estados Unidos y Europa han facilitado un resurgimiento del populismo en nuestros días. Concluyo con algunas sugerencias de cómo es mejor hablar *con* —y no sólo *acerca de* — los populistas sin terminar hablando *como* ellos.

EL POPULISMO Y LAS PROMESAS INCUMPLIDAS DE LA DEMOCRACIA

¿Cómo se explica el atractivo del populismo? Desde luego que los beneficiarios del clientelismo y el legalismo discriminatorio encontrarán cosas atractivas en él, pero yo también sugeriría que su éxito puede estar relacionado con lo que podríamos llamar las promesas incumplidas de la democracia, las cuales, en cierto sentido, simplemente no pueden cumplirse en nuestras sociedades. Nadie hizo oficialmente esas promesas: son más bien lo que a veces se conoce como "teoría popular de la democracia",[1] o intuiciones que explican no sólo lo atractivo de este sistema en el mundo moderno, sino también sus fallas periódicas.

La promesa principal, por ponerlo simple, es que el pueblo puede gobernar. Al menos en teoría, los populistas aseveran que el pueblo como un todo no sólo tiene una voluntad común y coherente, sino que también puede gobernar, en el sentido de que los representantes correctos pueden instrumentar lo que el pueblo ha demandado en forma de un mandato imperativo. Muchas intuiciones iniciales sobre la democracia pueden acomodarse en un cuadro similar: la democracia es autogobierno y quien puede gobernar idealmente no es sólo una minoría sino el todo. Incluso en la Atenas democrática esta historia no era toda la historia, pero Atenas se acercó a la democracia tanto como es imaginable, en el sentido de cultivar un sentido de la capacidad colectiva y de, en los hechos, involucrarse en una acción colectiva (pero, fundamentalmente, bajo el entendido de que los ciudadanos gobernarían y serían gobernados sucesivamente: no hay democracia sin una rotación adecuada hacia y desde la función pública).[2] Uno tendría que ser muy necio para no ver el atractivo de esta idea de cómo dominar colectivamente el propio destino, y se nos debe excusar por sentir nostalgia ante esta pérdida en la práctica.

Ahora bien, los populistas hablan *como si* esas promesas pudieran cumplirse; hablan y actúan *como si* el pueblo pudiera desarrollar un único criterio, una única voluntad, y por ende un único mandato inequívoco; hablan y actúan *como si* el pueblo fuera uno —cuya oposición, si se reconociera su existencia, estaría próxima a desaparecer—; hablan *como si* el pueblo, si tan sólo empoderara a los representantes correctos, pudiera dominar por completo su destino. Ciertamente no hablan sobre la capacidad colectiva del pueblo en cuanto tal y no pretenden que el pueblo mismo pueda ocuparse de las funciones del Estado. Como he estado insistiendo, el populismo sólo es concebible en el contexto de la democracia representativa.

Las diferencias principales entre democracia y populismo deberían estar claras para este momento: la primera permite que las mayorías autoricen a representantes cuyas acciones pueden o no terminar

amoldándose a lo que la mayoría de los ciudadanos esperaba o habría deseado; el último pretende que ninguna acción de un gobierno populista pueda cuestionarse, pues “el pueblo” así lo ha deseado. Una asume el juicio falible y discutible de las cambiantes mayorías; el otro imagina una entidad homogénea fuera de todas las instituciones, cuya identidad e ideas pueden representarse por completo. Una asume, si acaso, un pueblo de individuos, de forma que al final sólo los números cuenten (en las elecciones); el otro da por sentada una “sustancia” más o menos misteriosa y el hecho de que inclusive grandes cantidades de individuos (incluso mayorías) puedan equivocarse en su intento de expresar adecuadamente dicha sustancia. Una asume que las decisiones tomadas como resultado de haber seguido procesos democráticos no son “morales” en el sentido de que toda oposición deba considerarse inmoral; el otro postula una decisión moral adecuada incluso en circunstancias de profundo desacuerdo en torno a la moralidad (y a la política). Por último —y esto es lo más importante— una acepta que “el pueblo” nunca puede aparecer de forma no institucionalizada y, sobre todo, acepta que una mayoría (e incluso una “inmensa mayoría”, término preferido de Vladimir Putin) en el parlamento no es “el pueblo” y no puede hablar en nombre de éste; el otro asume precisamente lo contrario.

Podría parecer, entonces, que la democracia representativa puede existir sin ninguna mención a “el pueblo” pero, ¿es cierto esto? ¿No falta algo en esa perspectiva? ¿O acaso todo legítimo interés democrático (sobre una participación cada vez mayor, o sobre una mejor deliberación, o sobre las mayorías que reciben un tratamiento injusto en las condiciones del capitalismo financiero contemporáneo) puede replantearse de manera que se elimine del todo la necesidad de “el pueblo”?

En mi opinión, tales intereses ciertamente pueden replantearse, pero quizá no logren tener muchas adhesiones, no porque “el pueblo” haya desaparecido, sino porque algo más está desapareciendo frente a nuestros ojos: la democracia de partidos.[3] Los partidos alguna vez mediaron entre una sociedad pluralista y un sistema político que tarde o temprano tenía que producir decisiones autoritarias que no agradarían a todos. Incluso los “perdedores” tenían que otorgar su consentimiento, aunque podían refugiarse en la confianza de que habría una posibilidad razonable de que ganaran en algún momento en el futuro. En términos llanos, la democracia es un sistema en el que sabes que puedes perder, pero también sabes que no siempre vas a perder. Los partidos formaron gobiernos y oposiciones legítimas; su mera existencia como “partes” legítimas —a diferencia del “todo”— tenía un significado

antipopulista. Esto era cierto incluso para los grandes partidos "atrapatodo" que se autodenominaban "partidos del pueblo" o *Volksparteien;* a pesar de que el nombre suena a populista, nunca reclamaron la representación exclusiva del pueblo como un todo. Más bien ofrecieron dos o más concepciones contrapuestas de la identidad del pueblo, dramatizando las diferencias entre ellas, pero también reconociendo la legitimidad del otro lado. (Esta aproximación fue particularmente atractiva en países que sufrieron una guerra civil, pero donde a la larga se reconoció la necesidad de coexistir. Pensemos en Austria, donde los "rojos" socialistas y los "negros" católicos conservadores tuvieron que encontrar términos justos de convivencia en el mismo espacio político.) En resumen, los partidos representaban la diversidad; los sistemas de partidos simbolizaban la unidad.

Hoy en día muchos indicadores sugieren que ni los partidos ni los sistemas de partidos cumplen ya con sus respectivas funciones. Los investigadores han demostrado que el populismo es fuerte en lugares con débiles sistemas de partidos. Donde fracasaron los sistemas previamente coherentes y arraigados, las posibilidades para los populistas claramente aumentaron: pensemos tan sólo en cómo la implosión del sistema de partidos en la Italia de posguerra produjo, a principios de los años noventa, a Silvio Berlusconi. Si Kelsen tenía razón en que la democracia bajo condiciones modernas sólo puede significar democracia de partidos, entonces la lenta desintegración de los partidos y los sistemas de partidos no es un simple detalle empírico: afecta la viabilidad de la democracia, incluso lo que queda de un ideal de democracia que provee a las comunidades políticas de un sentido de unidad y una capacidad colectiva de transformación.

LA CRÍTICA DEMOCRÁTICA LIBERAL DEL POPULISMO: TRES PROBLEMAS

Hasta ahora he asumido e incluso dado por hecho que los populistas se equivocan al extraer al "pueblo real" del todo empírico de un pueblo que vive en un Estado, y luego al excluir a aquellos ciudadanos que disienten de la línea populista. Tan sólo recordemos el incesante comentario de George Wallace sobre los "estadounidenses reales" o la exclamación de los derechistas de que Barack Obama era un "no estadounidense" o incluso un presidente "antiestadounidense". Sin embargo, reprocharle a los populistas estas exclusiones plantea una pregunta fundamental: ¿qué o quién decide quiénes pueden ser miembros del pueblo, más allá del accidente histórico de haber nacido en un sitio en particular o ser hijo o

hija de padres específicos? En términos simples: la acusación de que los populistas sean excluyentes es normativa, pero los demócratas liberales —a menos de que defiendan un Estado mundial con un único, idéntico estatus de ciudadanía— también aceptan en los hechos la exclusión de todos los que no forman parte de un Estado específico. Este desafío es conocido en teoría política como el "problema liminal". Se sabe que no tiene una solución democrática obvia: decir que el pueblo debe decidir asume que ya sabemos quién es el pueblo, pero ésa es la pregunta que de entrada habría que responder.

De hecho aquí tenemos una inversión curiosa: los populistas siempre distinguen moralmente entre quienes pertenecen propiamente y quienes no lo hacen (incluso si el criterio moral pudiera en última instancia no ser sino una forma de política identitaria).[4] Los demócratas liberales sólo parecen ser capaces de apelar a los hechos crudos o, por ponerlo de forma un poco distinta, a accidentes históricos. Pueden decir que *de facto* algunas personas también son "estadounidenses reales" pues, después de todo, tienen la ciudadanía estadounidense. Pero eso, en efecto, es sólo un hecho; en sí mismo no constituye nada cercano a un postulado normativo.

¿Cómo podemos mejorar esto? Sugiero dos respuestas. En primer lugar, criticar a los populistas por excluir partes del pueblo no requiere que *definitivamente* establezcamos quién es miembro del cuerpo social y quién no lo es. Nadie ha autorizado la enajenación masiva hacia la cual se inclinan los populistas, al menos simbólicamente. Esto no quiere decir que pueda justificarse que el 51 por ciento de los votantes eliminen oficialmente al restante 49 por ciento de la población; es sólo para señalar que al confrontarse con lo que implican los populistas, muchos ciudadanos bien podrían responder: "Puedo criticar a ciertas personas de muchas maneras sin que eso, en efecto, niegue su estatus de conciudadanos libres e iguales." En segundo lugar, y esto es lo más importante, el problema liminal no es el tipo de problema que cualquier teoría política *de haut en bas* pueda resolver de una vez por todas. Abordarlo es un *proceso* en el que tienen voz tanto los miembros existentes como los aspirantes; debería ser un tema de debate público y no una decisión tomada de una vez por todas y basada en un criterio inmutable.[5] Desde luego sería un error pensar que este proceso necesariamente implicará un progreso en el sentido de una mayor inclusión; quizás al final de un genuino debate democrático las definiciones de un pueblo serán *más* restrictivas que al inicio.

Pero aquí no terminan los problemas para la crítica democrática del populismo. Hasta ahora hemos asumido que ser antipluralista es en sí mismo algo antidemocrático; pero, ¿de verdad lo es? El pluralismo —al igual que su variante específica, el multiculturalismo— a menudo se

presenta simultáneamente como un hecho y como un valor. Tal como con el problema liminal, tenemos aquí la cuestión de por qué un simple hecho tendría que tener automáticamente algún peso moral. Después está la cuestión de que el pluralismo y la diversidad no son valores de primer orden como sí lo es, por ejemplo, la libertad. Nadie podría decir que un mayor pluralismo es automáticamente bueno. Mientras que el pluralismo y el liberalismo a menudo han sido asociados al pensamiento liberal, muchos filósofos también han hecho bien en insistir en que, al mirar más de cerca, de hecho es muy difícil llegar de la presencia del pluralismo (especialmente un pluralismo de valores y estilos de vida) a un respaldo de la libertad.[6] De manera que debemos ser mucho más precisos sobre lo que está mal con el antipluralismo. Quizá quisiéramos decir que el verdadero problema del populismo es que su negación de la diversidad en efecto equivale a negar a algunos el estatus de ciudadanos libres e iguales. Es posible que estos ciudadanos no estén oficialmente excluidos, pero la legitimidad pública de sus valores individuales, las ideas sobre lo que hace una vida buena y también los intereses materiales se ponen en duda e incluso se consideran inválidos. Como bien argumentaba John Rawls, aceptar el pluralismo no es un reconocimiento del hecho empírico de que vivimos en sociedades diversas; más bien constituye un compromiso por tratar de encontrar términos justos para compartir el mismo espacio político con otros a quienes respetamos como libres e iguales, pero también irreductiblemente distintos en sus identidades e intereses. Negar el pluralismo en este sentido equivale a decir "Sólo puedo vivir en un mundo político donde mi concepción de la comunidad política o mi visión personal sobre quién es un ciudadano real triunfe sobre todas las demás."[7] Esto simplemente no es una perspectiva democrática de la política.

Finalmente, hay una preocupación por cómo responden a veces los demócratas a los líderes populistas y a sus partidos. En algunos países, la reacción de los partidos no populistas —así como, en ocasiones, la de los medios de comunicación— ha sido tender un *cordon sanitaire* alrededor de los populistas: no cooperar con ellos, ciertamente no hacer coaliciones políticas con ellos, no organizar debates en la televisión y no hacer concesiones en ninguna de sus demandas políticas. En algunos casos los problemas con tales estrategias de exclusión han sido obvios desde el inicio. Nicolas Sarkozy, por ejemplo, solía decir que el Frente Nacional en realidad no comparte los valores republicanos franceses básicos; al mismo tiempo copiaba las políticas del Frente Nacional sobre inmigración, haciendo de su propio partido algo como un "Frente Nacional *light*". La evidente hipocresía estaba destinada a socavar cualquier estrategia contra

el Frente Nacional. De manera menos obvia, el hecho de que todos los actores políticos, a excepción de los populistas, se coludan para excluirlos, inmediatamente fortalece la credibilidad de los populistas, pues pueden afirmar que los partidos establecidos crean un "cártel". Los populistas se deleitan al señalar que sus competidores a fin de cuentas son todos lo mismo, a pesar de sus declaradas diferencias ideológicas; de ahí la tendencia a fusionar incluso los nombres de los partidos establecidos para reforzar la idea de que sólo los populistas ofrecen una alternativa genuina. (En Francia, por ejemplo, Marine Le Pen solía hablar del "UMPS", fusionando el acrónimo del partido de derecha de Sarkozy, UMP, con el de los socialistas, PS.)

Además de estos problemas de índole práctica —que son más sobre calcular los efectos políticos que sobre lo que podría suceder realmente al restringir las pasiones populistas—, persiste una preocupación fundamentada. He insistido en que el problema con los populistas es que son excluyentes. ¿Entonces qué se supone que debamos hacer en respuesta a esa tendencia? ¡Excluirlos! También he señalado repetidamente que los populistas son antipluralistas comprometidos. ¿Entonces qué hacemos al excluirlos? Reducir el pluralismo general. Algo está mal aquí. Esto recuerda lo que en su momento le dio gran fuerza a los ataques de Wallace contra los liberales: con cierta verosimilitud, él podía exclamar que "los más grandes fanáticos del mundo son… los que llaman fanáticos a otros".[8] Sugiero que, mientras los populistas se mantengan dentro de la ley —y no inciten a la violencia, por ejemplo—, los otros actores políticos (y los miembros de los medios de comunicación) tienen cierta obligación de involucrarlos. Cuando entran a los parlamentos representan a quienes votaron por ellos; simplemente ignorar a los populistas reforzará la sensación entre esos votantes de que las "élites existentes" los han abandonado o, de hecho, de que a éstas nunca les importaron. Sin embargo, hablarle a los populistas no es lo mismo que hablar como los populistas. Es posible tomar en cuenta seriamente sus demandas políticas sin tomarlos a ellos al pie de la letra y, sobre todo, no es necesario aceptar la forma en que los populistas enmarcan ciertos problemas. Para volver a un ejemplo previo, ¿en verdad había millones de desempleados en Francia en los años ochenta del siglo pasado? Sí. ¿Acaso todos y cada uno de los empleos habían sido tomados por "inmigrantes", como el Frente Nacional quería hacer creer al electorado? Claro que no.

El punto aquí no es que una argumentación y unas evidencias correctas basten para vencer a los populistas en el parlamento, en el debate público y finalmente en las urnas. Si es cierto que los populistas en última instancia recurren a cierta representación simbólica del "verdadero

pueblo”, el atractivo de esa imagen no se desvanecerá automáticamente cuando a los votantes se les presente una serie de estadísticas correctas sobre un área específica de la política. Pero esto no significa que la argumentación y la evidencia correctas no puedan producir una diferencia. Una parte significativa del apoyo de la campaña presidencial de Wallace en 1968 desapareció, por ejemplo, después de que los sindicatos empezaron a bombardear a sus miembros con información tanto sobre la situación verdadera del “trabajador” en Alabama como de lo poco que había hecho Wallace como gobernador para mejorarla.[9]

Más importante aún, también es posible involucrarse con los populistas en un nivel simbólico. Esto puede tomar la forma de una argumentación sobre lo que realmente significan los compromisos fundacionales de la comunidad política, pero también podría reducirse a la afirmación simbólica de partes de la población que habían sido excluidas previamente. Como debe haber quedado claro, figuras como Evo Morales o Erdoğan no son sólo autoritarios malvados que emergieron de la nada: Morales se justificaba al defender que los pueblos indígenas de Bolivia se habían quedado mayormente fuera del proceso político, y Erdoğan hacía algo democrático al enaltecer la presencia de los que a menudo se habían desechado como “turcos negros” —es decir, las pobres y devotas masas de Anatolia— en contra de la imagen unilateral y occidentalizada de la República Turca celebrada por los kemalistas. La búsqueda de la inclusión no tenía que tomar la forma del postulado populista *pars pro toto;* probablemente parte del daño a la democracia podría haberse evitado si las élites existentes hubieran estado dispuestas a tomar medidas encaminadas a una inclusión tanto práctica *como* simbólica.

¿UNA CRISIS DE REPRESENTACIÓN? LA ESCENA ESTADOUNIDENSE

Uno de los resultados del análisis presentado hasta ahora —tan contradictorio como parezca— es que el único partido en la historia de Estados Unidos que se autodenominó “populista” de hecho no lo era. Como es bien sabido, ese populismo fue un movimiento principalmente de campesinos en la década de 1890. Amenazó brevemente el dominio de demócratas y republicanos en el sistema político estadounidense. Sin duda que no es la primera manifestación de lo que los historiadores han visto como populismo en la historia de ese país. Por un lado, los propios Padres Fundadores tenían un claro temor a una soberanía popular sin restricciones; precisamente trataron de evitar una situación en la que una

totalidad colectiva imaginada pudiera ponerse en contra de las nuevas instituciones políticas. Esto reflejan las famosas palabras del artículo 63 de *El Federalista*: "resalta claramente que el principio de la representación no era desconocido de los antiguos ni totalmente ajeno a sus constituciones políticas. La verdadera diferencia entre estos gobiernos y el americano reside *en la exclusión total del pueblo, en su carácter colectivo,* de toda participación en *éste,* no en la *exclusión total de los representantes del pueblo* de la administración de *aquéllos*" (el énfasis está en el original). Aun así, los redactores también invocaron al "genio del pueblo",[10] y la constitución contenía muchos elementos "populares", desde jurados hasta milicias.[11] Desde el principio, Thomas Jefferson empleó un lenguaje republicano y "productorista" que muchos retóricos de la política revivirían al defender los derechos de la mayoría trabajadora; casi todas las ramas del protestantismo perpetuaron la noción de que el pueblo mismo, sin ayuda del clero, podía encontrar la verdad espiritual; con su campaña contra el "poder del dinero", Andrew Jackson, fundamental para la "Era del Hombre Común", se presentó de varias formas como una fuerza para profundizar la democracia o como un "populista" —por alguna razón llamado el "Rey Chusma"— que creó todo un nuevo estilo de política en el que las figuras públicas usaban referencias a la "cabaña de madera" y a la "sidra con alcohol" para demostrar que estaban con y para la "gente común". En la década de 1850 existía el movimiento nativista —sobre todo anticatólico— Know Nothing [Saber Nada], al que inicialmente se le había llamado Native American Party [Partido Nativo Americano], antes de darse a conocer simplemente como American Party [Partido Americano] (demandando desde el nombre mismo el derecho a la representación exclusiva). Sólo podían pertenecer a él hombres protestantes y la organización era secreta (de ahí que al ser cuestionados sus partidarios debieran declarar: "No conozco nada, excepto a mi país"). El año de 1892 atestiguó la formación del People's Party [Partido del Pueblo], cuyos partidarios al principio se llamaban simplemente "*pops*", y, con el tiempo, "*populists*". Como muchas denominaciones políticas, ésta inicialmente estaba destinada a ser despectiva —con "*populites*" como otra opción para una designación negativa— y sólo después aquellos a quienes el nombre había pretendido denigrar lo adoptaron y celebraron de forma desafiante. (El mundo *neoconservador* tuvo una trayectoria similar en la década de 1970.)[12]

Los autodenominados populistas emergieron de movimientos de campesinos que ya no se contentaron con sembrar maíz y tomaron la determinación de protestar enérgicamente en la política. Su experiencia de

deuda y dependencia —y especialmente la recesión económica de principios de la década de 1890— los inspiró para organizarse ante una serie de demandas que los puso de diversas formas en contra tanto de los demócratas como de los republicanos. Como campesinos requerían particularmente de crédito y transporte baratos para llevar su producción al este, por lo que se sentían cada vez más a merced de los banqueros y de las compañías ferroviarias. A la larga, su confrontación con lo que usualmente se denominaba tan sólo "los intereses" dio lugar a dos demandas que a grandes rasgos definieron el programa político del populismo: por un lado, la creación de una subtesorería —la liberación de la plata (contra los defensores del patrón oro)— y, por otro, la nacionalización de las vías de tren.[13]

Los populistas formularon sus demandas en un lenguaje político que claramente ponía al "pueblo" en contra de las élites que persiguen sus propios intereses. Mary Elizabeth Lease hizo la famosa declaración: "Wall Street es dueña del país. Ya no se trata de un gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo, sino de un gobierno de Wall Street, por Wall Street y para Wall Street. La mayoría de la gente común de este país es esclava, y el monopolio es el señor."[14] El discurso populista se cargó de postulados morales nada sutiles; se hablaba de "los plutócratas, los aristócratas y todas las demás ratas", y algunos de los lemas (y de la poesía) son antecedentes de los tropos centrales del movimiento Occupy Wall Street (por ejemplo "*ninety and nine in hovels bare, the one in a palace with riches rare*" [noventa y nueve en sus chozas desnudas, uno en el palacio con sus excepcionales riquezas]).[15]

Como se mencionó antes, tanto los historiadores como los teóricos políticos y sociales de los años cincuenta y sesenta a menudo describían a los populistas como alentados por la furia y el resentimiento, dados a las teorías de la conspiración y culpables —nada menos— de practicar el racismo. Richard Hofstadter definió, con una fórmula célebre, el "estilo paranoico en la política estadounidense".[16] No es difícil encontrar evidencias de esto. El líder populista de Georgia, Tom Watson, preguntó una vez: "¿Habrá soñado [Jefferson] que en cien años o menos *su* partido sería prostituido para servir a los más viles propósitos de los monopolios, que millonarios judíos de ojos enardecidos serían líderes de ese partido, y que la libertad y la prosperidad del país serían […] sacrificadas constantemente de forma corrupta ante la avaricia plutocrática en nombre de la democracia jeffersoniana?"[17] Sin embargo, en retrospectiva está claro que los historiadores y los teóricos políticos liberales de la Guerra Fría hablaban más sobre el macartismo y el surgimiento del movimiento

conservador radical (incluidas las facciones plenamente racistas, como la John Birch Society) que sobre los propios populistas de la década de 1890.

Los populistas eran un ejemplo de defensa para la gente común, sin pretender —creo— representar al pueblo como un todo. Ciertamente a veces había ambigüedades o deslices (quizá conscientes), incluso en la famosa Plataforma de Omaha sobre la cual se había constituido el People's Party:

Por más de un cuarto de siglo hemos sido testigos de las luchas de los dos grandes partidos políticos por el poder y el expolio, al tiempo que se han infligido daños gravosos al pueblo que sufre. Sostenemos que las influencias en el poder que dominan a ambos partidos han permitido que se desarrollen las terribles condiciones existentes sin hacer un esfuerzo serio por prevenirlas o restringirlas. Tampoco nos prometen ahora ninguna reforma sustancial. Han aceptado hacer caso omiso en la campaña siguiente de todo asunto excepto uno. Propusieron ahogar los gritos de un pueblo expoliado con el clamor de una batalla falsa contra los aranceles, para que puedan perderse de vista los capitalistas, las corporaciones, los bancos nacionales, los círculos, los fideicomisos, las acciones cuyo valor se ha inflado, la desmonetización de la plata y la opresión de los usureros. Proponen sacrificar nuestros hogares, vidas e hijos en el altar de las riquezas; destruir a la multitud para asegurar los fondos de corrupción de los millonarios.

Reunidos en el aniversario del nacimiento de la nación y llenos del espíritu del gran general y jefe que estableció nuestra independencia, buscamos restaurar el gobierno de la República a las manos de “la gente común”, que es la clase con la que se originó. Aseguramos que nuestros propósitos son idénticos a los de la Constitución Nacional; formar una unión más perfecta y establecer la justicia, asegurar la tranquilidad interna, proveer para la defensa común, promover el bienestar general y asegurar las bendiciones de la libertad para nosotros mismos y para nuestra posteridad.

Los populistas promovían reformas democráticas como la elección directa de senadores o el sufragio secreto —y perseguían una gradación de impuestos y la creación de lo que hoy sería un Estado regulatorio—, pero lo hacían en referencia a la “gente común”. Instrumentar su ideal de una “mancomunidad cooperativa” bien podría haber resultado en algo que en otra parte del mundo se habría denominado “socialdemocracia”.[18] Como lo dejó muy claro la Plataforma de Omaha, respetaban la constitución, aunque en el contexto estadounidense —a diferencia del europeo— el anti-constitucionalismo difícilmente serviría como un criterio útil para

identificar a los populistas en el sentido que plantea este libro. Después de todo, la constitución era y sigue siendo reverenciada por casi todos. Los populistas rara vez decían ser el pueblo en sí, aunque agrupaban a hombres y mujeres, blancos y negros, a un grado que podría decirse que ninguno de los otros partidos principales hacía en ese tiempo. Podrían haber sido mucho más exitosos si no los hubieran atacado con saña, especialmente los demócratas del sur: el fraude electoral y el soborno eran comunes, al igual que la violencia. Si sus demandas no hubieran sido absorbidas tanto por los demócratas como por los republicanos, si no hubieran cometido errores tanto estratégicos como tácticos (sobre los cuales siguen discutiendo los historiadores hoy en día, en un debate sobrecargado de normas) y si hubiera sido exitosa en 1896 la fórmula "Demo Pop" de William Jennings Bryan, el "Gran Hombre Común", la historia política de Estados Unidos podría haber tomado un camino muy diferente.[19] Pero el movimiento populista produjo algunas consecuencias. Después de mediados de la década de 1890, algunos populistas entraron al Partido Socialista; al menos algunas de sus demandas principales se cumplieron durante el apogeo del progresismo y, como señaló C. Vann Woodward en su ataque a la malinterpretación del populismo llevada a cabo por los liberales de la Guerra Fría en la década de 1950, podría decirse que incluso el New Deal de la década de 1930 fue una forma de "neopopulismo".[20]

Nada de esto quiere decir que la historia de Estados Unidos en el siglo XX no haya visto manifestaciones de populismo en el sentido que yo le doy al término: el macartismo es un candidato obvio, como lo serían George Wallace y sus seguidores. Jimmy Carter se adjudicaba la etiqueta de "populista" a sí mismo, pero claramente pretendía aludir a los populistas de fines del siglo XIX (así como a las asociaciones "populistas" del protestantismo evangélico, y a la interpretación rural y republicana —en una palabra, jeffersoniana— de la democracia). Al menos en un sentido, Wallace había abierto el camino para él: se hizo imaginable ver a un gobernador sureño como una fuente de renovación moral para Estados Unidos. (Podría decirse que Bill Clinton se benefició de este legado de asociaciones casi dos décadas más tarde.)

Es con el surgimiento del Tea Party y con el asombroso éxito de Donald Trump en 2015-2016 que el populismo tal como lo interpreta este libro ha tomado realmente una importancia sustancial en la política estadounidense. Claramente la "furia" ha jugado un papel, pero, como se ha hecho notar, ésta en sí misma no explica nada. Las razones para esa

furia se relacionan con una sensación de que el país está cambiando culturalmente en formas profundamente objetables para un cierto porcentaje de ciudadanos estadounidenses:[21] a grandes rasgos existe la creciente influencia de valores liberales sociales y sexuales —matrimonio igualitario, etc.— y también preocupaciones sobre Estados Unidos convirtiéndose en un país en el que una minoría resulta sobrerrepresentada, en el que la realidad social coincide cada vez menos con las imágenes tradicionales de "el pueblo real" —es decir, protestantes blancos—. Además de estos asuntos culturales, están los muy reales daños materiales y, nada menos, el sentido de que los intereses económicos de un número significativo de estadounidenses no están representados en Washington (una impresión que por cierto confirman contundentemente los datos duros de los científicos sociales).[22]

Como afirmó Hanspeter Kriesi, en las décadas recientes los países occidentales han visto surgir una nueva zona de conflicto: lo que los científicos políticos llaman una "brecha" entre los ciudadanos que favorecen una mayor apertura y los que prefieren alguna forma de cierre.[23] Este conflicto puede desarrollarse sobre todo en términos económicos, o puede convertirse principalmente en un asunto cultural. Cuando predomina la política identitaria, los populistas prosperan. El problema no es una economía que cada vez se ajusta menos a las autojustificaciones capitalistas en términos de que la competencia y el heroico espíritu empresarial beneficien a todos. (Incluso *The Economist*, que no es exactamente una publicación marxista, ha empezado a criticar el poder de los monopolios en Estados Unidos.) En cambio, se dice que el asunto es que los mexicanos se roban los empleos (y supuestamente hacen algunas otras cosas). Ahora bien, no hay que hacer como si todos los asuntos de identidad pudieran traducirse a la perfección en cuestiones de intereses materiales; hay que tomarse en serio los compromisos de los individuos con ciertos valores. Sin embargo, es necesario recordar una diferencia importante entre los cambios culturales y económicos: muchos de los primeros al final no afectan directamente a muchos individuos. A la gente puede no gustarle cómo va el país, pero ¿quién si no los fotógrafos de bodas con creencias muy tradicionales sobre el matrimonio se sienten realmente perturbados en su vida diaria por la legalización del matrimonio entre personas del mismo sexo? No sería la primera vez que Estados Unidos haya desarrollado una concepción propia más incluyente, tolerante

y generosa como nación sobre las objeciones de una facción de votantes pequeña pero apasionada. No puede contarse una historia igual de esperanzadora sobre los hombres que no tienen más que un certificado de preparatoria y cuyas habilidades, de tenerlas, simplemente no son necesarias en la economía estadounidense actual.

A este respecto, hoy en día Estados Unidos requiere de una reforma estructural profunda, y es claro que alguien como Bernie Sanders tiene razón al llamar la atención sobre tal necesidad. Como debe estar claro a estas alturas, Sanders no es un populista de izquierda, si es que el criterio desarrollado en este libro sirve de algo. La razón no es que, por definición, no pueda haber tal cosa como populismo de izquierda, como algunos izquierdistas fuera de Estados Unidos suelen decir. El populismo no trata sobre el contenido de las políticas públicas; es irrelevante que en un nivel Sanders pueda sonar como Huey Long con su lema imperativo de "Compartamos nuestra riqueza". El populismo consiste en plantear un cierto postulado moral, y el contenido específico de tal postulado bien puede venir, por ejemplo, de una doctrina socialista (Chávez es el ejemplo obvio).

EUROPA, ENTRE EL POPULISMO Y LA TECNOCRACIA

Una implicación del análisis presentado en este libro es que el nacionalsocialismo y el fascismo italiano deben entenderse como movimientos populistas (aunque, me apresuro a agregar, no sólo fueron movimientos populistas, sino que también exhibieron rasgos que no son elementos inevitables del populismo: racismo, una glorificación de la violencia y un "principio de liderazgo" radical). Ahora bien, una de las peculiaridades de las secuelas del clímax de la política totalitaria en los años treinta y cuarenta del siglo XX en Europa occidental fue la siguiente: tanto el pensamiento político como las instituciones políticas de la posguerra estaban profundamente imbuidos de antitotalitarismo. Los líderes políticos, así como los juristas y filósofos, buscaban construir un orden diseñado sobre todo para prevenir el regreso del pasado totalitario. Partían de una imagen del pasado como una era caótica caracterizada por un dinamismo político ilimitado, "masas" desbordadas e intentos de forjar un sujeto político completamente sin restricciones, tal como el *Volksgemeinschaft* alemán purificado o el "Pueblo Soviético" (creado a imagen de Stalin y ratificado como real en la "Constitución de Stalin" de 1936).

Como consecuencia, la dirección del desarrollo político de la Europa

de posguerra ha sido totalmente hacia la fragmentación del poder político (en el sentido de establecer pesos y contrapesos, o incluso una constitución mixta), así como hacia el empoderamiento de instituciones no elegidas o instituciones más allá de la rendición de cuentas electoral, como las cortes constitucionales, todo en nombre del fortalecimiento de la democracia misma.[24] Ese desarrollo estaba basado en lecciones específicas que las élites europeas —bien o mal— sacaron de las catástrofes políticas de mediados de siglo: los arquitectos del orden de la Europa occidental de posguerra veían con mucha desconfianza el ideal de la soberanía popular, pues ¿cómo era posible confiar en gente que había llevado al poder a los fascistas o colaborado ampliamente con sus ocupaciones militares? De manera menos obvia, las élites también tenían hondas reservas sobre la idea de la soberanía parlamentaria y, en particular, sobre la idea de que los parlamentos empoderaran a actores políticos que se jactan de hablar y actuar para el pueblo como un todo (confirmando así la ilusión metapolítica que Kelsen había criticado). Después de todo, ¿acaso no es cierto que sendas asambleas representativas legítimas le dieron todo el poder a Hitler y al mariscal Pétain, el líder de la Francia de Vichy, en 1933 y 1940, respectivamente? Así, los parlamentos de la Europa de posguerra se debilitaron sistemáticamente, los pesos y contrapesos se vieron fortalecidos y las instituciones sin rendición de cuentas electoral (de nuevo, las cortes constitucionales sirven como el ejemplo principal) tuvieron la tarea no sólo de defender los derechos individuales, sino de asegurar la democracia en su conjunto.[25] En resumen, la desconfianza de la soberanía popular irrestricta, o incluso la soberanía *parlamentaria* irrestricta (lo que un abogado constitucional alemán alguna vez llamó "absolutismo parlamentario") están, por así decirlo, insertadas en el DNA de la política europea de posguerra. Estos principios subyacentes de lo que en otro lado he llamado "democracia restringida" casi siempre fueron adoptados cuando los países pudieron deshacerse de las dictaduras y moverse hacia la democracia liberal en el último tercio del siglo XX, primero en la península ibérica en los años setenta y luego en Europa central y del este, después de 1989.

Cabe resaltar que la integración europea fue juez y parte de este intento global de restringir la voluntad popular: agregó restricciones supranacionales a las nacionales.[26] (Lo cual no quiere decir que todo este proceso haya sido planeado por alguien ni que ocurriera a la perfección. Claro que los resultados han estado supeditados y relacionados con quien prevalecía en luchas políticas específicas, un punto que resulta particularmente claro en el caso de la protección de los derechos

individuales, papel para el que competían las cortes nacionales y el Tribunal de Justicia de la Unión Europea.) Esta lógica fue más evidente al inicio con instituciones como el Consejo de Europa y la Convención Europea de Derechos Humanos. Pero el deseo de "fijar" los compromisos democráticos liberales se hizo más pronunciado en el caso específico de la Unión Europea (o, como se la conocía hasta 1993, la Comunidad Económica Europea [CEE]), sobre todo ante las transiciones a la democracia en Europa del sur en los años setenta.

Ahora bien, el resultado de esta breve digresión histórica es que un orden político construido sobre la desconfianza en la soberanía popular —un orden explícitamente antitotalitario y, si se quiere, implícitamente antipopulista— siempre será particularmente vulnerable a los actores políticos que hablan en nombre del pueblo como un todo y en contra de un sistema que pareciera estar diseñado para minimizar la participación popular. Como debería haber quedado claro a partir de la discusión en este libro, el populismo realmente no es una exigencia de mayor participación política, ni de la búsqueda de alguna forma de democracia directa. Pero sí puede parecerse a movimientos que hacen dichas exigencias y así, *prima facie*, ganar alguna legitimidad fundada en que el orden europeo de posguerra realmente *sí* está basado en la idea de mantener a "el pueblo" a cierta distancia.

¿Por qué será que Europa se volvió particularmente vulnerable a las figuras populistas a partir de mediados de los años setenta, y especialmente en años recientes? Algunas respuestas podrían parecer obvias: una retracción del Estado de bienestar, la inmigración y, sobre todo en años recientes, la crisis del euro. Pero una crisis —ya sea económica, social o incluso política— no produce el populismo automáticamente en el sentido que este libro plantea (excepto, tal vez, cuando se están desintegrando los viejos sistemas de partidos). Por el contrario, podría decirse que las democracias permanentemente crean crisis y, al mismo tiempo, tienen recursos y mecanismos para corregirse a sí mismas.[27] Más bien, al menos en lo que concierne a la ola actual en Europa, en mi opinión lo que es crucial para entender el surgimiento hoy del populismo es el modo específico de abordar la crisis del euro: en una palabra, la tecnocracia.

Es curioso que sean espejo una de la otra: la tecnocracia sostiene que sólo hay una solución política correcta y el populismo que sólo hay una voluntad auténtica del pueblo.[28] Más recientemente, también han estado intercambiando atributos: la tecnocracia se ha moralizado ("ustedes, los griegos, ¡deben expiar sus pecados!", es decir dejar atrás el derroche),

mientras que el populismo se ha vuelto empresarial (pensemos en Berlusconi y en la promesa de Andrej Babiš, en la República Checa, de manejar el Estado como a una de sus compañías). Ni para los tecnócratas ni para los populistas hay necesidad alguna de debate democrático. En cierto sentido, ambos son curiosamente apolíticos. Por ello es posible asumir que uno pueda preparar el camino para el otro, pues cada uno legitima la creencia de que no hay un verdadero espacio para el desacuerdo. Después de todo, cada uno sostiene que sólo hay una solución política correcta y una voluntad popular auténtica, respectivamente.

Detectar este paralelismo nos permite ver con mayor claridad lo que realmente separa a los partidos y movimientos populistas, por un lado, de los actores que, por el otro, podrían oponerse, digamos, a medidas de austeridad y prescripciones económicas libertarias sin parecerse a los populistas en ningún otro sentido. En Finlandia, lo que hace que Perussuomalaiset, el partido de los "verdaderos finlandeses" (y más recientemente, tan sólo de "los finlandeses"), sea un partido populista no es que critique a la Unión Europea, sino que postule su exclusividad para representar a los verdaderos finlandeses. En Italia, no son las denuncias de Beppe Grillo sobre *la casta* lo que debería preocuparnos de él como populista, sino la aseveración de que su movimiento quiera —y merezca— nada menos que el 100 por ciento de las curules, pues los demás contendientes supuestamente son corruptos e inmorales. De acuerdo con esta lógica, los *grillini*, en última instancia, son el pueblo italiano puro (lo que entonces también justifica el tipo de dictadura virtuosa dentro del Movimento 5 Stelle que abordé anteriormente).

Identificar a los verdaderos populistas y distinguirlos de los actores políticos que critican a las élites, pero no emplean una lógica *pars pro toto* (tal como los indignados en España) es una tarea prioritaria para una teoría del populismo hoy en Europa. Lo que algunos observadores han llamado "activistas democráticos" —a diferencia de populistas— primero que nada proponen políticas específicas pero, en cuanto a su forma de hablar del pueblo (si es que lo hacen), su postulado no es "nosotros, y sólo nosotros, somos el pueblo", sino más bien "nosotros también somos el pueblo".[29]

También es importante sembrar cierta duda sobre las estrategias de izquierda que tratan de aprovecharse selectivamente del imaginario populista para oponerse a una hegemonía neoliberal. El punto no es que la crítica de esta última sea, por sí misma, populista (en sintonía con entender al populismo como una cuestión de "políticas irresponsables"). Más bien el problema está en los esquemas (al parecer inspirados por la máxima de Ernesto Laclau de que "construir un pueblo es la tarea

principal de la política radical”) que procuran retratar el principal conflicto político actual como un conflicto entre el pueblo —los “gobernados”—, por un lado, y “la gente de mercado” —los gobernantes *de facto,* en forma de gerentes de inversión—, por el otro.[30] ¿Acaso tal oposición en efecto movilizará a “el pueblo”? Es poco probable.

¿Importarán los problemas de una concepción genuinamente populista de la política? Posiblemente.

De ahí que la demanda de que un “populismo de izquierda” concreto se oponga a las políticas de austeridad (o, en tal caso, contrarreste el surgimiento del populismo de derecha) en muchas partes de Europa sea o redundante o peligroso. Es redundante si el punto es simplemente ofrecer una alternativa de izquierda creíble o una socialdemocracia reinventada.

¿Por qué no hablar de construir nuevas mayorías en lugar de hacer aspavientos para “construir un pueblo”? ¿Qué pueblo, exactamente? Sin embargo, si el populismo de izquierda en verdad significa *populismo* en el sentido definido y defendido en este libro, entonces es claramente peligroso.

¿Cuál es la alternativa? Un enfoque que busque incorporar a los que actualmente están excluidos —lo que algunos sociólogos a veces llaman “los superfluos”— al tiempo que los realmente pudientes y poderosos opten por no abandonar el sistema. Esto realmente es sólo otra forma de decir que se requiere de un nuevo tipo de contrato social. Se requiere un apoyo generalizado para ese nuevo contrato social en los países del sur de Europa, el cual sólo puede construirse a través de un llamado a la justicia, y no sólo a la rectitud fiscal. Sin duda las nobles ambiciones no son suficientes; tiene que haber un mecanismo que autorice ese nuevo arreglo. Puede surgir en forma de una gran coalición realmente empoderada al momento de la elección. Una alternativa es que las sociedades renegocien oficialmente sus propios arreglos constitucionales, como lo han intentado hacer, aunque sin mucho éxito, Islandia y, de forma mucho menos dramática, Irlanda.

Conclusión

Siete tesis sobre el populismo

1. El populismo no es ni la parte auténtica de la política democrática moderna ni una suerte de patología causada por ciudadanos irracionales. Es la sombra permanente de la política representativa. Siempre está la posibilidad de que una figura hable en nombre del "pueblo real" como una forma de rechazo a las poderosas élites. No había populismo en la antigua Atenas; demagogia, quizá, mas no populismo, pues éste existe sólo en sistemas representativos. Los populistas no están en contra del principio de representación política, pero insisten en que sólo ellos son representantes legítimos.

2. No todo el que critica a las élites es populista. Además de ser antielitistas, los populistas son antipluralistas. Aseveran que ellos y sólo ellos representan al pueblo. Los demás competidores políticos son esencialmente ilegítimos, y cualquiera que no los apoye no es propiamente parte del pueblo. Cuando están en la oposición, los populistas necesariamente insisten en que las élites son inmorales, mientras que el pueblo es una entidad homogénea y moral, cuya voluntad nunca está errada.

3. A menudo puede parecer que los populistas se atribuyen la representación del bien común tal como lo desea el pueblo. Al analizarlo más detenidamente, resulta que lo que les importa no es tanto el producto de un genuino proceso de formación de voluntad ni un bien común que cualquiera con sentido común puede deducir, sino una representación simbólica del "pueblo real", a partir de la cual se deducen las políticas

correctas. Esto hace que la posición política de un populista sea inmune a la refutación empírica. Los populistas siempre pueden poner al “pueblo real” o a la “mayoría silenciosa” en contra de los representantes elegidos y del resultado oficial de una votación.

4. Mientras que los populistas a menudo convocan referendos, tales ejercicios no inician un proceso abierto de formación de voluntad democrática entre los ciudadanos. Los populistas simplemente desean reafirmar lo que ya han determinado que es la voluntad del pueblo real. El populismo no es un camino hacia una mayor participación en la política.

5. Los populistas pueden gobernar, y es probable que lo hagan en concordancia con su compromiso básico con la idea de que sólo ellos representan al pueblo. Concretamente, se dedicarán a ocupar el Estado, al clientelismo y a la corrupción, y a la supresión de cualquier cosa parecida a una sociedad civil crítica. Estas prácticas encuentran una justificación moral explícita en la imaginación política populista y, por tanto, pueden admitirse abiertamente. Los populistas también pueden escribir constituciones; éstas serán constituciones partidistas o “exclusivas”, diseñadas para mantener a los populistas en el poder en nombre de la permanencia de una supuesta voluntad popular original y auténtica. Es probable que tarde o temprano promuevan un serio conflicto constitucional.

6. Se debe criticar a los populistas por lo que son: una verdadera amenaza a la democracia (y no sólo al “liberalismo”). Pero eso no significa que uno no deba involucrarlos en el debate político. Hablar con los populistas no es lo mismo que hablar como populistas. Es posible tomar seriamente los problemas que ellos plantean sin aceptar la forma en la que enmarcan esos problemas.

7. El populismo no es un correctivo de la democracia liberal, en el sentido de llevar la política “más cerca del pueblo”, ni siquiera de reafirmar la soberanía popular, como se asegura a veces; pero puede servir para mostrar que hay partes de la población que en efecto no están representadas (la falta de representación puede afectar los intereses o la identidad, o ambos). Esto no justifica el postulado populista de que sólo sus partidarios sean el pueblo real y que ellos sean los únicos

representantes legítimos. El populismo, entonces, debe forzar a los defensores de la democracia liberal a pensar mejor en cuáles podrían ser las fallas actuales del sistema de representación. También debe empujarlos a lidiar con preguntas morales más generales: ¿cuáles son los criterios para pertenecer al cuerpo social?, ¿por qué exactamente vale la pena preservar el pluralismo?, ¿cómo se pueden abordar las preocupaciones de los votantes populistas, concebidos como ciudadanos libres e iguales, y no como casos patológicos de hombres y mujeres incentivados por la frustración, la furia y el resentimiento? Mi esperanza es que este libro haya sugerido al menos algunas respuestas preliminares a estas preguntas.

Posfacio

Maneras inadecuadas de pensar sobre el populismo

Hoy en día, el sentido profundo de cada elección en Europa (o quizás incluso en cualquier parte del mundo) pareciera agotarse con la respuesta a una pregunta: "¿Implica una ganancia o una pérdida para el populismo?" Hasta antes de las elecciones holandesas de marzo de 2017, la imagen de una irresistible ola populista —o, en palabras de Nigel Farage, un "tsunami" populista— dominaba la conversación pública; especialmente tras los grandes triunfos de Emmanuel Macron en Francia, más tarde en ese mismo año, tanto en las elecciones presidenciales como en las legislativas, a menudo se afirma que ya estamos viviendo un "momento pospopulista". Ambos diagnósticos están equivocados y con toda justicia merecen la misma etiqueta de "simplistas" que suele adjudicársele al propio populismo.

La noción de una ola imparable dio por sentado que tanto el Brexit como la elección de Donald Trump fueron triunfos para el populismo. Ciertamente, tanto Farage como Trump son populistas, si bien no lo sean, como indica el cliché, porque "critiquen a las élites". Tal como este libro ha procurado aclarar, no todo el que considera errada la conducta de las élites puede automáticamente ser clasificado como populista. A fin de cuentas, cualquier libro de texto sobre civismo nos indicaría vigilar a los poderosos; estar atentos a ellos podría interpretarse como señal de una buena ciudadanía democrática. Claro que, desde la oposición, los populistas critican a los gobiernos, pero —y esto es crucial— también se adjudican la representación única de lo que a menudo denominan "el pueblo verdadero" o "la mayoría silenciosa". Como consecuencia, denuncian a los demás candidatos al poder como fundamentalmente ilegítimos. Lo que está en juego nunca es sólo un desacuerdo sobre las políticas públicas o, para el caso, incluso los valores (lo cual es, desde luego, totalmente normal —e idealmente

productivo— en una democracia); más bien, los populistas inmediatamente personalizan y moralizan el conflicto político: los otros, insisten, simplemente son “corruptos” y “fraudulentos”. En este sentido, durante y después de la campaña electoral de 2016 para la presidencia, Donald Trump fue un caso extremo, mas no una excepción; de una u otra forma todos los populistas hacen lo que él hizo al buscar desacreditar a sus rivales.

Resulta menos evidente la insinuación que hacen los populistas de que deba cuestionarse el estatus de pertenencia al pueblo verdadero de todo aquel que no comparta su concepción de “el pueblo” (y que por ello no apoye políticamente a los populistas). Pensemos nuevamente en Trump cuando desestima —por medio de Twitter— las protestas en su contra como si fuera una cuestión de “activistas pagados”. De esa forma, lo que es importante percibir sobre el populismo no es un vago “sentimiento antisistema”; las críticas a las élites pueden o no justificarse, pero no son en sí mismas una forma peligrosa del populismo. Lo que importa, más bien, es el antipluralismo de los populistas, que siempre excluyen a los demás en dos niveles: en la política de partidos, se atribuyen ser los únicos representantes legítimos del pueblo y, por tanto, todos los demás quedan excluidos al menos moralmente; y, de forma menos visible, si se quiere a nivel del pueblo mismo, quienes no se adhieren a la construcción simbólica que hacen los populistas de “el pueblo verdadero” también resultan excluidos.

Esta interpretación del populismo como una forma específica del antipluralismo debería resultar útil para evitar la perezosa cantinela según la cual supuestamente en todas partes “el pueblo” está levantándose contra “el sistema”. Ésta no es una descripción neutral de lo que está ocurriendo en la política; es, de hecho, lenguaje populista: acepta que los populistas realmente son los auténticos representantes de “el pueblo” cuando, en realidad, figuras como Farage o Geert Wilders ni siquiera están cerca de triunfar entre una cuarta parte del electorado.

Sin embargo, es curioso que, con respecto a los populistas, politólogos y periodistas a menudo vayan de un extremo (principalmente asumiendo que son todos demagogos cuyas opiniones pueden descartarse de forma automática) al otro: empiezan a aceptar que en el fondo los populistas articulan las “verdaderas inquietudes” del pueblo. Ceder a los populistas el monopolio de decirnos lo que realmente preocupa a los ciudadanos delata una profunda incomprensión del funcionamiento de la representación democrática. Ésta no consiste en una reproducción mecánica de intereses e identidades otorgadas de manera objetiva: más bien, estas últimas se

constituyen de forma dinámica en el proceso mediante el cual los políticos —así como la sociedad civil, amigos, vecinos, etc.— hacen propuestas políticas de representación y los ciudadanos responden a éstas de una u otra forma. No es que todo lo que dicen los populistas sea necesariamente ficticio, pero es un error pensar que sólo ellos saben lo que está pasando realmente en el seno de la sociedad. Trump, por ejemplo, sin duda logró hacer que algunos estadounidenses se consideraran parte de algo parecido a un movimiento identitario de los blancos. Pero las percepciones de los ciudadanos sobre sí mismos podrían cambiar más adelante.

Sería un error suponer que todos los que votan a favor de los partidos populistas son necesariamente populistas, es decir, que comparten las perspectivas antipluralistas de los líderes. Y también sería equivocado pensar que los populistas nos revelan la verdad última y objetiva sobre la sociedad. Sin embargo, muchos actores no populistas cometen precisamente estos errores. Pensemos en el infame calificativo de Hillary Clinton al hablar de los seguidores de Trump: "deplorables", o en cómo actualmente algunos socialistas y socialdemócratas en Europa parecen decirse a sí mismos algo en esencia como esto: "A la clase trabajadora simplemente no le gustan los extranjeros, como lo demuestra el triunfo de los populistas de derecha. No hay nada que podamos hacer al respecto."

Sin embargo, aunque parezca estar disminuyendo un poco por el momento, ¿no hay algo verdadero en la noción de una ola de populismo? La imagen siempre ha sido profundamente confusa. Después de todo, Nigel Farage no provocó el Brexit él solo: necesitó la ayuda de conservadores consolidados, como Boris Johnson y Michael Gove (ambos han sido miembros del gabinete de Theresa May). Fue Gove quien, ante las advertencias que muchos expertos le hicieron sobre el Brexit, afirmó: "Este país está harto de los expertos." La ironía es que Gove mismo claramente tenía la autoridad de un experto: entre los Tories siempre se le ha considerado un intelectual. Se requirió nada menos que de un experto para convencer al pueblo de que se sobrevalora el conocimiento de los expertos.

A riesgo de afirmar lo obvio, hay que decir que Trump no llegó a la presidencia como el candidato de un movimiento opositor de una furiosa clase blanca trabajadora; más bien representó a un partido muy consolidado y necesitó la bendición de algunos republicanos de peso completo, tales como Rudy Giuliani y Newt Gingrich. Cuando en el verano de 2016 este último le dijo a un reportero de CNN que no confiaba en las estadísticas del crimen pero que creía en lo que la gente sentía, hizo el truco que Gove había realizado en el Reino Unido: sin importar lo que uno

piense acerca de Gingrich, los conservadores estadounidenses lo consideran una suerte de intelectual y, tal como ocurrió en el Reino Unido, fue necesario un experto para devaluar el conocimiento de los expertos. De manera que lo que ocurrió el 8 de noviembre de 2016 no fue un triunfo independiente para el populismo, sino una confirmación de aquello en lo que se ha convertido la política de partidos de Estados Unidos: el 90 por ciento de quienes se consideran republicanos votó por Trump; claramente no pudieron concebir votar por un demócrata, incluso cuando en las encuestas muchos republicanos reconocieron profundas dudas sobre el candidato Trump. En resumen: hoy en día ningún populista de derecha ha llegado al poder en Europa occidental o en Estados Unidos sin la colaboración de las élites conservadoras consolidadas.

Después de las elecciones holandesas y francesas, muchos analistas se apuraron a declarar un "momento pospopulista". Esta perspectiva no logra distinguir entre el populismo como la exigencia de un monopolio moral en la representación del pueblo verdadero, por un lado, y la idea de políticas específicas afines al populismo de derecha, pero no populistas en sí (pensemos en restricciones a la inmigración), por el otro. En Holanda, a Wilders —que sí es populista— no le fue tan bien como se esperaba, pero su rival —oficialmente convencional—, el primer ministro liberal de derecha, Mark Rutte, adoptó una retórica muy wilderiana: les dijo a los inmigrantes que si no querían comportarse "con normalidad" debían abandonar el país.

Rutte no se ha convertido en populista (no está adjudicándose la representación única del verdadero pueblo holandés), pero tampoco es de su incumbencia definir la "normalidad" cultural de Holanda. Es claro que la cultura política está girando hacia la derecha, sin nada parecido a una correcta validación democrática por parte de la ciudadanía. En lugar de vislumbrar un momento pospopulista, a pesar de que nominalmente estén perdiendo, podríamos estar atestiguando el triunfo de los populistas. Después de todo, en lugar de colaborar con ellos oficialmente, a veces los conservadores ahora simplemente copian sus ideas. Esta dinámica también resultó evidente en la campaña electoral de mediados de 2017 de Theresa May, quien apostó a que, imitándolo, destruiría al UK Independence Party [Partido de la Independencia del Reino Unido] de Farage.

Finalmente, además de la colaboración o la imitación, también está la opción de que los conservadores en efecto toleren el populismo de derecha. Pensemos en cómo el Partido Popular Europeo (PPE), el muy convencional partido supranacional de demócratas cristianos y conservadores moderados, ha logrado proteger a Viktor Orbán de la crítica

externa. Orbán fue el pionero del populismo en el poder en Europa; no podría haber construido lo que de muchas maneras ya era un régimen autoritario sin la protección *de facto* del PPE. Nuevamente, no es en absoluto que los propios miembros del PPE se hayan vuelto populistas, pero las estrategias por las que optaron (relacionadas, sobre todo, con querer que el PPE siguiera siendo el partido más grande del Parlamento Europeo) han transformado a los conservadores en los habilitadores del populismo de derecha.

En este contexto también cabe recordar una elección reciente en la que los conservadores optaron por no colaborar. La imagen completa de una ola imparable probablemente ya había sido cuestionada empíricamente con un contraejemplo. En Austria, donde el triunfo del populista de extrema derecha, Norbert Hofer, se había previsto ampliamente desde diciembre de 2016, el político verde Alexander Van der Bellen logró la mayoría. Muchos demócratas cristianos se habían manifestado explícitamente en contra de Hofer, especialmente los alcaldes locales y otros líderes regionales de peso con credibilidad ante los austriacos del campo, a quienes los líderes verdes *bobo*[†] de Viena claramente no habrían podido unir. Al contrario de lo que indica la sabiduría convencional en boga, no es inevitable que haya una división total entre el campo, que se vuelve populista, y las ciudades, comprometidas con el liberalismo cosmopolita.

Como ha argumentado el científico social Daniel Ziblatt, la consolidación de las democracias en Europa dependió fundamentalmente de las decisiones de las élites conservadoras.[1] Durante el periodo de entreguerras, optaron por trabajar con partidos autoritarios e incluso fascistas, y en muchos lugares la democracia terminó muriendo como consecuencia. Después de la guerra eligieron ceñirse a las reglas del juego democrático, incluso cuando a los principales intereses conservadores no les iba bien. No vivimos en nada parecido al periodo de entreguerras, ni los populistas de hoy son fascistas, pero sigue siendo vigente la lección de que el destino de la democracia es un asunto de las decisiones tanto de las élites consolidadas como de los insurgentes ajenos al sistema. Como señaló Larry Bartels, empíricamente es muy dudoso asumir que hay un incremento (no se diga un “tsunami”) de cualquier cosa que podamos identificar como una sensibilidad populista de derecha; no obstante, lo que puede demostrarse es que, a lo largo del tiempo, tanto políticos emergentes como actores más establecidos han decidido ya sea atenuar o movilizar y explotar tales sensibilidades.[2] La lección pareciera estar clara: debemos resistir a las élites que colaboran con los populistas, que copian

sus ideas o que en efecto toleran su conducta y los protegen de la crítica que les exige rendir cuentas.

Es posible que haya habido una ola de populismo; de lo que no cabe duda es de que ha habido una cascada de conversaciones públicas, a menudo tensas, sobre cómo lidiar con el populismo. ¿Hay algo en especial que hayamos aprendido de estas conversaciones? Podría decirse que se ha vuelto más claro lo que no funciona, especialmente dos extremos de cómo lidiar con los populistas. Uno es la exclusión total, nada menos que el tipo de exclusión moral que practican los propios populistas (en las líneas de "nosotros, los buenos demócratas, ni siquiera apareceremos en televisión junto con los populistas", o "cuando los populistas hacen una pregunta en el parlamento, yo me salgo", etc.). Esto es un error, tanto a nivel estratégico como, de forma menos evidente, a nivel normativo: está destinado a fracasar como estrategia, pues de hecho confirma a los populistas en lo que han estado diciéndole todo el tiempo a sus seguidores: básicamente, que las élites corruptas nunca escuchan o que tienen miedo de debatir ciertos temas (y, nada menos, que éstas se unirán en contra de los populistas para preservar sus privilegios inmerecidos: "uno contra todos, todos contra uno"). Pero también hay un problema específico desde el punto de vista de la teoría de la democracia: particularmente cuando estos partidos ya tienen representación parlamentaria, excluirlos del debate significa en los hechos excluir a todos los ciudadanos que efectivamente votaron por ellos. Y, como se dijo arriba, no podemos asumir que todos los votantes de partidos populistas sean antipluralistas convencidos que no han aceptado realmente las reglas del juego democrático.

Después está el otro extremo: en lugar de excluirlos, o al menos ignorarlos, uno empieza a correr detrás de los populistas. Pero no importa qué tan rápido corras, por supuesto que nunca podrás alcanzarlos realmente. Digas lo que digas o hagas lo que hagas sobre los inmigrantes desde la posición de un supuesto "político convencional", difícilmente dejarás satisfecho, por ejemplo, al Dansk Folkeparti [Partido Popular Danés]. Pero también aquí el problema no es sólo a nivel estratégico o, si se prefiere, instrumental; también hay asuntos normativos: después de todo, copiar a los populistas puede estar basado en la errónea visión de qué es la representación democrática discutida arriba. Simplemente se piensa que los populistas han revelado al fin las preferencias políticas reales de muchos ciudadanos, en lugar de reconocer que la representación es un proceso dinámico. Pensemos, nuevamente, en Trump: un buen número de europeos bien pueden haber sentido, con un cierto *Schadenfreude*,[†] que el

8 de noviembre del año pasado se confirmó oficialmente al menos una arraigada suposición sobre Estados Unidos: ¡es un país con 63 millones de racistas! Como algunos científicos sociales señalaron rápidamente, si bien hay un número considerable de racistas en Estados Unidos, el racismo no puede explicar la masiva votación por Trump (al menos algunos ciudadanos optaron por Trump tras haber votado dos veces por Obama).

No queda más alternativa que relacionarse con los populistas, pero hablar con ellos no es lo mismo que hablar como ellos. Para poder tener credibilidad en un debate con ellos no es necesario adoptar sus descripciones de los retos políticos, económicos o sociales. Al mismo tiempo, es importante reconocer que todo un rango de posiciones políticas que los liberales encuentran muy problemáticas es, no obstante, aceptables en una democracia, y que uno tiene que enfrentarlos con los mejores argumentos y la mejor evidencia disponibles, y no con la polémica acusación de "populismo". Sin embargo, cuando los populistas se muestran específicamente como tales (es decir, cuando tratan de negar la legitimidad de sus opositores o la legítima ciudadanía de ciertas personas, o cuando cuestionan la base de las reglas del juego democrático), es fundamental que los demás políticos pongan un límite. Por ejemplo, si un populista asevera que Angela Merkel está llevando a cabo un plan secreto para reemplazar el *Volk* alemán con sirios, es imperativo que los otros partidos señalen que el territorio del conflicto democrático normal y legítimo se ha dejado atrás de forma decisiva. Desde luego que es poco probable que entonces el populista retroceda y pida perdón por plantear teorías conspiratorias que sugieren que la democracia como la conocen los alemanes es sólo una democracia de fachada, pero la esperanza que inspira la teoría de la democracia (la cual bien puede terminar siendo una esperanza infundada) es que los ciudadanos que observan tal debate bien podrían desilusionarse de los populistas. Quizá concluyan que en efecto comparten algunas de las posturas políticas del bando populista, pero que aun así no están en el mismo barco que quienes tejen teorías de la conspiración.

¿Y qué hay del papel que juegan aquellos a quienes a menudo se les denomina, de forma paternalista, como "ciudadanos comunes"? Recordemos la primera ocasión en que la "ola" no arrasó al "sistema": Austria. La campaña del candidato triunfador (la figura improbable de un viejo profesor de economía, ecologista con un dudoso origen étnico) movilizó a muchos ciudadanos al hacerles ver que no tenían que estar de acuerdo del todo con el programa del Partido Verde; sólo tenían que estarlo con la propuesta de que el candidato populista de extrema derecha

implicaba una genuina amenaza a la democracia austriaca. Y, de forma aún más importante, la campaña alentó a los ciudadanos a dejar atrás sus círculos y entornos de costumbre para, en su lugar, entablar conversaciones con gente que normalmente no frecuentarían; asimismo, los alentó a no recurrir a acusaciones de "racismo" y "fascismo" a los cinco minutos de comenzar tales conversaciones. Nuevamente, esto podría ser una esperanza infundada por parte de los teóricos de la democracia; una buena parte de la investigación en ciencias sociales asevera que la "hipótesis de contacto" es demasiado buena como para ser verdad, es decir, que no basta con conocer personas muy distintas a nosotros para fomentar la tolerancia y el respeto al pluralismo. Pero cualquier cosa que rompa la fantasía populista de un pueblo totalmente unido y homogéneo puede ayudar. Al contrario de lo que a veces creen los liberales, no todo lo que dicen los populistas es necesariamente demagógico o mentiroso, pero, a la larga, su autodenominación *sí* está basada en una gran mentira: el que haya un solo pueblo que solamente ellos representan. Para combatirlos, uno debe comprender y desestimar esa afirmación medular.

NOTAS AL PIE

Este posfacio, escrito en agosto de 2017, está parcialmente basado en "How Populists Win When They Lose", *Project Syndicate*, junio de 2017; "Populists Cannot Win on Their Own", *The Financial Times*, 8 de febrero de 2017, y "The Wrong Way to Think about Populism", publicado en la serie Items del Social Science Research Council, disponible en items.ssrc.org/the-wrong-way-to-think-about-populism.

† En alusión a los *bourgeois bohème*, un grupo social conformado por "buenas familias" que comparten valores bohemios y llevan una vida burguesa. [N. de la t.]

† Término intraducible del alemán que significa el sentimiento de alegría o placer derivados del sufrimiento o la infelicidad ajena. [N. de la t.]

Agradecimientos

Agradezco al Institut für die Wissenschaften vom Menschen [Instituto de Ciencias Humanas] (IWM) en Viena por la invitación a impartir las Conferencias IWM en noviembre de 2013, en las cuales está basado este libro. Klaus Nellen y sus colegas fueron grandes anfitriones y me beneficié enormemente de las discusiones con ellos y con el público durante esas tardes de lluvia. Una estancia posterior en el IWM, en el verano de 2014, me ayudó a ampliar mis ideas.

Gracias también a los miembros del Departamento de Ciencia Política de Princeton, así como al personal del Centro de Valores Humanos (especialmente su director, Chuck Beitz), quienes me permitieron impartir un taller sobre populismo en 2012.

Agradezco a todos aquellos que, durante ese taller y después en conferencias y seminarios, hablaron conmigo sobre un tema que es de creciente preocupación para muchas personas en Europa, Estados Unidos y América Latina al inicio del siglo XXI —aunque no siempre sea posible siquiera estar seguro de si hablamos de lo mismo. (Una vez Richard Hofstadter dio una plática con el revelador título: “Todo el mundo habla del populismo, pero nadie puede definirlo”, una afirmación nada inverosímil hoy en día.)

Mi pensamiento sobre la democracia y el populismo, para bien o para mal, tomó forma en conversaciones que sostuve con los siguientes amigos y colegas (lo cual no quiere decir que los haya convencido de mi teoría): Andrew Arato, David Ciepley, Paula Diehl, Zsolt Enyedi, Gábor Halmai, Dick Howard, Carlo Invernizzi Accetti, Turkuler Isiksel, Dan Kelemen, Seongcheol Kim, Alex Kirshner, Mattias Kumm, Cas Mudde, Cristóbal Rovira Kaltwasser, Ivan Krastev, Ralf Michaels, Paulina Ochoa Espejo, Kim Lane Scheppele y Nadia Urbinati. Gracias especialmente a Cristóbal por la invitación a Santiago de Chile y por las discusiones con él y sus

colegas en la Universidad Diego Portales, y también a Balázs Trencsényi por las utilísimas conversaciones al completar el libro en abril de 2016. Agradezco también a Koen Vossen y a René Cuperus por la información sobre la política holandesa.

Este libro está basado en las siguientes publicaciones: “Populismus: Theorie und Praxis”, *Merkur,* vol. 69, 2015; “Parsing Populism: Who Is and Who Is Not a Populist These Days?”, *Juncture,* vol. 22, 2015; “‘The People Must Be Extracted from within the People’: Reflections on Populism”, *Constellations,* vol. 21, 2014; “Anläufe zu einer politischen Theorie des Populismus”, *Transit,* núm. 44, 2013; “Towards a Political Theory of Populism”, *Notizie di Politeia,* núm. 107, 2012; así como en una serie de artículos en *Dissent, The New York Review of Books, The Guardian, Le Monde, Die Zeit, Süddeutsche Zeitung* y *Neue Zürcher Zeitung*.

Agradezco a dos editores, tanto por ser pacientes como por ser rápidos cuando eso importaba: Heinrich Geiselberger, quien me ayudó con la edición alemana de este libro, y Damon Linker, quien resultó ser un entusiasta promotor de la edición estadounidense.

Finalmente, estoy en deuda con mi familia. Gracias especialmente a Heidrun Müller, quien ayudó de muchas maneras cuando yo estaba terminando el libro.

Este ensayo está dedicado a mis hijos, que ya experimentaron su primera campaña presidencial con conciencia y para quienes las diversas perspectivas democráticas están bien abiertas. No aspiro a ser como Whitman, pero quizá puedo rendirle un homenaje al citar humildemente su dedicatoria a “él o ella en cuyo pensamiento ruge la lucha, avanzando, retrocediendo, entre las convicciones y aspiraciones de la democracia y la crudeza, el vicio y los caprichos del pueblo”.

Notas

Todas las ligas a sitios de internet se consultaron en septiembre de 2017.

Introducción

[1] Ivan Krastev, "The Populist Moment", *Critique & Humanism*, núm. 23, 2007, disponible en www.eurozine.com/articles/2007-09-18-krastev-en.html.

[2] Daniel A. Bell, *The China Model. Political Meritocracy and the Limits of Democracy*, Princeton, Princeton University Press, 2015.

CAPÍTULO 1. Lo que dicen los populistas

[1] Ghiță Ionescu y Ernest Gellner, *Populismo: sus significados y características nacionales*, Buenos Aires, Amorrortu, 1970, p. 7.

[2] Para un tratamiento sistemático del dilema de que los gobiernos sean responsables o receptivos, véase Peter Mair, *Ruling the Void. The Hollowing of Western Democracy*, Nueva York, Verso, 2013.

[3] Cas Mudde y Cristóbal Rovira Kaltwasser (eds.), *Populism in Europe and the Americas. Threat or Corrective for Democracy?*, Nueva York, Cambridge University Press, 2013.

[4] Benjamin Arditi, "Populism as an Internal Periphery of Democratic Politics", en Francisco Panizza (ed.), *Populism and the Mirror of Democracy*, Londres, Verso, 2005, pp. 72-98.

[5] Sin duda, en años recientes, en algunos países europeos ha llegado a ser prominente una suerte de populismo en nombre de los valores liberales —pensemos en Pim Fortuyn y Geert Wilders en Holanda—, pero esto sigue siendo un populismo que utiliza la "libertad" y la "tolerancia" como marcadores de una diferencia moral para distinguir al pueblo propiamente de otros que no pertenecen a él. No es liberalismo.

[6] Lo cual no quiere decir que todo sea relativo; la democracia también es un concepto muy controversial, pero no es razón para abandonar el cometido de elaborar una teoría de la democracia.

[7] Técnicamente hablando, estoy tratando de construir un tipo ideal en el sentido que sugiere Max Weber. El propósito es, en parte, exponer lo que considero que son las diferencias principales entre el populismo y la democracia. Aquí el peligro evidente es la circularidad: en la definición que uno hace del populismo se esbozan características que uno encuentra política, moral o incluso estéticamente desagradables, sólo para encontrar que el populismo y la democracia son diferentes —operación que se hace más fácil si uno puede simular que la democracia no es en sí misma un concepto controversial sino que tiene un significado que todos deben suscribir —. En otras palabras, existe el peligro de obtener un panorama normativo muy definido sólo al dibujar los contrastes de manera muy partidista, que no es la misma preocupación de los estudiosos de política comparada al trabajar el populismo; su principal preocupación es la expansión conceptual. Véase Giovanni Sartori, "Concept Misformation in Comparative Politics", *The American Political Science Review*, vol. 64, núm. 4, diciembre de 1970, pp. 1 033-1 053, disponible en www.jstor.org/stable/1958356.

[8] Comparto una preocupación por lo que podría llamarse "teoría de la teoría" —el tipo de teoría política que se ocupa principalmente de responder a otras teorías y no de la historia contemporánea en toda su complejidad y, a menudo, su total opacidad—. Pero no creo que la mejor forma de expresar esa preocupación sea a través de demandas histriónicas de

"realismo" que sólo pueden llevar a más teoría de la teoría, aunque tan sólo esta vez se trate de un "realismo" cosificado. En lugar de debatir sobre la legitimidad de la pregunta "¿Qué debe hacerse?", los teóricos deberían hacer algo.

[9] Ralf Dahrendorf, "Acht Anmerkungen zum Populismus", *Transit. Europäische Revue*, núm. 25, 2003, pp. 156-163, disponible en www.eurozine.com/acht-anmerkungen-zum-populismus.

[10] Está además la cuestión aparte de que el contenido de las políticas neoliberales y del populismo —como una lógica de postulados— pueden perfectamente ir juntos. Véase Kurt Weyland, "Neopopulism and Neoliberalism in Latin America: Unexpected Affinities", *Studies in Comparative International Development*,

vol. 31, núm. 3, septiembre de 1996, pp. 3-31, disponble en doi.org/10.1007/BF02738987; y Cristóbal Rovira Kaltwasser, "From Right Populism in the 1990s to Left Populism in the 2000s—And Back Again?", en Juan Pablo Luna y Cristóbal Rovira Kaltwasser (eds.), *The Resilience of the Latin American Right*, Baltimore, John Hopkins University Press, 2014, pp. 143-166.

[11] Una pregunta que seguro cualquier lector *responsable* de Max Weber haría inmediatamente.

[12] Karin Priester, *Rechter und linker Populismus. Annäherung an ein Chamäleon*, Fráncfort, Campus, 2012, p.17

[13] Acerca de esta "brecha de género", véase Cas Mudde y Cristóbal Rovira Kaltwasser, "Populism", en Michael Freeden *et al.* (eds.), *The Oxford Handbook of Political Ideologies*, Nueva York, Oxford University Press, 2013, pp. 493-512.

[14] Vanessa Williamson, Theda Skocpol y John Coggin, "The Tea Party and the Remaking of Republican Conservatism", *Perspectives on Politics*, vol. 9, núm. 1, marzo de 2011, pp. 25-43, disponible en scholar.harvard.edu/files/williamson/files/tea_party_pop.pdf; en particular, p. 33.

[15] Mark Elchardus y Bram Spruyt, "Populism, Persistent Republicanism and Declinism: An Empirical Analysis of Populism as a Thin Ideology", *Government and Opposition*, vol. 51, núm. 1, enero de 2016, pp. 111- 133, disponible en doi.org/10.1017/gov.2014.27.

[16] Roy Kemmers, Jeoren van der Waal y Stef Aupers, "Becoming Politically Discontented: Anti- Establishment Careers of Dutch Non-voters and pvv Voters", *Current Sociology*, vol. 64, núm. 5, septiembre de 2016, pp. 757-774, disponible en doi.org/10.1177/0011392115609651.

[17] Cabe mencionar que no es posible estar resentido y furioso al mismo tiempo: la furia se expresará inmediatamente; el resentimiento se "agudizará" conforme el deseo de venganza se incremente con el tiempo.

[18] Max Scheler, *El resentimiento en la moral*, Madrid, Caparrós Editores, 1998.

[19] Bert N. Bakker, Matthijs Rooduijn y Gijs Schumacher, "The Psychological Roots of Populist Voting: Evidence from the United States, the Netherlands and Germany", *European Journal of Political Research*, vol. 55, núm. 2, mayo de 2016, pp. 302-320, disponible en onlinelibrary.wiley.com/doi/10.1111/1475- 6765.12121/epdf. Los autores de este estudio concluyen sin reparos: "Los populistas como Marine Le Pen, Geert Wilders, Sarah Palin y Nigel Farage han desarrollado una destreza para movilizar a votantes con personalidades poco afables. Esto es lo que los une *a través de* los diversos contextos políticos, lo que los separa de los partidos existentes *dentro de* un contexto político y lo que subyace a su éxito, quizás inesperado" (p. 317).

[20] Para una explicación de cómo las emociones tienen "antecedentes cognitivos", véase Jon Elster, *Alchemies of the Mind. Rationality and the Emotions*, Cambridge, Cambridge University Press, 1999.

[21] No se deduce, sin embargo, que todo el que es criticado por ser "populista" hoy en día sea validado, desde un punto de vista normativo, como un correcto demócrata radical, que es lo que parece creer Marco D'Eramo; véase "Populism and the New Oligarchy", *New Left Review*, núm. 82, julio-agosto de 2013, pp. 5-28, disponible en newleftreview.org/II/82/marco-d-eramo-populism-and-the-new-oligarchy.

[22] Seymour M. Lipset, *Political Man. The Social Bases of Politics*, Garden City, Doubleday, 1963, p. 178.

[23] Victor C. Ferkiss, "Populist Influences on American Fascism", *The Western Political Quarterly*, vol. 10, núm. 2, junio de 1957, pp. 350-373, disponible en doi.org/10.1177/106591295701000208; en particular, p. 352.

[24] Para un intento de ir más allá de los diagnósticos simplistas del resentimiento en el caso del Tea Party, véase Lisa Disch, "The Tea Party: A 'White Citizenship Movement?'", en Lawrence Rosenthal y Christine Trost (eds.), *Steep. The Precipitous Rise of the Tea Party*, Berkeley, University of California Press, 2012, pp. 133-151.

[25] Helmut Dubiel, "Das Gespenst des Populismus", en Helmut Dubiel (ed.), *Populismus und Aufklärung*, Fráncfort, Suhrkamp, 1986, pp. 33-50; en particular, p. 35.

[26] Como lo discutiré más adelante, los populistas no están en contra de la representación —por ello estoy en desacuerdo con los análisis que enfrentan a la "democracia populista" con la "democracia representativa"—; véase, por ejemplo, el artículo (por lo demás excelente) de Koen Abts y Stefan Rummens, "Populism versus Democracy", *Political Studies*, vol. 55, núm. 2, junio de 2007, pp. 405-424, disponible en doi.org/10.1111/j.1467- 9248.2007.00657.x.

[27] Existe alguna evidencia empírica de que los votantes de los partidos populistas también defienden puntos de vista claramente intolerantes y antipluralistas. Véase Agnes Akkerman, Cass Mudde y Andrej Zaslove, "How Populist Are the People? Measuring Populist Attitudes in Voters", *Comparative Political Studies*, vol. 47, núm. 9, agosto de 2014, pp. 1-30, disponible en doi.org/10.1177/0010414013512600.

[28] Claude Lefort, *Democracy and Political Theory*, Cambridge, Polity, 1988, p. 79.

[29] Nancy L. Rosenblum, *On the Side of the Angels. An Appreciation of Parties and Partisanship*, Princeton, Princeton University Press, 2008.

[30] Véase también C. Vann Woodward, "The Populist Heritage and the Intellectual", *The American Scholar*, vol. 29, núm. 1, invierno de 1959-1960, pp. 55-72, disponible en www.jstor.org/stable/41208586.

[31] Andrew Arato, "Political Theology and Populism", *Social Research*, vol. 80, núm. 1, primavera de 2013, pp. 143-172, disponible en muse.jhu.edu/article/528102.

[32] "The Inaugural Address of Governor George C. Wallace, January 14, 1963, Montgomery, Alabama", disponible en digital.archives.alabama.gov/cdm/ref/collection/voices/id/2952.

[33] Wallace hizo muy explícita esta identificación del verdadero Estados Unidos con el sur cuando exclamó: "¡Escúchenme, sureños! Ustedes, hijos e hijas que se han movido del norte al este de esta nación, los llamamos desde su tierra nativa para que se unan a nosotros en un apoyo nacional y voten… y sabemos que responderán donde quiera que estén, lejos de los corazones de las tierras del sur, pues aunque vivan en los lugares más recónditos de este vasto país, su corazón nunca ha dejado Dixieland." *Ibid*.

[34] *Ibid*.

[35] Agradezco a Damon Linker por haberme hecho notar esta cita. Véase "CBS Weekend News", *Internet Archive*, 7 de mayo de 2016, disponibleenarchive.org/details/KPIX_20160508_003000_CBS_Weekend_News#start/540/end/600.

[36] Margaret Canovan, *The People*, Cambridge, Polity, 2005.

[37] El productorismo no puede ser puramente económico: es un concepto moral que valora a los productores. Pensemos en el pensamiento político de Georges Sorel como principal ejemplo.

[38] Michael Kazin, *The Populist Persuasion. An American History*, Ithaca, Cornell University Press, 1998.

[39] Ahora gozamos del beneficio de toda una literatura académica acerca del significado de "ciudadano por nacimiento". Véase, por ejemplo, Paul Clement y Neal Katyal, "On the Meaning of 'Natural Born Citizen'", *Harvard Law Review*, 11 de marzo de 2016,

disponible en harvardlawreview.org/2015/03/on-the-meaning-of- natural-born-citizen.

[40] Agradezco a Ivan Krastev y a Zsolt Enyedi por esta información.

[41] Aquí los populistas pueden de pronto sonar como defensores de las concepciones epistémicas de la democracia.

[42] Cas Mudde y Cristóbal Rovira Kaltwasser, "Populism", *op. cit.*

[43] Pierre Rosanvallon ha afirmado que el populismo implica una *triple* simplificación: primero, una simplificación políticosociológica en la línea de "el pueblo homogéneo *vs.* las élites corruptas"; segundo, una simplificación procesal e institucional dirigida en contra del desordenado mundo de los poderes intermediarios, y tercero, una simplificación del vínculo social que se reduce a una cuestión de identidad homogénea. Véase Pierre Rosanvallon, "Penser le populisme", *La Vie des Idées*, 27 de septiembre de 2011, disponible en www.laviedesidees.fr/Penser-le-populisme.html.

[44] Citado en Zsolt Enyedi, "Plebeians, *Citoyens* and Aristocrats, or Where Is the Bottom of the Bottom-up? The Case of Hungary", en Hanspeter Kriesi y Takis S. Pappas (eds.), *European Populism in the Shadow of the Great Recession*, Colchester, ecpr Press, 2015, pp. 235-250; en particular, pp. 239-240.

[45] Como lo señaló Jill Lepore, el término solía ser un eufemismo para los muertos, hasta que Nixon lo usó para referirse a una supuesta mayoría que apoyaba la guerra de Vietnam. Véase Jill Lepore, *The Whites of Their Eyes. The Tea Party's Revolution and the Battle over American History*, Princeton, Princeton University Press, 2010, pp. 4-5.

[46] Véase, por ejemplo, Giovanni Gentile, "The Philosophic Basis of Fascism", *Foreign Affairs*, vol. 6, núm.2, enero de 1928, pp. 290-304, disponible en www.foreignaffairs.com/articles/italy/1928-01-01/philosophic-basis- fascism.

[47] Hans Kelsen, *Vom Wesen und Wert der Demokratie*, 1929 (reimpresión: Aalen, Scientia, 1981), p. 22. Kelsen también concluyó que la democracia moderna inevitablemente debía ser una democracia partidista.

[48] Esta imagen simbólica del pueblo, en clave populista, no es algo totalmente nuevo. Un teórico medieval como Baldus sostuvo una concepción, análoga a la teoría de los dos cuerpos del rey, de acuerdo con la cual existía, por un lado, el pueblo empírico, siempre cambiante, como un grupo de individuos, y, por otro, el *populus* eterno como un *corpus mysticum*. Véase Ernst H. Kantorowicz, *The King's Two Bodies. A Study in Medieval Political Theology*, 1957 (reimpresión: Princeton, Princeton University Press, 1997), p. 209. El *corpus mysticum* tenía un carácter corporativo que indicaba una persona (colectiva) ficticia o jurídica; de ahí que se usara como sinónimo de *corpus fictum*, *corpus imaginatum* y *corpus repraesentatum*. Tal como siempre hubo la posibilidad de distinguir entre el rey-cuerpo político y el rey-cuerpo natural, así podía separarse el pueblo en cuanto cuerpo político (lo que Baldus llamó *hominum collection in unum corpus mysticum*) del pueblo representado por las instituciones y mediado a través de ellas. Y así como no era una paradoja, entonces, que los opositores de Carlos I "lucharan contra el rey para defender al rey", los populistas dicen luchar contra las élites electas democráticamente para defender al pueblo verdadero, y así a la democracia. Los dos cuerpos del rey parecen estar sanos y salvos cuando un seguidor de Chávez explica: "Decirnos a nosotros los chavistas que Chávez está muerto es como decirle a los cristianos que Cristo está muerto." Véase Carl Moses, "Bildersturm in Caracas", *Frankfurter Allgemeine Zeitung,* 8 de enero de 2016, disponible en www.faz.net/aktuell/politik/ausland/amerika/venezuela-bildersturm-in-caracas-14004250-p2.html? printPagedArticle=true#pageIndex_2.

[49] Pierre Rosanvallon, "Revolutionary Democracy", en Pierre Rosanvallon, *Democracy Past and Future*, Samuel Moyn (ed.), Nueva York, Columbia University Press, 2006, pp.

79-97; en particular, pp. 79-82. John Quincy Adams señaló alguna vez: "La democracia no tiene monumentos. No acuña medallas. No tiene la efigie de ningún hombre en una moneda. Su propia esencia es iconoclasta", citado en Jason Frank, "The Living Image of the People", *Theory & Event*, vol. 18, núm. 1, 2015, disponible en muse.jhu.edu/article/566086. De hecho, en tiempos predemocráticos existieron estatuas de la democracia, a menudo con una vestimenta simple y sosteniendo serpientes (como símbolo de que el pueblo estaba confinado a la tierra y, podría pensarse, era potencialmente venenoso). Véase Uwe Fleckner *et al*. (eds.), *Politische Ikonographie. Ein Handbuch*, Múnich, C.
H. Beck, 2011.

[50] Véase, por ejemplo, el "contrato" de svp, "Vertrag mit dem Volk", disponible en www.svp.ch/de/assets/File/positionen/vertrag/Vertrag.pdf.

[51] Christopher H. Achen y Larry M. Bartels, *Democracy for Realists. Why Elections Do Not Produce Responsive Government*, Princeton, Princeton University Press, 2016.

[52] Citado en Paula Diehl, "The Populist Twist", manuscrito proporcionado por la autora.

[53] Kathleen Bruhn, "'To Hell with Your Corrupt Institutions!': AMLO and Populism in Mexico", Cas Mudde y Cristóbal Rovira Kaltwasser (eds.), *Populism in Europe and the Americas. Threat or Corrective for Democracy?*, Nueva York, Cambridge University Press, 2012, pp. 88-112.

[54] Mark Meckler y Jenny Beth Martin, *Tea Party Patriots. The Second American Revolution*, Nueva York, Holt, 2012, p. 14.

[55] Bernard Manin, *The Principles of Representative Government*, Nueva York, Cambridge University Press, 1997.

[56] *Ibid*.

[57] *Ibid*. La "identidad" era, de hecho, la promesa de un movimiento como el nacionalsocialismo, operativizada legalmente por Carl Schmitt para enfatizar el papel crucial de *Artgleichheit*, la homogeneidad o identidad racial entre el Führer y el pueblo. Véase Carl Schmitt, *Staat, Bewegung, Volk. Die Dreigliederung der politischen Einheit*, Hamburgo, Hanseatische Verlagsgesellschaft, 1935.

[58] Nadia Urbinati, "A Revolt against Intermediary Bodies", *Constellations*, vol. 22, núm. 4, diciembre de 2015, pp. 477-486, disponoble en doi.org/10.1111/1467-8675.12188, y "Zwischen allgemeiner Anerkennung und Misstrauen", *Transit. Europäische Revue*, núm. 44, 2013, disponible en www.eurozine.com/zwischen- allgemeiner-anerkennung-und-misstrauen.

[59] Citado en Diehl, "Populist Twist".

[60] Beppe Grillo, Gianroberto Casaleggio y Dario Fo, *5 Sterne. Über Demokratie, Italien und die Zukunft Europas*, Stuttgart, Klett-Cotta, 2013, p. 107.

[61] Jonathan White y Lea Ypi, "On Partisan Political Justification", *American Political Science Review*, vol. 105, núm. 2, 2011, pp. 381-396, disponible en eprints.lse.ac.uk/36777.

[62] Paul Lucardie y Gerrit Voerman, "Geert Wilders and the Party for Freedom in the Netherlands: A Political Entrepreneur in the Polder", en Karsten Grabow y Florian Hartleb (eds.), *Exposing the Demagogues. Right-Wing and National Populist Parties in Europe*, pp. 187-203, disponible en www.kas.de/wf/doc/kas_35420-544-2- 30.pdf?140519123322. Sin duda el control absoluto de Wilders también tuvo razones pragmáticas: había atestiguado cómo el partido de Pim Fortuyn se había desintegrado por completo tras el asesinato de éste en mayo de 2002. Véase Sarah L. de Lange y David Art, "Fortuyn versus Wilders: An Agency-Based Approach to Radical Right Party Building", *West European Politics*, vol. 34, núm. 6, 2011, pp. 1 229-1 249, disponible en doi.org/10.1080/01402382.2011.616662.

[63] De Lange y Art, "Fortuyn versus Wilders".

[64] Diehl, "Populist Twist".

[65] La Liga Norte de hecho estaba organizada como un clan, mientras que el Frente Nacional

estaba a cargo de una familia (a Jean-Marie Le Pen lo sucedió su hija Marine; a su vez, Marine quiso preparar a su sobrina Marion). Véase Ulrike Guérot, "Marine Le Pen und die Metamorphose der französischen Republik", *Leviathan*, vol. 43, núm. 2, 2015, pp. 139-174, disponible en doi.org/10.5771/0340-0425-2015-2-177.

[66] Michael Saward, "The Representative Claim", *Contemporary Political Theory*, vol. 5, núm. 3, agosto de 2006, pp. 297-318, disponible en doi.org/10.1057/palgrave.cpt.9300234.

[67] *Ibid.*, p. 298.

[68] Paulina Ochoa Espejo, "Power to Whom? The People between Procedure and Populism", en Carlos de la Torre (ed.), *The Promise and Perils of Populism. Global Perspectives*, Lexington, University Press of Kentucky, 2015, pp. 59-90.

[69] Rosenblum, *On the Side of the Angels*.

[70] Jürgen Habermas, *Faktizität und Geltung. Beiträge zur Diskustheorie des Rechts und des demokratischen Rechtsstaats*, Fráncfort, Suhrkamp, 1994, p. 607.

[71] Benjamin Moffitt y Simon Tormey, "Rethinking Populism: Politics, Mediatisation and Political Style", *Political Studies*, vol. 62, núm. 2, junio de 2014, pp. 381-397, disponible en doi.org/10.1111/14679248.12032.

[72] Robert S. Jansen, "Populist Mobilization: A New Theoretical Approach to Populism", *Sociological Theory*, vol. 29, núm. 2, junio de 2011, pp. 75-96, disponible en doi.org/10.1111/j.1467-9558.2011.01388.x.

[73] Véase Keith Hawkins, "Is Chávez Populist? Measuring Populist Discourse in Comparative Perspective", *Comparative Political Studies*, vol. 42, núm. 8, febrero de 2009, pp. 1 040-1 067, disponible en doi.org/10.1177/0010414009331721; y, más ampliamente, el trabajo de "Team Populism", disponible en populism.byu.edu.

CAPÍTULO 2. Lo que hacen los populistas

[1] Una útil excepción es Daniele Albertazzi y Duncan McDonell, *Populists in Power*, Nueva York, Routledge, 2015.

[2] José Pedro Zúquete, "The Missionary Politics of Hugo Chávez", *Latin American Politics and Society*, vol. 50, núm. 1, primavera de 2008, pp. 91-121, disponible en doi.org/10.1111/j.1548-2456.2008.00005.x; en particular, p. 105.

[3] Benjamin Moffitt, "How to Perform Crisis: A Model for Understanding the Key Role of Crisis in Contemporary Populism", *Government and Opposition*, vol. 50, 2015, pp. 189-217.

[4] Carlos de la Torre, *Populist Seduction in Latin America*, Athens, Ohio University Press, 2010, p. 188.

[5] Lo cual no quiere decir que todos estos líderes sean exactamente iguales en estilo o sustancia. Especialmente Morales ha procurado un enfoque de inclusión, nada menos que al elaborar un borrador de una nueva constitución para Bolivia. Su "constitucionalismo comprometido" ofrecía muchos nuevos derechos fundamentales (incluido el derecho a la vida buena y derechos para la propia naturaleza); previamente Morales también buscó reconocer a las minorías excluidas, al declarar a Bolivia un Estado "plurinacional".

[6] Bernard Manin, *The Principles of Representative Government*, Nueva York, Cambridge University Press, 1997; y Jeffrey Edward Green, *The Eyes of the People. Democracy in an Age of Spectatorship*, Nueva York, Oxford University Press, 2010.

[7] Para el argumento de que el clientelismo de masas fue una forma temprana de la democracia, véase Francis Fukuyama, *Political Order and Political Decay*, Nueva York, fsg, 2014.

[8] Véase Kurt Weyland, "Latin America's Authoritarian Drift: The Threat from the Populist Left", *Journal of Democracy*, vol. 24, núm. 3, julio de 2013, pp. 18-32, disponible en

www.journalofdemocracy.org/article/latin- america%E2%80%99s-authoritarian-drift-threat-populist-left.

[9] Para el caso venezolano, véase Sebastián L. Mazzuca, "Lessons from Latin America: The Rise of Rentier Populism", *Journal of Democracy*, vol. 24, núm. 2, abril de 2013, pp. 108-122.

[10] Véase Yolanda Valery, "Boliburguesía: nueva clase venezolana", disponible en www.bbc.com/mundo/economia/2009/12/091202_1045_venezuela_boliburguesia_wbm.shtml.

[11] Los regímenes populistas constantemente trabajan en uniformar la sociedad conforme a una imagen específica. Orbán creo un "Sistema Nacional de Cooperación" que recuerda mucho a Orwell; Erdoğan advierte constantemente a los turcos de que en una sociedad todos deben conocer su justo lugar (y sus límites). Véase H. Ertuğ Tombuş, "Erdoğan's Turkey: Beyond Legitimacy and Legality", disponible en researchturkey.org/erdogans-turkey-beyond-legitimacy-and-legality.

[12] Karin Priester, *Rechter und linker Populismus. Annäherung an ein Chamäleon*, Fráncfort, Campus, 2012, p.

[13] Carl Schmitt, *The Crisis of Parliamentary Democracy*, Ellen Kennedy (trad.), Cambridge, The MIT Press,
1988, pp. 16-17.

[14] Véase "Viktor Orbán's Speech at the 14th Kötcse Civil Picnic", disponible en www.kormany.hu/en/the- prime-minister/the-prime-minister-s-speeches/viktor-orban-s-speech-atthe-14th-kotcse-civil-picnic.

[15] Wolfgang Merkel *et al.* (eds.), *Defekte Demokratien*, 2 vols., Opladen, Leske + Budrich, 2003.

[16] Una esclarecedora excepción es el documento normativo de The Foundation for Law, Justice and Society de Cristóbal Rovira Kaltwasser, *Populism vs. Constitutionalism?*, disponible en www.fljs.org/sites/www.fljs.org/files/publications/Kaltwasser.pdf.

[17] Para esta crítica, véase también Corey Brettschneider, "Popular Constitutionalism Contra Populism", *Constitutional Commentary*, vol. 30, núm. 1, invierno de 2015, pp. 81-88, disponible en hdl.handle.net/11299/183140. La principal referencia para los debates sobre constitucionalismo popular en Estados Unidos sigue siendo, de Larry Kramer, *The People Themselves*, Nueva York, Oxford University Press, 2004.

[18] Atestigüemos, por ejemplo, el texto de Elizabeth Beaumont: "Me tomo la libertad de usar los términos *civil* y *popular* de manera amplia e intercambiable como términos comunes que a grandes rasgos significan la gente común, los ciudadanos o lo no oficial", en *The Civic Constitution. Civic Visions and Struggles in the Path toward Constitutional Democracy*, Nueva York, Oxford University Press, 2014, p. 4. O pensemos en Tom Donnely proclamando que, a pesar de todas sus diferencias, los defensores del constitucionalismo popular comparten una "sensibilidad populista", que no es más que una "creencia común de que los estadounidenses (y sus representantes electos) deben jugar un continuo papel para dar forma al significado constitucional contemporáneo". Tom Donnelly, "Making Popular Constitutionalism Work", *Wisconsin Law Review*, vol. 2012, núm. 1, pp. 159-194, disponible en wisconsinlawreview.org/wp-content/uploads/2012/03/4-Donnelly.pdf; en particular, pp. 161-162.

[19] Richard D. Parker, "'Here the People Rule': A Constitutional Populist Manifesto", *Valparaiso University Law Review*, vol. 27, núm. 3, 1993, pp. 531-584, disponible en scholar.valpo.edu/cgi/viewcontent.cgi? article=2206&context=vulr; en particular, p. 532.

[20] Martin Loughlin, "The Constitutional Imagination", *Modern Law Review*, vol. 78, núm. 1, enero de 2015, pp. 1-25, disponible en doi.org/10.1111/1468-2230.12104.

[21] Bruce Ackerman, "Three Paths to Constitutionalism— And the Crisis of the European

Union", *British Journal of Political Science*, vol. 45, núm. 4, octubre de 2015, pp. 705-714, disponible en doi.org/10.1017/S0007123415000150.

[22] Para la noción de una constitución de fachada, véase Giovanni Sartori, "Constitutionalism: A Preliminary Discussion", *American Political Science Review*, vol. 56, núm. 4, 1962, pp. 853-864, disponible en www.jstor.org/stable/1952788.

[23] Dan Edelstein, *The Terror of Natural Rights. Republicanism, the Cult of Nature, and the French Revolution*, Chicago, University of Chicago Press, 2009.

[24] Renáta Uitz, "Can You Tell When an Illiberal Democracy Is in the Making? An Appeal to Comparative Constitutional Scholarship from Hungary", *International Journal of Constitutional Law*, vol. 13, núm. 1, enero de 2015, pp. 279-300, disponible en doi.org/10.1093/icon/mov012; en particular, p. 286. Sobre la nueva constitución húngara, véase también la sección especial sobre el giro antiliberal húngaro en el *Journal of Democracy*, vol. 23, núm. 3, julio de 2012, y la compilación editada por Gábor Attila Tóth, *Constitution for a Disunited Nation. On Hungary's 2011 Fundamental Law*, Budapest, CEU Press, 2012.

[25] Citado en Agnes Batory, "Populists in Government? Hungary's 'System of National Cooperation'", *Democratization*, vol. 23, núm. 2, 2016, pp. 283-303, disponible en doi.org/10.1080/13510347.2015.1076214.

[26] Uitz, "Can You Tell When an Illiberal Democracy Is in the Making?".

[27] Dieter Grimm, "Types of Constitutions", en Michel Rosenfeld y András Sajó (eds.), *The Oxford Handbook of Comparative Constitutional Law*, Nueva York, Oxford University Press, 2012, pp. 98-132.

[28] Véanse especialmente las obras de Roberto Viciano Pastor y Rubén Martínez Dalmau. El caso anterior de Colombia es menos evidente de lo que los observadores simpatizantes han llamado el "nuevo constitucionalismo latinoamericano".

[29] David Landau, "Abusive Constitutionalism", *University of California Davis Law Review*, vol. 47, 2013, pp. 189-260, disponible en ssrn.com/abstract=2244629; en particular, p. 213.

[30] "Ein Schritt in Richtung Demokratie", *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 5 de enero de 2016, disponible en www.faz.net/aktuell/politik/ausland/amerika/parlament-in-venezuela-tritt-mit-oppositioneller-mehrheit- zusammen-13999306.html.

[31] *Ibid.*

[32] Bryan Garsten, "Representative Government and Popular Sovereignty", en Ian Shapiro, Susan C. Stokes, Elisabeth Jean Wood y Alexander S. Kirshner (eds.) *Political Representation*, Nueva York, Cambridge University Press, 2009, pp. 90-110; en particular, p. 91.

[33] Christoph Möllers, *Demokratie. Zumutungen und Versprechen*, Berlín, Wagenbach, 2008, pp. 33-34.

[34] Gilbert Achcar, *The People Want. A Radical Exploration of the Arab Uprising*, Berkeley, University of California Press, 2013, p. 1.

[35] Ernesto Laclau, *On Populist Reason*, Londres, Verso, 2005. Laclau asevera que "es fácil […] ver que la condición de posibilidad de lo político y las condiciones de posibilidad del populismo son iguales: ambas presuponen división social; en ambas encontramos un *demos* ambiguo que es, por un lado, una sección desvalida dentro de la comunidad y, por otro, un agente que se presenta a sí mismo, de forma antagónica, como la comunidad *entera*". Véase su "Populism: What's in a Name?", en *Populism and the Mirror of Democracy*, Londres, Verso, 2015, pp. 32-49; en particular, p. 48.

[36] Para lo siguiente, véase Jason Frank, *Constituent Moments. Enacting the People in*

Postrevolutionary America, Durham, Duke University Press, 2010.

[37] Garsten, "Representative Government and Popular Sovereignty".

[38] Claude Lefort, *The Political Forms of Modern Society. Bureaucracy, Democracy, Totalitarianism*, en John B. Thompson (ed.), Cambridge, The MIT Press, 1986, pp. 303-304.

[39] Pierre Rosanvallon, "Revolutionary Democracy", en Pierre Rosanvallon, *Democracy Past and Future*, Samuel Moyn (ed.), Nueva York, Columbia University Press, 2006, pp. 83-84.

[40] Citado en Frank, *Constituent Moments*, p. 2. El historiador Daniel T. Rodgers subrayó con razón: "Seguir la trayectoria del término 'el pueblo' es observar al hombre cargar una palabra con un significado extraordinario y luego, perdiéndola frente a otros usuarios, no asumir las consecuencias". Citado en *ibid*., p. 3.

[41] Citado en Reinhart Koselleck, "Volk, Nation, Nationalismus, Masse", en Otto Brunner, Werner Conze y Reinhart Koselleck (eds.), *Geschichtliche Grundbegriffe*, vol. 7, Stuttgart, Klett-Cotta, 1992, pp. 141-431; en particular, p. 148. Como lo expresó secamente Koselleck: "Bismarck formuló una forma de crítica ideológica que pudo deducir inmediatamente del concepto de 'pueblo'."

[42] Sheldon Wolin, "Transgression, Equality, Voice", en Josiah Ober y Charles Hedrick (eds.), *Demokratia. A Conversation on Democracies, Ancient and Modern*, Princeton, Princeton University Press, 1996, pp. 63-90; en particular, p. 80.

[43] Rosanvallon, "Revolutionary Democracy", p. 91.

[44] Pensemos en la diferencia entre la primera y la segunda olas del feminismo.

[45] "Mir geht es um Respekt", *Die Tageszeitung*, 7 de septiembre de 2013, disponible en www.taz.de/!5059703.

[46] Para una comparación muy esclarecedora entre los casos de Hungría y de Egipto, véase Gábor Halmai, "Guys with Guns versus Guys with Reports: Egyptian and Hungarian Comparisons", *Verfassungsblog*, 15 de julio de 2013, disponible en verfassungsblog.de/guys-with-guns-vs-guys-with-reports-egyptian-and-hungarian-comparisons.

[47] Algo similar es cierto respecto de Ucrania, donde alguna vez las protestas de Maidán se convirtieron en una competencia de postulados identitarios sobre lo que Ucrania es realmente. Agradezco a Balázs Trencsényi las discusiones en este contexto.

CAPÍTULO 3. Cómo lidiar con los populistas

[1] Christopher H. Achen y Larry M. Bartels, *Democracy for Realists*, Princeton, Princeton University Press, 2016.

[2] Josiah Ober, "The Original Meaning of Democracy", *Constellations*, vol. 15, núm. 1, marzo de 2008, pp. 3- 9, disponible en doi.org/10.1111/j.1467-8675.2008.00471.x. No es necesario reiterar los puntos comunes sobre la exclusión de mujeres, esclavos y metecos.

[3] Peter Mair, *Ruling the Void. The Hollowing of Western Democracy*, Nueva York, Verso, 2013.

[4] Cristóbal Rovira Kaltwasser, "The Responses of Populism to Dahl's Democratic Dilemmas", *Political Studies*, vol. 62, núm. 3, octubre de 2014, pp. 470-487, disponible en doi.org/10.1111/1467-9248.12038.

[5] Paulina Ochoa Espejo, *The Time of Popular Sovereignty. Process and the Democratic State*, University Park, Penn State University Press, 2011.

[6] Véase, por ejemplo, Robert B. Talisse, "Does Value Pluralism Entail Liberalism?", *Journal of Moral Philosophy*, vol. 7, núm. 3, agosto de 2010, pp. 302-320, disponible en doi.org/10.1163/174552410X511428.

[7] Dejo de lado aquí los detalles de la teoría de Rawls sobre la razón pública, incluida su

restricción de tener que reconocer un pluralismo razonable. John Rawls, "The Idea of Public Reason Revisited", en *The Law of Peoples*, Cambridge, Harvard University Press, 1999, pp. 129-180.

[8] Citado en Michael Kazin, *The Populist Persuasion. An American History*, Ithaca, Cornell University Press, 1998, p. 233.

[9] Kazin, *The Populist Persuasion*, p. 241.

[10] John Keane, *The Life and Death of Democracy*, Nueva York, Norton, 2009, p. 277.

[11] El libro de Akhil Reed Amar, *America's Constitution. A Biography*, Nueva York, Random House, 2006, enfatiza especialmente estos elementos populares.

[12] De acuerdo con Tim Houwen, "populista" [*populistic* en el original en inglés] fue acuñado en 1896 en un artículo en la revista *The Nation*. Véase Tim Houwen, "The Non-European Roots of the Concept of Populism" (documento de trabajo núm. 120, Sussex European Institute, 2011).

[13] Keane, *Life and Death*, p. 340.

[14] Citado en Margaret Canovan, *Populism*, Nueva York, Harcourt Brace Jovanovich, 1981, p. 33.

[15] *Ibid.*, pp. 51-52.

[16] Richard Hofstadter, *The Paranoid Style in American Politics*, Nueva York, Vintage, 2008.

[17] Citado en Kazin, *The Populist Persuasion*, p. 10.

[18] Charles Postel, *The Populist Vision*, Nueva York, Oxford University Press, 2007.

[19] El libro de Bruce Ackerman, *We the People. Foundations*, Cambridge, Harvard University Press, 1993, habla de un fallido momento constitucional; véanse en particular pp. 83-84.

[20] C. Vann Woodward, "The Populist Heritage and the Intellectual", p. 55.

[21] Pippa Norris, "It's Not Just Trump", *The Washington Post*, 11 de marzo de 2016, disponible en www.washingtonpost.com/news/monkey-cage/wp/2016/03/11/its-not-just-trump-authoritarian-populism-is- rising-across-the-west-heres-why.

[22] Martin Gilens, *Affluence and Influence. Economic Inequality and Political Power in America*, Princeton, Princeton University Press, 2014.

[23] Hanspeter Kriesi, Edgar Grande, Romain Lachat, Martin Dolezal, Simon Bornschier y Timotheos Frey, "Globalization and the Transformation of the National Political Space: Six European Countries Compared", *European Journal of Political Research*, vol. 45, núm. 6, octubre de 2006, pp. 921-956, disponible en doi.org/10.1111/j.1475-6765.2006.00644.x.

[24] Expuse más ampliamente este argumento en *Contesting Democracy. Political Ideas in Twentieth-Century Europe*, Londres, Yale University Press, 2011.

[25] Cabe agregar que la dignidad —y no la libertad— es el valor principal de las constituciones de posguerra.

[26] Cabe preguntarse, entonces, de qué manera la "democracia restringida" difiere de la democracia "guiada" o "defectuosa". La respuesta es que en la primera son posibles los cambios genuinos de quien está en el poder y todas las restricciones tarde o temprano se justifican con la excusa de fortalecer la democracia. En la segunda, no se permite ningún cambio real.

[27] Nadia Urbinati, "Zwischen allgemeiner Anerkennung und Misstrauen", *Transit. Europäische Revue*, núm. 44, 2013.

[28] Chris Bickerton y Carlo Invernizzi, "Populism and Technocracy: Opposites or Complements?", *Critical Review of International Social and Political Philosophy*, vol. 20, núm. 2, 2015, disponible en doi.org/10.1080/13698230.2014.995504.

[29] Véase, por ejemplo, Catherine Fieschi, "A Plague on Both Your Populisms!", *Open Democracy*, 19 de abril de 2012, disponible en www.opendemocracy.net/catherine-

fieschi/plague-on-both-your-populisms.

[30] Wolfgang Streeck, *Gekaufte Zeit*, Berlín, Suhrkamp, 2013.

Posfacio

[1] Daniel Ziblatt, *Conservative Parties and the Birth of Democracy*, Nueva York, Cambridge University Press, 2017.

[2] Larry Bartels, "2016 Was an Ordinary Election, Not a Realignment", *The Washington Post*, 10 de noviembre de 2016, disponible en www.washingtonpost.com/news/monkey-cage/wp/2016/11/10/2016-was-an-ordinary- election-not-a-realignment.